

AMORES PASIONALES Y CONDICIONES NARCISISTAS
aproximación a una caracterización diferencial
del amor adolescente y del amor pasional

ANDRÉS JULIÁN SANTA OSPINA
Trabajo de investigación para optar al título de
Magister en investigación psicoanalítica

Director
MAURICIO FERNÁNDEZ ARCILA
Doctor en psicopatología fundamental y psicoanálisis

UNIVERSIDAD DE ANTIOQUIA
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANAS
DEPARTAMENTO DE PSICOANÁLISIS
MEDELLÍN
2018

TABLA DE CONTENIDO

INTRODUCCIÓN.....	1
Antecedentes y foco de atención.....	2
Estrategia metodológica.....	4
Plan de exposición.....	8
1. PROPOSICIONES FREUDIANAS SOBRE EL AMOR	11
1.1 La obra freudiana y la concepción del amor	11
1.2 Del amor actual al amor infantil y sus pulsiones	12
1905, Tres Ensayos de Teoría Sexual	12
De la auto-conservación a la pulsión auto-erótica	13
Hallazgo del objeto tierno y sensual.....	15
Elección de objeto en dos tiempos.....	17
1.3 Las relaciones objetales infantiles y el modelamiento edípico.....	20
1908, La novela familiar del neurótico	25
1914, Puntualizaciones sobre el amor de transferencia	26
1.4 El narcisismo y la dinámica libidinal en el amor	27
1914, Introducción del narcisismo	28
Reservorio en el Yo.....	29
Fenómenos clínicos.....	30
Tipo narcisista y por apuntalamiento	32
Ideal del Yo	33
1915, Pulsiones y sus destinos, el amor como relación del yo total	34
1920, Psicología de las masas y análisis del yo.....	34
1.5 Mezcla pulsional, ambivalencia y dependencia	35
1923, El Yo y el Ello	35
1929, El malestar en la cultura.....	37
1.6 Recapitulación, discusión y preguntas	39
2. APORTES POST-FREUDIANOS A LA TEORÍA DEL AMOR	46
2.1. Del objeto pulsional al objeto de amor	48
2.1.1 Objeto pulsional y objeto narcisista.....	49
2.1.2 Pervivencias del objeto pulsional.....	51
2.2 Cimientos narcisistas del amor.....	54
2.2.1 El capital inicial del amor	54
2.2.2 Libido yoica vs libido de objeto.....	56
2.2.3 Narcisismo y simbolización	58

2.3 Transformaciones y regulaciones.....	62
2.3.1 Los dos tiempos de la elección de objeto.....	62
2.3.2 El deseo erótico y la ternura	65
2.3.3 Modelamiento del amor por el Edipo.....	69
2.4 Las diferencias específicas del amor adulto	72
2.4.1 La investidura del yo y la representación ideica	73
2.4.2 Otros componentes del amor adulto.....	76
La identificación con el otro	77
La idealización atemperada.....	78
El compromiso y la pasión	80
2.5 Discusión y recapitulación	83
2.5.1 La importancia del narcisismo y sus funciones	83
2.5.2 Continuidades y diferencias conceptuales.....	85
3. MODALIDADES PARTICULARES DE RELACIÓN AMOROSA.....	88
3.1 Volubilidad e indisolubilidad del amor adolescente	89
3.1.1 Vínculo de identificación primitiva	89
3.1.2 Dos facetas de Romeo y Julieta	90
3.1.3 Reflexiones teóricas sobre el amor adolescente.....	93
Reconfiguraciones tópicas y regresiones.....	94
Incremento narcisista de la excitación	96
3.2 Las trampas del amor pasional	98
3.2.1 El joven Werther: la inmovilización de la libido.....	99
“Flechazo”, enamoramiento y exaltación.....	100
Movimientos de la libido narcisista	101
El cuestionamiento al narcisismo, la presencia del rival	103
Inmovilidad de la libido, el giro melancólico.....	106
3.2.2 Reflexiones sobre el amor pasional	109
3.3 Rasgos diferenciales y su posible fundamento	113
3.3.1 Amor adolescente y amor pasional	113
3.3.2 Naturaleza de la alteración narcisista	117
CONCLUSIONES.....	122
BIBLIOGRAFÍA.....	129

RESUMEN

La relación amorosa adolescente y la relación pasional son dos expresiones particulares de la relación amorosa que comparten ciertos rasgos fenomenológicos, a saber, enamoramiento intenso, dependencia emocional, la necesidad de una confirmación sensorial constante de la presencia del otro amado, y una incapacidad para tolerar la pérdida que puede llevar a conductas extremas como el homicidio o el suicidio. En ambos casos la presencia de tales rasgos parece ser indicio de la existencia de una alteración a nivel del yo y de la dinámica narcisista, hecho que es corroborado por autores como Anna Freud, Piera Aulagnier y Guillermo Carvajal.

El presente trabajo se propone determinar y explicar el papel que tiene el narcisismo en el establecimiento de las relaciones de objeto y en el desarrollo de la capacidad para amar, ello con el fin de esclarecer su lugar, tanto a nivel fenomenológico como metapsicológico en expresiones específicas del amor como la relación amorosa adolescente y la relación pasional.

Para el logro de tal fin, inicialmente se esclarecen y analizan las proposiciones freudianas sobre el amor. Proposiciones que más adelante son confrontadas, problematizadas y ampliadas con autores post-freudianos como Jean Laplanche, Piera Aulagnier, Janine Chasseguet-Smirgel, Hugo Bleichmar, Philippe Jeammet, y Otto Kernberg, entre otros. Las conclusiones y hallazgos de este primer proceso de estudio son luego aplicadas al análisis de descripciones de modelos típicos de vínculo amoroso y a algunos ejemplos literarios y periodísticos, buscando desentrañar si en estos “casos” el lugar y el papel desempeñados por el narcisismo son aquellos previstos por las elaboraciones teóricas estudiadas, y en qué medida éstas explican las características comunes y diferenciales de las relaciones amorosas adolescentes y pasionales.

Palabras clave: Relación amorosa, adolescencia, relación pasional, narcisismo, pulsión, libido, sexualidad.

ABSTRACT

The teenage love relationship and the passional relationship are two particular expressions of the ordinary love relationship; these share some phenomenological characteristics such as intense love, emotional dependence, the need to confirm the actual presence of the loved one, and the inability to tolerate the loss or the separation; situations that can lead the person to extreme behaviors like suicide or homicide. Both situations seem to be an alteration of the Self and the narcissism dynamic; hypothesis confirmed by authors such as Anna Freud, Piera Aulagnier, and Guillermo Carvajal.

This study aims to explain and determine the role of narcissism in the base of the love relationship and in the development of the capabilities to love. All this with the goal to clarify its place and functions in specific expressions of love relationship like the teenage love relationship and the passional relationship.

To get these achievements, initially the Sigmund Freud's propositions about love will be clarified and analyzed; later, those propositions will be compared, problematized and enlarged according to other post-freudian authors such as Jean Laplanche, Piera Aulagnier, Janine Chasseguet-Smirgel, Hugo Bleichmar, Philippe Jeammet, and Otto Kernberg. The finds and the conclusions of this first step will be applied to the descriptions of some typical models of love relationship and to some literary and journalistic examples; all this with the goal to find out if in these examples the role and functions of narcissism are the expected according to the theory propositions previously studied, and how these can explain the common and the uncommon characteristics of the teenage love relationship and the passional relationship.

KEYWORDS: Object relationship, adolescence, passional relationship, narcissism, sexuality, libido, sexual drive.

INTRODUCCIÓN

Tratar de estudiar el amor no es una idea original. El amor ha sido un fenómeno de todas partes y de todos los tiempos. Una simple revisión bibliográfica preliminar basta para advertir que a través de siglos de historia ha sido objeto de múltiples discursos: creaciones literarias y poéticas, disertaciones filosóficas, abordajes médicos y estudios psicológicos, entre otros. La información disponible sobre él es pues inconmensurable, además de provenir de las más diversas fuentes. Ello no resulta extraño, dado que pocas experiencias humanas tienen tanto protagonismo ni tanta trascendencia para la realización y satisfacción tanto afectiva como sexual.

Si bien es cierto que la diversidad de fuentes enriquece la comprensión y amplía las fronteras conceptuales al momento de emprender el estudio, también puede ser un obstáculo para seleccionar o decantar la información de manera pertinente, así como para establecer el objeto particular de estudio de la investigación. Para complicar las cosas, en el lenguaje usual, como lo reconoce Freud (1920g, p.105), se llama “amor” a vínculos afectivos muy diversos. Él es susceptible de ser vivido bajo modos muy diferentes, con intensidades, cualidades o significaciones que varían según el sujeto que lo experimenta.

Además, las problemáticas que se abren a partir de una reflexión sobre el amor, tampoco se reducen en número al tomar la teoría psicoanalítica como marco de referencia principal para su abordaje. También los múltiples enfoques y corrientes psicoanalíticas desde los que se estudian los orígenes y los componentes de las relaciones amorosas, hacen que dentro del propio psicoanálisis el panorama pueda resultar igualmente vasto y confuso.

Sería entonces ingenuo suponer que todos los aspectos de estas privilegiadas relaciones que ligan a las personas pudieran describirse y dilucidarse en un solo estudio. Frente a tan amplia extensión y diversidad del tema, la búsqueda que se expone en el presente trabajo debió optar y establecer unos límites. Afortunadamente, los acercamientos hechos a estos vínculos amorosos, como parte del proceso de formación del autor en la Especialización y en la Maestría, llevaron a fijar la atención en ciertas formas particulares de la relación amorosa y en algunos de sus componentes, que finalmente se tomaron como objeto de estudio.

Antecedentes y foco de atención

En efecto, con ocasión de la elaboración de la monografía de la “Especialización en problemas de la infancia y la adolescencia” (Santa, 2013), se tuvieron en cuenta inicialmente las sugerencias de Anna Freud (1936, p. 184), en el sentido de que el adolescente no desea tanto la posesión del objeto de modo corporal o sexual, sino más bien, la mayor asimilación posible de la persona amada en el momento. Se daba a entender así, que los lazos amorosos tan intensos e inestables establecidos por el adolescente no corresponderían a relaciones de objeto tal como suelen pensarse en el vínculo adulto, pues presentan más bien los rasgos de una identificación de tipo primitivo, de naturaleza similar a las que se encuentran en etapas tempranas del desarrollo psíquico infantil.

A lo anterior se sumaron las observaciones sobre otras características recurrentes de los vínculos de los adolescentes: el compromiso afectivo intenso, la necesidad de una confirmación sensorial constante de la presencia del otro amado, la

tendencia a sustituir rápidamente el objeto de amor luego de la ausencia o la pérdida, o en otros casos, una enorme dificultad para el desprendimiento, la que en ocasiones podría llevar a situaciones extremas como el suicidio o el homicidio.

A lo encontrado en las relaciones amorosas del adolescente se agregó, esta vez gracias a los nuevos empeños investigativos en el marco de la Maestría en Investigación Psicoanalítica, la noticia sobre la “relación pasional asimétrica” que Piera Aulagnier describe en su libro *Los destinos del placer* (1979), la que se halló coincidente en muchos aspectos con los rasgos fenomenológicos de las relaciones amorosas adolescentes.

Dicha relación pasional se describe básicamente como el extremo o el colmo del amor de objeto. El apasionado se convierte en un sujeto dependiente del objeto de amor, de una manera muy similar a como dependen de su objeto el adicto a la droga o el adicto a la actividad del juego, por lo que le resulta imposible tolerar el abandono, la separación o la pérdida. El apasionado hace una especie de volcamiento total de sus catexias, en virtud del cual su objeto de placer parece instalarse en el registro de la necesidad, es decir, como un objeto exclusivo, lo que trae como resultado una pérdida de la movilidad libidinal y la incapacidad para encontrar satisfacción con objetos sustitutos. Debido a todo ello, el sujeto apasionado, sin importar las acciones que emprende para asegurar la presencia y el lugar del otro amado, se muestra incapaz de romper o abandonar la relación, incluso aunque predomine en ella la insatisfacción o el sufrimiento; por lo que en ciertos casos, puede llegar al suicidio o al homicidio para evitar la separación o la pérdida.

Así pues, a la coincidencia de esta “relación pasional” con las relaciones amorosas adolescentes en muchos de sus aspectos manifiestos, se le sumó el haber captado también que en ambas relaciones operaba una especie de desequilibrio

de la economía narcisista. Estos hechos llevaron a interrogar por el lugar que las transformaciones y los destinos del narcisismo tienen en esta clase de vínculos, los cuales, en un primer abordaje, son menos evidentes en la relación pasional que en la adolescente, pues en efecto, es sabido que el adolescente enfrenta un desequilibrio narcisista ocasionado por la renuncia a los referentes identificatorios y a los apoyos yoicos de la infancia; renuncia que a su vez es ocasionada por el abandono de los objetos infantiles y la búsqueda de nuevos objetos no incestuosos.

Estrategia metodológica

A partir de las características observadas en las dos clases de lazos libidinales que acabamos de describir y de la conjetura de que en su producción tiene un papel importante el narcisismo, nos trazamos el propósito de adelantar una investigación explicativa¹, es decir, desarrollar y coordinar mejor las proposiciones teóricas acerca del narcisismo que pudieran aplicarse para entender dichos fenómenos.

Para comprender las similitudes y distancias de las características de esta clase de investigación psicoanalítica respecto de otros criterios metodológicos y prácticas investigativas vigentes en las ciencias sociales o de la salud, cabe señalar, en primer lugar, que puede considerarse como de tipo “cualitativo”, pero en sentido amplio, es decir, que no aplica ninguna de las técnicas cualitativas específicas ya consagradas en dichas disciplinas (etnografía, teoría fundada, estudio de casos, etc). Adicionalmente, podría decirse que es una investigación de

¹ Esta denominación y otras que siguen, que aquí se emplean para caracterizar la presente investigación, se inspiran en las definiciones de Toro & Parra (2016, pp 136-171); tienen un significado análogo al momento de aplicarlas a la indagación psicoanalítica, pero no son idénticas.

tipo documental, por cuanto las fuentes de sus informaciones son de naturaleza “textual”. No podría definirse como investigación de campo o de terreno, aunque procesa el material de manera semejante a como se lo hace en los casos clínicos, es decir, atendiendo a criterios indiciarios de contigüidad, semejanza u oposición, explicitados por Freud en *La interpretación de los sueños* (1898b) para guiar la interpretación. No obstante, dado el encuadre extra-cura en el que se aplica, habrá de darse mayor peso a las capacidades dilucidadoras de los conceptos que a las interpretaciones particulares.

Este tipo de trabajo, aunque implica un procesamiento importante de material teórico, no puede dejar de lado las observaciones concretas, por cuanto entre sus finalidades está el reducir las contradicciones o las inconexiones de las apariencias, así como comprender la lógica de su producción. En este sentido sigue poniendo en juego el mismo esquema epistemológico de Freud, inspirado en gran medida, como la demuestra Assoun (1981, pp. 140-142), en la epistemología herbartiana y en la metodología anatomo-clínica.

Según esta perspectiva, es necesario lograr resultados tanto en el plano fenoménico como en el teórico. En el plano fenoménico se buscará definir una especie de “tipo ideal” que reúna y coordine los rasgos descriptivos hallados en diferentes conjuntos o clases (y en este sentido conjeturamos también que las indagaciones en una de las modalidades de vínculo —adolescente, pasional— brindará dilucidaciones para la otra), y en el plano teórico, se intentará construir un modelo metapsicológico que le dé sentido y unidad teórica a las manifestaciones y relaciones “visibles” encontradas en las diversas variedades de vínculos, tal como se detectan en los documentos literarios, clínicos y periodísticos analizados.

El esquema de tratamiento que en este estudio se pretende aplicar en el plano fenoménico se inspira e ilustra con el desarrollado por Freud, entre otros textos, en

Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre (1910d). En este último ensayo el creador del psicoanálisis estudia algunos comportamientos y actitudes amorosos sin abordar sujetos particulares. Aísla, en cambio, rasgos y propiedades que componen un tipo ideal o virtual de elección de objeto, para explicarlos primero independientemente y, finalmente, para considerar la significación del conjunto de su combinación.

Siguiendo este ejemplo, en este estudio entonces se buscará también definir algunos rasgos particulares de las relaciones amorosas que se ha elegido estudiar, evaluando si pueden integrarse en un modelo típico, aunque varíen y se expresen de múltiples maneras en cada sujeto y en cada forma de relación. En consecuencia, se pretende definir un tipo de relaciones y actitudes frente al objeto elegido, sin pasar por el estudio de sujetos particulares, pero sin aspirar tampoco a construir un modelo universal que se cumpla incondicionalmente en todos los casos.

Dado que este trabajo nutre su campo de observaciones a partir de escritos literarios que refieren casos particulares de enamoramiento, o a partir de relatos de la práctica clínica de otros autores, puede decirse que su metodología se localiza en un punto intermedio entre el psicoanálisis aplicado y el psicoanálisis clínico. En efecto, por un lado, comparte ciertos principios clínicos en la medida en que se ocupa de fenómenos en los que inciden el inconsciente, las fantasías y las mociones pulsionales, que son objeto de interés en el psicoanálisis terapéutico. Sin embargo, no hace parte de este campo, en sentido estricto, por cuanto no se basa en experiencias clínicas directas ni se está escuchando o interviniendo bajo el dispositivo de la transferencia. Por otro lado, se asemeja a un psicoanálisis aplicado, pues opera en un terreno diferente al de la cura, utilizando conceptos y procedimientos psicoanalíticos para examinar materiales culturales, de manera análoga a como lo hacen los estudios tradicionalmente llamados “aplicados”.

Por otro lado, el proceso de esta investigación exigió prestar atención a textos teóricos psicoanalíticos que apuntaban al esclarecimiento metapsicológico de los vínculos seleccionados como objeto de estudio, aunque sus elaboraciones tuvieran perspectivas teóricas heterogéneas. A pesar de las apariencias, esta forma de trabajo no implica un desconocimiento de las incompatibilidades teóricas ni una defensa del eclecticismo. Se adoptan, en cambio, unos principios de asistematicidad y de fiabilidad. Según el primer principio, un concepto o una proposición no pueden ser simplemente dejados de lado por no encajar con la propia visión de las cosas, pues su contenido y su valor no dependen absolutamente de su integración en un sistema teórico. La fiabilidad, por su lado, implica aceptar que las contribuciones psicoanalíticas de otras épocas o de otras perspectivas teóricas fueron realizadas con honestidad y rigurosidad por investigadores empeñados en resolver las incógnitas y problemas que se les presentaban en la clínica, así como en ayudar a los pacientes a superarlos. Entonces al asumir este punto de vista, se privilegiará examinar la funcionalidad de todo concepto o proposición, para determinar si se justifica conservarlo, transformarlo, desecharlo o sustituirlo.

Esto implica entonces que no se plantea *a priori* un enfoque o marco teórico sistemático, a la manera de un fundamento axiomático. Por el contrario, la exigencia de coherencia no se formula de entrada sino como punto de llegada, como una idea reguladora para las construcciones resultantes, que aunque pueden llegar a ser más plausibles que las elaboraciones iniciales, permanecen siempre provisionales y abiertas, según el “rigor incierto” que siempre practicó Freud. Así pues, con una postura de relativa exterioridad, se da cabida a distintas elaboraciones o reflexiones legadas por diversos psicoanalistas post-freudianos, en la medida en que ellas conciernan a las observaciones y nociones relativas a los temas y problemas elegidos (para el caso, a las peculiaridades “pasionales” de algunos vínculos amorosos y a sus determinantes narcisistas).

Sobra decir que la frecuentación, el uso y la combinación de esta clase de escritos, exigió una buena dosis de disciplina en el análisis textual.

Plan de exposición

Se propone como objetivo fundamental determinar y explicar el papel que tiene el narcisismo en el establecimiento de las relaciones de objeto y en el desarrollo de la capacidad para amar. Todo ello con el fin de esclarecer su lugar, tanto a nivel fenomenológico como a nivel metapsicológico, en expresiones particulares del amor como la relación amorosa adolescente y la relación pasional.

Así las cosas, como tarea de conjunto se espera primero coordinar las proposiciones freudianas sobre el amor con las proposiciones halladas en algunos autores post-freudianos, para luego aplicarlas al análisis de descripciones de modelos típicos de vínculo amoroso y a algunos ejemplos literarios y periodísticos, buscando desentrañar si en estos “casos” el lugar y el papel desempeñados por el narcisismo son aquellos previstos por las elaboraciones teóricas estudiadas, y en qué medida éstas explican las características comunes y diferenciales de las relaciones adolescentes y pasionales.

En esta línea de trabajo, para lograr ampliar dentro del campo del psicoanálisis el esclarecimiento sobre el papel del narcisismo en los lazos libidinales “pasionales”, resultó indispensable, en primer lugar, ubicar este concepto en el contexto de las concepciones de Freud sobre el amor, con el fin de conseguir un modelo teórico de partida acerca de los orígenes de los ingredientes narcisistas de aquellas

relaciones y de las eventuales influencias que los avatares del desarrollo libidinal tendrían en ellas.

Como se verá en el primer capítulo de este trabajo, para Freud el origen de los vínculos amorosos y el desarrollo de la capacidad para amar debe rastrearse hasta las primeras actividades pulsionales, incluso hasta las primeras relaciones entre el lactante y el pecho. Él considera que la actividad sexual infantil y sus pulsiones parciales son indispensables para entender las elecciones de objeto futuras. Sin embargo, tiene en cuenta que la relación amorosa va mucho más allá de la simple relación de la pulsión con su objeto primario y de la satisfacción de un placer de órgano; afirma que los vínculos de amor u odio no son atribuibles a la relación de la pulsión con sus objetos, sino que están reservados a la relación de un *yo-total* con los suyos (Freud, 1915b, pp.131-132).

Se pondrá de presente que dentro del pensamiento freudiano los destinos posibles del amor adulto se encuentran determinados por procesos tan variados como las actividades pulsionales infantiles, las primeras formas de intercambio libidinal entre el yo y sus objetos, los antiguos amores edípicos, y las transformaciones psico-sexuales durante la adolescencia.

Tanto algunas de estas prefiguraciones teóricas como algunos vacíos conceptuales detectados a lo largo del desarrollo del pensamiento de Freud, servirán de guía en el segundo capítulo para seleccionar y profundizar varios aportes post-freudianos que prometen avanzar sobre dichos puntos.

Se encontrará que estos autores indican que la relación amorosa no equivale a una simple repetición del funcionamiento pulsional parcial o del amor edípico infantil, puesto que la emergencia del yo, con su actividad narcisista y de pensamiento permite recoger, integrar y transformar las diversas excitaciones pulsionales para construir unas formas de relación mucho más acordes con los

intereses del yo y con el amor de objeto, permite hacerlas parte de nuevas posibilidades de satisfacción sexual y regular su potencialidad conflictiva. Todo ello a través de un largo proceso que va desde las mociones preedípicas, pasa por el complejo de Edipo, por el período de latencia y por la adolescencia hasta la edad adulta.

En el tercer capítulo, ya equipados con las descripciones y definiciones dadas por los autores psicoanalíticos y ordenadas según las pautas de este estudio, se tratará de describir y analizar un “material empírico”, esto es, de aislar los rasgos recurrentes o típicos presentes en algunos ejemplos o en los tipos de relaciones amorosas seleccionados. Con la ayuda de estos aportes teóricos, el análisis de uno de estos ejemplos, concretamente el amor de Werther relatado en la pieza literaria de Goethe, facilitará el reconocimiento de algunas de las manifestaciones de los movimientos libidinales durante el enamoramiento así como de las dimensiones narcisistas de la relación amorosa, que son aquellas que se desea resaltar.

De esta manera, gracias a las referencias teóricas asimiladas hasta ese momento respecto a la relación amorosa y el narcisismo, y a las preguntas que ellas suscitan en la confrontación con los fenómenos adolescentes y pasionales, se podrá determinar con mayor precisión las estructuras y procesos psíquicos involucrados en la experiencia particular del amor en cada uno de estos casos, pero orientándose especialmente al papel de los fundamentos y movimientos a nivel del narcisismo y de la organización del yo. Ello implica, además, que se pondrán a prueba las capacidades de las consideraciones teóricas para dar cuenta de esos particulares tipos de relación amorosa, de las especificidades de sus rasgos y de sus diferencias con otros vínculos, adultos o infantiles.

1. PROPOSICIONES FREUDIANAS SOBRE EL AMOR

1.1 La obra freudiana y la concepción del amor

La identificación y dilucidación de las principales ideas freudianas en torno al amor requieren una exploración rigurosa de su obra, que tome en cuenta los contextos particulares de cada momento de su devenir conceptual, para poder dar sentido a los elementos teóricos singulares que podrían ser utilizados a la hora de comprender la relación amorosa. Esta exigencia obedece al hecho de que los desarrollos teóricos acerca de la vida amorosa que se encuentran en algunos escritos freudianos no son extensos ni sistemáticos. En efecto, salvo por un grupo de artículos cortos denominados en su conjunto como *Contribuciones a la psicología del amor*², no se encuentran, dentro de la obra freudiana, textos que traten acerca del amor de manera central y amplia. Así mismo, el carácter innovador y crítico del pensamiento freudiano, que imprime a sus conceptos un carácter provisional, hacen que estos deban considerarse dentro de un proceso constante de cambio, de rectificación y de adiciones. Por tanto, los elementos que permiten reconstruir su concepción del amor habrán de buscarse en diversos escritos y en diferentes momentos históricos de su obra.

Por otra parte, las dimensiones y procesos psíquicos múltiples que involucran la relación amorosa hacen que para entenderlos sea necesario buscar información

² De este grupo hacen parte: *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre* (1910d), *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa* (1912c), y *El tabú de la virginidad* (1917b).

en otros textos que, aunque no tratan directamente sobre el amor, proporcionan ideas claves para dar sentido a la interpretación freudiana del amor. Afortunadamente, al ser tan prolijas las publicaciones freudianas y al abordar tantas dimensiones de la vida psíquica de los sujetos, es factible hallar en ellas planteamientos fundamentales a partir de los cuales es posible comenzar a esclarecer y a precisar los factores psíquicos relacionados con el amor, aquellos que constituyen las bases para el establecimiento de la capacidad de amar.

1.2 Del amor actual al amor infantil y sus pulsiones

Desde sus primerísimos tratamientos de la histeria, tal como testimonian por ejemplo *Estudios sobre la histeria* (1895d), Freud constata en la historia de sus pacientes la presencia de conflictos de la vida amorosa, a los cuales atribuye un papel ocasionador de la neurosis. Con la evolución de su teoría psicopatológica, relativizará el peso causal de esas vicisitudes afectivas actuales y se remontará a eventos o fantasías de la vida infantil temprana, cuyo sentido sexual se le hace cada vez más evidente y cuya función etiológica reconoce como elemento esencial y original de su nuevo modo de pensar psicoanalítico.

1905, Tres Ensayos de Teoría Sexual

Adicionalmente, el abandono relativo de la teoría del trauma de seducción, inducirá a Freud a atribuirle una mayor importancia a los fundamentos sexuales

infantiles de las neurosis. Por esta razón, sus *Tres ensayos de teoría sexual* (1905c), en los que expuso por primera vez su teoría sobre la naturaleza de la sexualidad infantil y sus incidencias en la vida sexual del púber y del adulto, le merecieron tanta valoración de su parte, tal como se pone de manifiesto en las modificaciones sucesivas que introdujo en dicha obra con ocasión de las subsiguientes ediciones (1910, 1915, 1920, 1922, 1924). Gracias a los agregados y nuevas notas, más significativos que las revisiones de redacción y terminología, Freud incorpora sus sucesivos descubrimientos, a medida que su teoría de la sexualidad evoluciona y se enriquece.

En medio de la variedad de temas que se tratan en dichos ensayos, las tesis más importantes que en ellos se encuentran respecto a la relación amorosa, tienen que ver, según nuestro modo de ver, con las funciones atribuidas a la primera satisfacción pulsional y a su objeto en cuanto anticipación o antesala preparatoria de la investidura y del objeto amoroso adultos, y en consecuencia con su premisa de que todas las manifestaciones amorosas, incluso las más anímicas o tiernas, tienen como fundamento pulsiones de aspiración "sensual".

De la auto-conservación a la pulsión auto-erótica

Si se pone cuidado a las fechas en que se realizan los agregados al texto, se capta que en 1905 Freud afirmaba que las pulsiones se componen de una "fuerza motriz" no sexual y de una excitación proveniente de un órgano, que le confiere su carácter sexual. Según esto las pulsiones en sí no poseen características particulares, sino que son especificadas por su relación con una fuente somática particular:

« Si reunimos lo que la indagación de las perversiones positivas y negativas nos ha permitido averiguar, resulta sugerente reconducirlas a una serie de «pulsiones parciales» que empero, no son algo primario, pues admiten una ulterior descomposición. Además de una "pulsión" no sexual en sí misma, proveniente de fuentes motrices de impulso, se distingue en ellas [en las pulsiones parciales] la contribución de un órgano que recibe estímulos (piel, mucosa, órgano de los sentidos). Este último debe designarse aquí como *zona erógena*: el órgano cuya excitación confiere a la pulsión carácter sexual» (Freud,1905c, p. 153)³.

Al detenerse a examinar el asunto de la meta pulsional infantil, Freud comenta que ella consiste en producir una satisfacción mediante la cancelación de la estimulación de una zona erógena privilegiada; satisfacción que se busca y repite bajo el comando de un sentimiento de tensión o una sensación de estímulo que se proyectan en la zona erógena (1905c, p. 167).

El mejor ejemplo de tal proceso sexual lo constituye para Freud, el chupeteo. Apuntalado en las funciones que sirven a la conservación de la vida, en este caso, la succión del alimento del pecho materno, se volverá independiente de estos fines auto-conservativos en las subsiguientes búsquedas de satisfacción, que ya no requieren de un objeto externo para reproducir el acto de mamar y satisfacer la pulsión oral, pues se realizan con una parte del propio cuerpo. De este modo el chupeteo pone en evidencia los rasgos que definen las exteriorizaciones de la sexualidad infantil, a saber: 1) su apuntalamiento en las funciones de auto-conservación; 2) su condición fundamentalmente autoerótica, que la independiza de cualquier objeto externo para obtener su satisfacción; 3) el sometimiento de sus metas al influjo de una zona erógena privilegiada (Freud,1905c, pp. 165-166).

³ Las últimas dos oraciones que aparecieron en las ediciones de 1905 y 1910, son reproducidas en la nota 49, página 153 de la Edición Amorrortu de las Obras Completas.

De estas características de las actividades sexuales infantiles, la más directamente apreciable es el autoerotismo. Como lo revela el caso del lactante, por ser la vía más directa y automática, la pulsión tiende a independizarse del mundo exterior que todavía no logra dominar (1905c, pp. 164-165). Si bien en un primer momento el pecho no es objeto de las pulsiones sexuales sino de las funciones de autoconservación –puesto que a través de él se satisfacen las necesidades de supervivencia del yo como organismo– luego de que dichas pulsiones se independizan de la autoconservación, toma protagonismo el componente erótico, en virtud del cual el pecho materno deviene el primer objeto de interés pulsional identificable de la pulsión oral.

Hallazgo del objeto tierno y sensual

En una sección agregada en 1915 al segundo de los *Tres ensayos*, Freud afirma que entre los tres y cinco años [entre los dos y los cinco, dirá en 1920], tiene lugar una elección de objeto semejante a la que se consuma en la pubertad, por cuanto ya en esa temprana edad se dirigen los afanes sexuales a una persona privilegiada, en la que se quieren alcanzar su meta (1905c, p. 181).

Ese sería el máximo acercamiento posible que podría lograrse durante la infancia a la configuración sexual que se consolida en la adolescencia. La diferencia con esta última consiste en que durante la infancia no se establece la unificación de las pulsiones parciales ni su subordinación al primado de los genitales (1905c, p. 181).

En cambio, en las primeras ediciones de *Tres ensayos* Freud parece sugerir que para ver completado el abandono del autoerotismo y la permutación del propio

cuerpo por un objeto, debe esperarse todavía hasta la pubertad. No obstante, estima que del autoerotismo, proveniente del divorcio de la actividad sexual de la nutrición, resta una parte considerable que ayuda a preparar la elección de objeto (Freud,1905c, p. 203), aunque, según su concepción del momento, dicho proceso se ubica en el período de latencia:

“A lo largo de todo el período de latencia, el niño aprende a *amar* a otras personas que remedian su desvalimiento y satisfacen sus necesidades” (1905c, p. 203).

Y este aprendizaje del amor lo hace siguiendo “el modelo de sus vínculos de lactante con la nodriza”, pues como había dicho:

“No sin buen fundamento el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo de amor. El hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro” (1905c, p. 203).

Estas condiciones explican que, una vez abandonada la posición autoerótica, los nuevos objetos de satisfacción elegidos por el adulto evoquen, en la mayoría de los casos, al objeto de la pulsión oral infantil, pero igualmente a aquellas personas que, de niño, remediaron su desvalimiento y satisficieron sus necesidades, y a las cuales aprendió a amar siguiendo dicho modelo (1905c, p. 203).

Por otra parte, la redacción del texto sugiere también que este “aprendizaje del amor” es presentado por Freud, al menos en esa época, bajo el modo de una libido amortiguada (1905c, p. 205) cuyas “metas sexuales han experimentado un atemperamiento” (1905c, p. 182)

Sin embargo, ya desde entonces Freud reconoce que “los sentimientos de ternura y el aprecio que el niño alienta hacia las personas que lo cuidan” (1905c, p. 203) se sustentan en un amor sexual, si bien lo expresa de manera prudente [“opino que una indagación psicológica más precisa establecerá esa identidad por encima de cualquier duda” (1905c, p. 203)] y no tan categóricamente como lo hará en 1915:

“Sólo la indagación psicoanalítica es capaz de pesquisar, ocultas tras esa ternura, esa veneración y ese respeto, las viejas aspiraciones sexuales, ahora inutilizables, de las pulsiones parciales infantiles” (1905c, p. 182).

Indagación que se enmarca en lo conservado de la teoría de la seducción, por cuanto Freud considera que el trato del niño con la figura cuidadora constituye una fuente continua de excitación y satisfacción sexual. A esto se suma el hecho de que la madre dirige sobre su hijo sentimientos que nacen de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece tomándolo evidentemente como sucedáneo de un objeto sexual en pleno derecho (1905c, p. 203). Sin importar que se juzgue los actos propios del cuidado infantil como amor puro asexual, es inevitable, dice Freud, que dichos contactos aporten al niño unas excitaciones. Ciertamente es que el vínculo de ternura posee la capacidad de despertar la pulsión y ejercer un influjo de excitación sobre las zonas erógenas.

Elección de objeto en dos tiempos

Por estos motivos Freud concluye que la elección del objeto sexual definitivo ocurre en dos tiempos. El segundo tiempo, en el que se determina la configuración definitiva del objeto sexual, tiene lugar en la adolescencia, durante la cual se establecen el primado de los genitales como zona erógena regente y nuevas

disposiciones en cuanto al objeto y a las metas pulsionales; por ejemplo, en el varón el ímpetu del miembro erecto remite a la necesidad de penetrar una cavidad del cuerpo que excite la zona genital (1905c, p. 202).

Claro está que las elecciones infantiles pueden continuar teniendo repercusiones en épocas más tardías de la vida, y precisamente es durante la adolescencia cuando esas primeras elecciones pueden reafirmar sus propiedades, o bien experimentar una renovación (1905c, pp.181-182) El hallazgo del objeto, preparado desde la infancia temprana, se consuma en la adolescencia también en el plano psíquico, pero ahora en coherencia con la nueva meta pulsional. Así pues, los remanentes psíquicos dejados por los vínculos sexuales primitivos son susceptibles de ser rastreados en diferentes formaciones psíquicas del adulto, incluso aquellos provenientes de mociones sexuales otrora intensas, diezmadas ahora por eficaces acciones represoras.

Cuando la ternura desplegada por los padres hacia el niño ha evitado el despertar prematuro de la pulsión sexual, o sea antes de que aparezcan las condiciones corporales típicas de la pubertad, la actividad psicosexual puede cumplir su cometido de conducir al niño hacia la elección de objeto sexual propio de la madurez.

Luego del período de latencia, el paso por la pubertad trae consigo un nuevo despertar de la corriente sensual que ya no ignora sus metas, y puesto que la vida psíquica aún está gobernada por los vínculos y las figuras infantiles, es apenas lógico que la tendencia inmediata sea recurrir a las personas amadas durante la infancia para erigirlas como objetos sexuales. Sin embargo, el diferimiento de la maduración sexual ha dado tiempo a la emergencia de inhibiciones tan importantes como la *barrera del incesto*. Como resultado de la entrada

nuevamente en operación de la barrera del incesto, el sujeto se verá forzado a trasladar sus intereses hacia nuevos objetos exentos sobre los que no recaiga tal interdicción, y con los que pueda condensarse tanto el amor tierno como el amor sensual.

La barrera del incesto surge para implantar en el individuo los preceptos morales que excluyen de la elección de objeto a las figuras amadas en la niñez, contribuyendo así a mantener el orden social. El respeto por esta barrera es una de las más importantes exigencias culturales, pues con ella se impide que la familia absorba unos intereses que el individuo necesita para el establecimiento de unidades sociales superiores. A pesar de los marcados esfuerzos que muestran algunos individuos, especialmente los adolescentes, por utilizar todos sus recursos psíquicos para aflojar los lazos que le unen a su familia, la posibilidad del incesto permanece activa en la fantasía.

Durante el período de la pubertad, la maduración somática aumenta el riesgo de sucumbir ante la tentación de las fantasías incestuosas, de ahí que las primeras tentativas por elegir un nuevo objeto se vean, precisamente, apuntaladas en los modelos infantiles. Según Freud, debido a estos hechos el primer enamoramiento serio de los jóvenes es, con bastante frecuencia, un intento por revivir psíquicamente la relación o la imagen del padre y la madre. Por lo tanto el varón tiende a dirigir sus intereses sexuales hacia una mujer madura, mientras que la mujer lo hará hacia un hombre mayor dotado de una autoridad que evoca a la figura paterna.

Si resumimos lo dicho por Freud acerca de la pubertad, tenemos que ella se considera como un período en el que confluyen varias circunstancias críticas, entre ellas: un empuje pulsional (sustentado en las transformaciones somáticas)

que reactiva las fantasías incestuosas, el desasimiento de los objetos infantiles (necesario para la sujeción a los ideales sociales), y una bisexualidad constitutiva, cuyo abandono demanda a la mujer, en particular, una mudanza de la zona erógena rectora (del clítoris a la vagina) o cuya persistencia representa, para ambos géneros, un riesgo de extraviarse en la elección de objeto heterosexual.

Tal riesgo lo denuncia las apasionadas e intensas amistades adolescentes que frecuentemente derivan hacia relaciones homosexuales directas. Pero al mismo tiempo, Freud reconoce la existencia de ciertas fuerzas que contrarrestan tales inclinaciones. En primer lugar está la atracción natural recíproca entre los caracteres sexuales opuestos; a la que, en segundo lugar, se suman factores coadyuvantes como la reprensión autoritaria de la sociedad que discrimina a quienes invierten su elección de objeto. Desde luego, para Freud los factores más importantes se ubican en la historia de los vínculos psicosexuales, afirmando así, por ejemplo, que el varón toma prestada la energía para dirigir su elección de objeto hacia una mujer del recuerdo infantil tierno hacia la madre y otras figuras cuidadoras del sexo femenino, mientras que el amedrentamiento y actitud de competencia hacia el padre le alejan de dichas figuras como objeto de satisfacción. Ambos factores son válidos también para la mujer pero en sentido inverso, es decir, conserva el recuerdo del vínculo con el padre y la relación hostil hacia su madre, pues es ella quien generalmente ejerce coerción sobre su vida sexual.

1.3 Las relaciones objetales infantiles y el modelamiento edípico

Como ya se dijo, en la edición de 1905 de sus *Tres ensayos*, Freud discernía dos etapas apenas en el desarrollo sexual: la del autoerotismo y la de la plena elección de objeto en la pubertad; las cuales concebía como contrapuestas, por cuanto en

la primera la satisfacción sexual se obtiene en el propio cuerpo, prescindiendo de un objeto ajeno. No obstante, si bien las pulsiones autoeróticas, por una parte, obtienen sus satisfacciones apuntalándose en las funciones corporales necesarias para la conservación de la vida, por otra parte, este mismo apuntalamiento implica una primera apertura hacia la elección amorosa de objeto, puesto que las personas encargadas de la nutrición, el cuidado y la protección del niño devienen los primeros objetos sexuales.

Poco después, como resultado de la prosecución de sus indagaciones, Freud introducirá en 1909 el narcisismo como una nueva etapa del desarrollo sexual, como un “estadio por el que se atraviesa en el camino que va del autoerotismo al amor de objeto” (1910j, p 56)⁴.

Habrá que esperar el apartado adicionado en 1915 a los *Tres ensayos* para enterarse del avance en la intelección de Freud respecto a la elección de objeto en el niño, a saber, su nuevo discernimiento de que el desenlace de la sexualidad infantil hacia el quinto año de vida manifiesta una notable aproximación a la conformación final en el adulto (1923b, p. 145).

Con todo, no hay que pensar que este acercamiento entre la elección infantil de objeto y la elección adulta fue operado exclusivamente por la intermediación del narcisismo.

⁴ Freud introduce por primera vez el concepto de narcisismo en una reunión de la Sociedad Psicoanalítica de Viena del 10 de noviembre de 1909. La primera referencia al concepto en una obra escrita aparece muy temprano, en una nota al pie agregada en la edición de 1910 de los *Tres ensayos* (1905c pp.131-132), curiosamente, esta mención al narcisismo es anterior a la que hace en otras dos obras de ese mismo año: el *Leonardo* (1910a p.93] y el caso *Schreber* (1910j, p.56).

En primer lugar, gracias a las observaciones comunicadas por el padre de Juanito a partir de 1906, Freud concluye que sería injusto perseguir sólo los rasgos autoeróticos de la vida sexual del niño, pues de aquellas se desprende que él establece también una elección de objeto como la del adulto (1909b, p. 15). Conclusión que refuerza con el estudio de Sanford Bell, en el que se indica también que las elecciones de objeto y las sensaciones amorosas tempranas no son raras en los niños varones (1909b, p. 114):

“...por las comunicaciones de Bell, nos enteramos de que niños de tres a cinco años de edad son capaces de una muy clara *elección de objeto*, acompañada por fuertes afectos” (Freud, 1905c, p.176 nota de 1910).

En segundo lugar, parece ser que la importante investidura que hace Juanito del pene, junto con la teoría que construye sobre su presencia universal, lleva a Freud a articular también el narcisismo con esta fase fálica:

“...En este sí-mismo {*Selbst*} tomado como objeto de amor puede ser que los genitales sean ya lo principal” (Freud, 1910j, p.56).

Por último, el otro paso teórico de Freud en esta época, y que es todavía más importante, consistirá en reinterpretar su modelo de apuntalamiento para redefinirlo como una situación edípica. En este sentido, en las conferencias dadas en la Clark University en 1909, afirma que las personas encargadas de la crianza del niño, a quienes apunta primeramente su primitiva elección de objeto derivada de su necesidad de asistencia, son pronto relegadas por los progenitores (1909d, p.42). Aunque allí no use el término de “complejo de Edipo”, alude a los relatos de Sófocles y al Hamlet de Shakespeare como reveladores de esa constelación infantil que constituye el “complejo nuclear” de las neurosis, en la cual:

“...El niño toma a ambos miembros de la pareja parental, y sobre todo a uno de ellos, como objeto de sus deseos eróticos. Por lo común obedece en ello a una incitación de los padres mismos, cuya ternura presenta los más nítidos caracteres de un quehacer sexual si bien inhibido en sus metas” (Freud, 1909d, p.43).

Planteamientos adicionales, que ayudan a comprender mejor el papel de los vínculos parentales, y especialmente aquel que se establece con la madre, en la vida amorosa adulta, se encuentran en *Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre*, en donde utiliza por primera vez la expresión “complejo de Edipo” (1910d, p.164).

En este ensayo Freud analiza algunas alteraciones en la vida sexual de los sujetos, a saber, la impotencia masculina y la frigidez femenina. Análisis a partir del cual concluye que una vida amorosa y sexual “plenamente normal” (1912c, p.174) sólo puede ser alcanzada tras la confluencia tanto del amor tierno como del amor sensual hacia un mismo objeto (1912c, p.174). Precisa que durante la infancia temprana ya se ha realizado una primera elección de objeto amoroso, correspondiendo generalmente a uno de los progenitores y a través del cual se hace posible la satisfacción de todas aquellas pulsiones que pedían satisfacción.

Sin embargo, el paso por el complejo de Edipo y sobretodo la imposición de la barrera del incesto como condición fundamental para el acceso a los objetos sexuales, obligan a la renuncia o a la represión de la mayoría de las metas sexuales infantiles, sobreviniendo como consecuencia una profunda alteración de las relaciones con las figuras parentales. A partir de entonces el niño permanece ligado a éstas a través de un vínculo sostenido por las pulsiones de meta inhibida o sublimadas, por lo que los sentimientos dirigidos hacia tales figuras toman la forma predominante de la ternura, aunque las aspiraciones sensuales originarias se conservan en el inconsciente y operando con intensidades variables.

Entonces, durante la época de la adolescencia, cuando el imperativo de la genitalidad despierta y actualiza las metas pulsionales que durante largo tiempo permanecieron dormidas, se hace necesaria la búsqueda de nuevos objetos libidinales por fuera del núcleo endogámico y exentos de la prohibición del incesto, objetos que se espera puedan promover un cierto grado de síntesis entre el amor tierno y el amor sensual, o dicho en otros términos, entre las pulsiones sexuales directas y las pulsiones de meta inhibida (Freud, 1920g, pp. 105-106).

Del mismo modo, en *Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa* (Freud, 1912c) Freud articula, entre otras, las ideas acerca de las transformaciones pulsionales y la elección de objeto, que ya habían sido planteadas. En este sentido, se dice que el logro de una vida amorosa realmente satisfactoria depende de una confluencia entre la corriente de amor tierno y de la corriente de amor sensual hacia el mismo objeto. Ya durante la infancia temprana, probablemente alrededor de los cinco años de vida, tuvo lugar una primera elección amorosa de objeto, apuntalada en las pulsiones de autoconservación, a través de la cual era posible dar trámite a todas las aspiraciones sexuales que reclamaban una satisfacción. Puesto que muchos elementos primitivos de la pulsión sexual no tienen cabida dentro de la vida amorosa adulta, dado los preceptos de satisfacción que recaen sobre ellos, normalmente sobreviene una represión que obliga a la renuncia de gran parte de las metas sexuales infantiles, aunque éstas se conservan en el trasfondo de las *pulsiones de meta inhibida*. Así que la barrera del incesto es aquella prohibición fundamental que des-sexualiza el lazo con las figuras parentales transmudándolo en vínculo de amor tierno.

1908, La novela familiar del neurótico

Este texto (1908i) aborda algunos de los procesos y conflictos psíquicos más importantes para el moldeamiento de las elecciones amorosas y el acceso a los objetos sexuales, y realiza una aproximación preliminar al complejo de Edipo, aunque no le nombre de manera explícita. Habla de la necesidad, como parte del paso de las relaciones infantiles a las relaciones adultas, de desasirse de la autoridad parental, un proceso que puede resultar doloroso pero que evita que la familia absorba al sujeto, al tiempo que le brinda la posibilidad de acceder a nuevos objetos sexuales, externos al entorno endogámico y libres de la prohibición del incesto. Este proceso va acompañado por ciertas formas de actividad fantaseadora recurrente en los sujetos, a partir de las cuales se resignifican las relaciones infantiles y se abre la posibilidad para el sujeto de asumir una posición intersubjetiva diferente.

La primera de tales fantasías comienza cuando el niño, al comparar a sus padres con otros, se da cuenta de la categoría a la que pertenecen, por lo que cuestiona la imagen que se ha formado de ellos y duda del carácter ideal que hasta entonces les ha atribuido. En muchas ocasiones, se despiertan mociones de rivalidad sexual y un sentimiento de estar relegado del amor de los padres. En este punto resulta especialmente llamativo el caso del varón, quien se muestra más proclive a la hostilidad y a la rivalidad con el padre que con la madre, y que en consecuencia siente una mayor necesidad de separarse de él.

La segunda forma típica de actividad fantaseadora muestra un componente sexual más directo, que anteriormente faltaba. Surge una inclinación a figurarse situaciones de tinte erótico tales como actos de infidelidad o enredos amorosos secretos entre los adultos, los que generalmente toman como protagonista a la

madre, y que consecuentemente impulsan a tomar represalias contra ella; un hecho que resulta particularmente vívido en aquellos niños que han sido castigados por sus prácticas sexuales inadecuadas.

A pesar de que este tipo de fantasías parezcan tener un carácter hostil, lo cierto es que por parte del niño no tienen una intensión maligna ni destructiva, sino que serían evidencia de la existencia de una ternura originaria hacia las figuras paternas que todavía se conserva. De hecho, todas esas construcciones en las que los padres son sustituidos por unas figuras más dignas y grandiosas muestran, precisamente, que estas últimas son portadoras de rasgos provenientes de los verdaderos padres, es decir, que no se los está eliminando sino más bien se los está enalteciendo. De acuerdo con Freud, el ímpetu por remplazar a los padres no es más que el anhelo por una época de dicha que ya se ha perdido, época en la cual el padre era visto como noble y poderoso mientras que la madre era completamente bella y amorosa, ello significa que esas fantasías son realmente un lamento por la desaparición de la dicha en la relación temprana con las figuras parentales.

1914, Puntualizaciones sobre el amor de transferencia

Puntualizaciones sobre el amor de transferencia (1914i) es probablemente uno de los textos más relevantes de la obra freudiana sobre la técnica psicoanalítica, dirigido sobre todo a los aprendices del psicoanálisis, y que pretende advertir sobre los riesgos y potencialidades, para el quehacer clínico de los psicoanalistas, de lo que él ha denominado *relación transferencial*.

El asunto puntual que trata es el hecho, bastante común, de que una paciente declare un enamoramiento por la figura del médico que la analiza o que dé indicios de estarlo. Freud afirma que tal situación debe ser considerada como un enamoramiento o un amor genuino, en virtud de que se compone de reacciones y repeticiones de relaciones anteriores, incluso provenientes de la infancia (1914i, p. 170). En su opinión, por tanto, la reedición de los rasgos antiguos y la repetición de reacciones infantiles hacen parte del carácter fundamental de todo enamoramiento. Por la misma razón el enamoramiento tiende a mostrar unas tendencias compulsivas, provenientes de los condicionamientos infantiles, que le hacen parecerse mucho a un estado patológico. Sin embargo, el amor transferencial tiene un grado mucho menor de libertad que el amor “normal”, o sea, que se muestra mucho menos flexible y modificable, lo que permite discernir en él la influencia más directa del modelo infantil.

De lo anterior, se concluye que los mecanismos que hacen parte del llamado amor “normal”, como son la idealización, la valoración sesgada del objeto y la transferencia de libido, entre otros, son de la misma naturaleza que los mecanismos de las formas de amor más desfiguradas, como la del amor transferencial, o de aquellas que incluso pueden llegar al punto de lo patológico, por lo que sólo habrían de diferenciarse por su grado de exageración, rigidez o intensidad.

1.4 El narcisismo y la dinámica libidinal en el amor

Parece ser que la importante recapitulación y reflexión metapsicológica que emprendió Freud hacia 1915 (*Pulsiones y destinos de pulsión* (1915b), *La represión* (1915c), *El inconsciente* (1915d)) estuvo en gran medida motivada por las

implicaciones teóricas de los nuevos conceptos introducidos años antes, en particular el del narcisismo y el del Complejo de Edipo, como se acaba de ver. Ese reordenamiento metapsicológico se prolongará en un segundo momento, particularmente con *Más allá del principio de placer* (1919g) y *El yo y el ello* (1923a), en donde se replantearán la teoría de las pulsiones y la del aparato psíquico. Es de esperar entonces que las puntualizaciones de Freud sobre la relación amorosa hechas durante este período de su obra, vayan mucho más allá del autoerotismo y la búsqueda del placer de órgano, pues replantea la sexualidad en términos de un funcionamiento libidinal organizado por la intermediación del yo y el superyó, e insiste en entender los conflictos propios de la relación de objeto en el marco de las dinámicas y las coyunturas intersubjetivas, tanto las del Complejo de Edipo como de los vínculos madre-hijo más tempranos.

Es importante anotar, de manera preliminar, que la teoría del narcisismo se corresponde con las temáticas de los dos replanteamientos metapsicológicos mencionados, puesto que el concepto de narcisismo estrecha las relaciones entre elementos que hasta entonces habían permanecido aislados, a saber, el punto de vista tópico y la teoría de las pulsiones (Laplanche, 1970, p.94). Gracias a este refinamiento teórico que comporta la formalización del narcisismo, la conceptualización freudiana de esta época integrará mucho más el amor a la teoría de las pulsiones y a la teoría del yo.

1914, Introducción del narcisismo

Uno de los objetivos declarados por Freud en su ensayo sobre el narcisismo (1914e) es el de mostrarlo como un estadio regular de la organización psíquica, que ocupa un lugar intermedio entre el autoerotismo y la relación de objeto.

Precisamente, este nuevo lugar atribuido al narcisismo hará posible relacionarlo con fenómenos psíquicos tan diversos como la psicosis, la enfermedad orgánica, la hipocondría y, por supuesto, la vida amorosa.

Freud parte de la definición clásica de narcisismo, según la cual esta orientación sexual lleva al individuo a tratar a su propio cuerpo como equivalente a un objeto sexual, y gracias a ello alcanzar una satisfacción plena. Visto de este modo, el narcisismo se restringe a una conducta perversa, a una desviación del objeto sexual. Pero los esfuerzos de Freud se encaminan a mostrar que el narcisismo es un proceso regular en el desarrollo del hombre, correspondiendo con un remanente del egoísmo que caracteriza las pulsiones de autoconservación.

Reservorio en el Yo

En términos de energía libidinal, Freud (1914e, p. 73) considera que existe primero una investidura originaria del propio yo, que es cedida después a los objetos en favor del interés y la relación con ellos, aunque hay una parte que se conserva en el trasfondo. Así, debe decirse que toda forma de narcisismo nacida por replegamiento de las investiduras de objeto, tan característico de fenómenos como las parafrenias, sólo puede considerarse secundario respecto a dicha forma de narcisismo primario.

Se parte de la idea de que la libido es una energía psíquica sexual general, siendo en su forma original siempre de tipo narcisista, pues se considera al yo como un gran reservorio a partir del cual es posible desplegar una catexia libidinal hacia los objetos del mundo exterior. Entonces, la oposición entre la libido yoica o narcisista

y la libido de objeto sólo podrá ser trazada cuando el estado de narcisismo originario es abandonado para investir con un interés sexual y amoroso aquellos objetos que se imponen al yo como fuentes de placer. De igual manera, afirma Freud, que la cantidad de libido disponible en el yo es limitada, por lo que transferir una parte de ella a los objetos implica necesariamente una pérdida para el yo; así que la relación entre libido yoica y libido de objeto es opuesta pues, cuanto más se gasta de una más se empobrece la otra. Tal relación de oposición se ejemplifica muy bien mediante el enamoramiento, una forma alcanzada por la libido de objeto en la que el sujeto ha resignado su propia personalidad en beneficio de la investidura de objeto.

Fenómenos clínicos

La comprensión del narcisismo y de los movimientos libidinales no es una tarea fácil, de ahí que para Freud lo más adecuado sea colegirlos a partir de las desfiguraciones y las exageraciones que se observan en lo patológico. De acuerdo con Freud, existen diversos fenómenos clínicos a partir de los cuales es posible apreciar con claridad los movimientos particulares de la libido y el narcisismo.

Así, las parafrenias se muestran como la vía de acceso más directa a las alteraciones del narcisismo. Con base en el análisis del caso Schreber, puede hablarse de una introversión de la *libido sexualis* que lleva a una investidura del yo, y como resultado de ello, se produciría aquel efecto típico de pérdida de realidad y extrañamiento respecto al mundo exterior.

En la enfermedad orgánica es claro que la persona afectada declina todos sus intereses respecto de los objetos del mundo exterior cuando no guardan relación con su padecimiento, por lo que la libido y el interés autoconservativo del yo se vuelven indiferenciados. Se trata en sí de un proceso por medio del cual el yo hace un retiro temporal de sus inversiones libidinales para volver a desplegarlas luego de curarse.

En la hipocondría, se asiste a una alteración de la distribución erógena del cuerpo y de las cargas libidinales, pues una parte específica del cuerpo toma sobre sí la mayor parte de la excitación sexual, llegando incluso a igualar el papel de los genitales. El punto clave de todo esto consiste en que a cada una de tales alteraciones libidinales podría corresponderle una alteración de la inversión libidinal del propio yo.

El rasgo común en todos estos casos es que la libido pierda su movilidad o su capacidad para re-invertir los objetos del mundo exterior, llevando así a una sensación de displacer. Por tal motivo la vida anímica se ve forzada a traspasar los límites del narcisismo y transferir una parte de la libido sobre los objetos cuando ella ha sobrepasado cierta medida. Por tanto, Freud (1914e, p. 82) concluye que si bien un fuerte egoísmo preserva de enfermar, también se debe empezar a amar para no caer en la enfermedad, como igualmente se cae en la enfermedad si como resultado de una frustración no se puede amar.

Tipo narcisista y por apuntalamiento

Ya introducido el tema del amor, Freud precisará que todo sujeto tiene ante sí dos caminos posibles para la elección de objeto amoroso: él mismo y la mujer que le crió, es decir un objeto de tipo narcisista y un objeto por apuntalamiento. La elección por apuntalamiento tiene como fundamento que las personas encargadas de velar por la auto-conservación del niño devienen sus primeros objetos sexuales. De acuerdo con esta modalidad el amor de objeto se dirige a la mujer nutricia o al hombre protector, es decir, que la satisfacción amorosa se halla en un objeto que puede brindar satisfacción y colmar necesidades. En el otro camino de la elección de objeto, la de tipo narcisista, ella es mediada por un objeto que remite a lo que uno mismo es, a lo que uno mismo fue, o a lo que uno querría ser. Aquí la satisfacción amorosa estaría puesta, más frecuentemente en el varón, en sobre-estimar al objeto y, de forma más corriente en las mujeres, en hacerse amar por él.

Como ya se ha dicho, la investidura libidinal de los objetos implica una rebaja del sentimiento de sí, sentimiento fundamentado en la condición narcisista originaria, ya que la dependencia y necesidad del objeto amado tienden a rebajarlo. La lógica de estas investiduras implica que quien ama ha sacrificado una parte de su narcisismo, el cual sólo puede ser recuperado a cambio de ser amado. Empero, existen investiduras de objeto que son acordes con el yo, en virtud de las cuales el hecho de amar no está necesariamente opuesto a los intereses narcisistas, ya sea porque la rebaja inicial en el sentimiento de sí es reparada cuando el yo se siente amado por el objeto o bien porque el objeto que se posee se ha elevado a la condición de ideal sexual.

Ideal del Yo

Igualmente, Freud aborda la relación del narcisismo con la configuración de unas instancias diferenciadas del propio yo, a saber, el ideal del yo y la consciencia moral.

Los efectos de la cultura y la educación hacen que gran parte de las mociones pulsionales deban ser aplazadas, frustradas, sublimadas o reprimidas. Esto mismo le acontece a la omnipotencia del yo, el que durante el período infantil coincide con todo lo grandioso y perfecto. Es claro que aunque los padres propician y refuerzan esta situación, por otro lado, las exigencias del desarrollo y de los mismos padres, impelen al sujeto al abandono de esa omnipotencia narcisista. El yo abandona esa postura al desplazar la libido hacia un ideal impuesto desde afuera y al emitir las investiduras libidinales de objeto. Sin embargo, en el trasfondo del Yo persiste una aspiración a recobrar el narcisismo, a aproximarse al estado originario perdido. El yo puede recuperar en parte ese narcisismo gracias a las satisfacciones que provienen de la relación amorosa con el objeto y también a través del cumplimiento de un ideal. De allí que el sentimiento de sí se fundamente en el remanente del narcisismo infantil resignado, en la “corroboración” de la antigua omnipotencia a través de las experiencias secundarias de amor y el cumplimiento de ideales.

Finalmente, explica Freud que el hecho de que la satisfacción de una moción pulsional sea conflictiva para un sujeto y reprimida, se relaciona también con el establecimiento de una instancia encargada de medir al yo actual con el ideal. Esta instancia, que sería la consciencia moral, al comparar permanentemente al

yo con el ideal, se estaría encargando también de asegurar la satisfacción narcisista que supone el cumplimiento de dicho ideal.

1915, Pulsiones y sus destinos, el amor como relación del yo total

En *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915b, p. 132), como parte de una argumentación orientada al esclarecimiento de la pulsión y sus elementos constitucionales, Freud explica que el amor se corresponde con la esfera del puro vínculo de placer entre el yo y aquellos objetos que satisfacen los intereses sexuales directos y las necesidades sexuales sublimadas. De manera similar, anota que en etapas previas a la instauración del vínculo de objeto, el “amor” se presenta bajo el gobierno de las pulsiones autoeróticas, es decir, como búsqueda de metas sexuales provisionales como la oralidad o la analidad. Pero finalmente pone como condiciones de la relación amorosa la existencia de un yo y de investiduras libidinales que éste pueda desplegar hacia los objetos del mundo exterior. Por tanto, los vínculos de amor u odio no son atribuibles a la relación de la pulsión con sus objetos, sino que están reservados a la relación de un *yo-total* con los suyos (1915b, pp. 131-132).

1920, Psicología de las masas y análisis del yo

En este mismo sentido, en *Psicología de las masas y análisis del yo* (1920g) Freud introduce nuevas ideas acerca de los fundamentos psíquicos de la vida amorosa, mostrando al mismo tiempo su dimensión conflictiva. Concretamente, en el capítulo “Enamoramiento e hipnosis” (1920g, p. 105) afirma que el problema del

amor no puede reducirse a una simple investidura, por parte de las pulsiones sexuales, de un objeto a través del cual se hace posible una satisfacción de las aspiraciones sexuales directas (*amor sensual*); pues se requiere una acción psíquica particular para que el lazo con el objeto se mantenga aun en los momentos en que la satisfacción acalla el empuje pulsional y vuelve innecesaria la presencia del objeto. Para que una relación amorosa perdure en el tiempo y esté dirigida un objeto específico (no sustituible fácilmente), deberá contar con elementos psíquicos adicionales a aquellos que caracterizan el vínculo entre la pulsión y su objeto, deberá contar con un componente de amor tierno o de meta sexual inhibida, puesto que el amor sensual tiende a extinguirse, junto al vínculo de objeto, una vez obtenida la satisfacción pulsional.

1.5 Mezcla pulsional, ambivalencia y dependencia

1923, El Yo y el Ello

De acuerdo con Freud, su comprensión del funcionamiento sexual es todavía oscura e insuficiente como para permitir vislumbrar la cualidad última de las mociones pulsionales y la manera como éstas se alteran en los diferentes destinos pulsionales. Sin embargo, él se aventura a proponer que en algún punto del desarrollo psicosexual se opera una transformación de la energía pulsional que se relaciona con los procesos de investidura del ello, transformación a través de la cual las pulsiones se comunican, por decirlo de alguna manera, con otras, haciendo posible, por ejemplo, que una pulsión asociada a una fuente erógena particular ceda su intensidad a una pulsión parcial de otra fuente y la refuerce, o bien haciendo posible que la satisfacción de una pulsión pueda sustituir la de otra.

Según esto entonces, Freud concibe que las pulsiones, entre las que han de contarse las pulsiones de destrucción, comienzan a transformarse como resultado de un proceso de mezcla pulsional, en una especie de energía plástica, más indiferenciable y desplazable, activa tanto en el yo como en el ello, que funciona como una suerte de combustible para la vida sexual. En resumen, es lo que se conoce como libido o energía sexual ligada (Freud, 1923a, pp. 42,45).

Así las cosas, gracias a esta nueva condición de la energía sexual, se continúan dando trámite a los intereses del Ello, pero ahora de manera transformada, en virtud de la unión y la ligazón por la cual se pone a la energía libidinal al servicio de la unicidad que procura el yo y que lo caracteriza. Bajo esta misma lógica se entiende el proceso mediante el cual el yo tramita las primeras investiduras de objeto del ello, acogiendo las primeras formas de energía sexual y ligándolas en función de una alteración producida en el mismo yo a través de un proceso identificatorio. Freud propone definir este proceso como una trasposición de la energía pulsional en libido; proceso que implica una resignación de las metas pulsionales más destructivas y que pone de manifiesto los lazos estrechos existentes entre el ello y el yo, y que ante todo pone de presente la función de esta última instancia como reguladora de la energía sexual.

Según esta concepción de Freud, en un principio toda la libido se encuentra acumulada en el ello, y el yo aún se muestra endeble y en proceso de formación; luego el ello envía parte de dicha libido a los objetos hacia los cuales ha desplegado alguna clase de investidura. Más tarde, el yo, una vez ha logrado fortalecerse, se impone al ello como objeto de amor, llegando así a apoderarse de la libido comprometida en el proceso de investidura y aprovechándose de la propia energía del ello para ponerla a funcionar al servicio de sus intereses y condiciones. Cabe advertir que para Freud el narcisismo del yo sería secundario, pues es sustraído de las investiduras de objeto.

1929, El malestar en la cultura

El malestar en la cultura (Freud, 1929d) retoma, articula y avanza diversos temas esenciales que venían siendo abordados desde escritos anteriores; tal es el caso de los impulsos pulsionales propios del ser humano y su conflicto con las instancias reguladoras, los fundamentos de la organización socio-cultural en la regulación de la pulsión, la influencia de las transformaciones pulsionales y libidinales en el bienestar del hombre y su integración en los vínculos sociales. En medio de este panorama, Freud desarrolla algunas consideraciones que siguen los lineamientos de textos como *Pulsiones y destinos de pulsión* (1915b) e *Introducción del narcisismo* (1914e), a saber, los orígenes libidinales del yo y las primeras formas de la relación de objeto, la satisfacción y la dicha del hombre a través del amor de objeto, el conflicto y la ambivalencia propia de todo vínculo libidinal, y el lugar del amor en la organización socio-cultural.

En este contexto, Freud recuerda que el sentimiento de sí mismo o el sentimiento yoico del adulto no existe como tal desde el principio de la vida, sino que se constituye a lo largo de un proceso de desarrollo que se remonta hasta la época del lactante. Considera que para éste no existen las fronteras que separan su propio yo de los objetos del mundo externo, por lo que originariamente el yo lo contiene todo. En la vida del lactante existen fuentes constantes de excitación que más tarde se atribuirán a sus propios órganos corporales y otras como el pecho materno que desaparecen transitoriamente y sólo pueden recuperarse mediante una acción de reclamo. Ahora bien, frente a esa masa de sensaciones y estímulos de las que es fuente el mundo exterior, emerge en el yo un impulso a desasirse de ella, a contraponerse por primera vez al objeto exterior (Freud, 1929d, pp.67-69). Se constituye una tendencia a segregar del yo todo aquello que pueda constituirse

como una fuente de displacer, a expulsarlo fuera de sí y a formar un puro yo-placer, al que se contrapone lo externo como algo amenazador.

Esta hipótesis sobre el origen del yo y las primeras formas de representación e intercambio con los objetos externos tiene gran relevancia, por dos motivos. El primero tiene que ver con la tendencia, originada en esas primeras formas de intercambio del yo, a la búsqueda de la satisfacción y la felicidad para sí mismo, al tiempo que se intenta evitar el sufrimiento, es decir, la tendencia a situar la satisfacción en el fundamento general de los procesos anímicos. En este sentido, la relación amorosa estaría encabezando el repertorio de métodos para usar los objetos como vehículos del sentimiento de felicidad del yo (Freud, 1929d, p.81), aunque en épocas posteriores de la vida, a diferencia de lo que ocurre con el lactante, la libido opera con una mayor desplazabilidad, por lo que no es necesario rechazar o aislarse de los objetos externos, sino más bien apreciarlos como contribuciones al logro de la satisfacción y la dicha.

El segundo motivo tiene que ver con la idea, desarrollada con anterioridad, acerca de un odio primordial como primera forma de la relación de objeto. De acuerdo con esta premisa, el odio, la ambivalencia y el conflicto son un componente intrínseco a toda forma de vínculo libidinal, incluyendo desde luego al amor. De ahí la idea de que un amor pueda abrir la puerta tanto a la satisfacción como al sufrimiento, la angustia y el odio.

Con todo, el amor sexual, que encabeza la lista de métodos de los que dispone el hombre para aspirar a la felicidad y para no conformarse simplemente con la evitación del sufrimiento, puede constituirse en una de las experiencias más intensas y avasalladoras, hasta el punto en que el amar y el sentirse amado pueden convertirse en algo central en la vida del hombre, en el prototipo de toda

dicha (Freud, 1929d, pp. 82, 99). El empuje constante del hombre hacia la satisfacción y la posibilidad que representan los objetos del mundo exterior para alcanzarla, son el motivo por el cual los ama y quiere tenerlos cerca. No obstante, por esta misma razón se rompe la autodeterminación libidinal originaria del yo y el hombre se hace dependiente de un fragmento del mundo exterior, es decir, que el yo ya no puede desprenderse de aquellos objetos que le aseguran su satisfacción, por cuanto si le llegaran a ser sustraídos, por pérdida, desprendimiento, infidelidad o muerte, se vería expuesto a unas cuotas de padecimiento máximas (Freud,1929d, p.99).

1.6 Recapitulación, discusión y preguntas

Luego de haber realizado este recorrido en busca de las principales ideas freudianas acerca de la naturaleza de la relación amorosa y de los factores involucrados en el desarrollo de la capacidad para amar, se han podido identificar algunos de sus determinantes psíquicos y podido reconocer algunas formas en las que pueden expresarse dichos determinantes en el transcurso del desarrollo psicosexual.

A partir de la anterior lectura de los textos de Freud que tratan acerca del amor, se intentará a continuación recapitular y destacar las principales proposiciones teórico-interpretativas sobre este vínculo. Se espera que esta revisión aporte bases para emprender futuras exploraciones teóricas, más allá de las fronteras freudianas, en la medida en que se determinen aquellos puntos oscuros en los que dichas ideas no agotan la explicación.

Ha quedado claro que para Freud, ni la sexualidad humana ni el amor emergen con el advenimiento de la pubertad o con la entrada en la etapa adulta, por el contrario, sus orígenes deben rastrearse hasta la época infantil, incluso hasta la actividad del lactante con el pecho materno. La sexualidad se fundamenta en la acción de las pulsiones parciales, perversas y polimorfas por naturaleza, durante la infancia, que aspiran cada una a la satisfacción de un placer de órgano y que son diferenciables únicamente por su relación con la meta y la fuente erógena. En este sentido, el acto de mamar el pecho se considera como uno de esos antecedentes paradigmáticos para todo vínculo de amor futuro, de ahí que se afirme que el hallazgo del objeto externo durante la pubertad sea más bien un reencuentro.

Pero el vínculo amoroso tampoco existe desde el comienzo de la vida psíquica, aunque tenga sus antecedentes en el estadio autoerótico, en el placer de órgano y en la relación de las pulsiones con sus objetos parciales. El papel de las pulsiones y del autoerotismo en la relación amorosa, será mejor definido cuando Freud establezca que el amor constituye una relación de un yo-total con sus objetos fuente de placer, tanto objetos de pulsiones sexuales como de pulsiones sublimadas. El vínculo entre una pulsión parcial y su objeto no coincide con la relación amorosa, puesto que la pulsión no ama ni odia a su objeto sino que hace uso de él para dar trámite a una excitación sexual, por lo que una vez se ha cancelado tal excitación la presencia del objeto se vuelve innecesaria o indiferente. Ello implica que la posibilidad de establecer una relación amorosa coincide, más o menos, con la existencia de un yo con cierto grado de desarrollo, capaz de discernir entre el mundo psíquico interno y el mundo exterior, y también de establecer ciertos intercambios libidinales con los objetos externos. Así las cosas, si no existe desde el comienzo de la vida un Yo, lógicamente, tampoco existe desde el inicio una capacidad para amar.

Cabe pues tener en cuenta esta precisión sobre la relación de la pulsión con su objeto, para reconsiderar la observación de Freud de que durante la infancia ya puede observarse la consumación de una elección de objeto similar a aquella que tiene lugar durante la vida adulta, es decir, que existe un conjunto de afanes sexuales dirigidos a una persona específica y no sustituible fácilmente, más allá de las simples actividades auto-eróticas.

Por otro lado, Freud afirma que el yo opera como un gran reservorio de energía libidinal a partir del cual pueden ser investidos los objetos del mundo exterior. Esto supone la existencia de una suerte de narcisismo primario a partir del cual se hace posible amar a otros objetos diferentes al propio yo. Por consiguiente, la investidura narcisista del yo es el estado originario a partir del cual es posible la relación y el amor por el objeto. La libido opera como una energía general al interior de los procesos sexuales, pero sus reservas son limitadas, por lo que cuanto más cantidad sea transferida a los objetos más disminuye la libido narcisista disponible en el propio yo, y viceversa. Con todo, esta dinámica garantiza la movilidad y el intercambio libidinal, pues de acuerdo con Freud, la vida anímica debe traspasar los límites del narcisismo y poner su libido también sobre otros objetos cuando se ha alcanzado cierto grado y puede volverse riesgoso para el propio yo, es decir, que existe un egoísmo necesario y que incluso puede preservar de la enfermedad, pero finalmente, debe comenzarse a amar para no caer enfermo, pero también se podrá caer en la enfermedad si por cualquier frustración no se pudiera llegar a amar (Freud, 1914e, p. 82).

En un principio Freud consideró que la investidura narcisista era opuesta a la investidura libidinal, pues el amor de objeto corresponde a una transferencia de la libido yoica. Incluso las reservas de esta libido pueden agotarse como lo prueba el enamorado que sacrifica su amor propio en beneficio del amor por su objeto idealizado. Sin embargo, existe la posibilidad de que el amor de objeto sea acorde

con los intereses del yo, por lo que no sólo podría remediar el estado de empobrecimiento narcisista, sino también acrecentar el engrandecimiento narcisista del yo, o sea, que el yo puede recuperar para sí la libido sacrificada y aumentar el sentimiento de dicha al sentirse amado recíprocamente por su objeto de elección, o al reconocerse en posesión del objeto sexualmente idealizado. El amor por el objeto implica la pérdida de libido narcisista y una disminución del sentimiento de sí, sin embargo, el yo al sentir que es amado por el objeto o que posee al objeto idealizado, recupera el narcisismo perdido.

Aun cuando la sexualidad adulta, comúnmente más integrada en cuanto a sus metas y objetos, supone que el autoerotismo infantil se abandone y transforme en gran medida, las mociones pulsionales y los objetos primordiales son indispensables para establecer la investidura libidinal amorosa. El objeto primario de la pulsión tiene funciones capitales para determinar el perfil del ulterior vínculo amoroso. Él aporta el factor excitante que buscará satisfacerse en las elecciones futuras, es decir, que por la acción de dicho objeto se grabarán unos rasgos excitantes y unas fuentes a través de las cuales se movilizará el deseo erótico hacia los objetos de amor. Se impone así una condición de placer, que será requerida en el momento del encuentro del Yo con los objetos del mundo exterior para que dicho encuentro resulte placentero.

Otro de los determinantes cruciales aislado por Freud en la dinámica libidinal de las relaciones amorosas es la ternura. La relación amorosa, además del componente sexual directo, cuenta con una investidura tierna que asegura el mantenimiento del interés y del vínculo con el objeto, aun en los momentos en que la satisfacción ha acallado el empuje sexual. De allí que la normalidad de la vida sexual es garantizada por la coincidencia entre las dos corrientes, tierna y sensual, dirigidas al objeto así como de sus metas (Freud, 1905c, p.189).

Sobre la base de lo anterior, cabe preguntarse ¿cuál es la naturaleza de la relación entre el objeto pulsional y el objeto de amor? ¿de qué manera se pasa del funcionamiento autoerótico y parcial al plano de las investiduras libidinales directas y tiernas? De igual forma, tampoco resulta completamente claro cuál es el destino de las formas de excitación o satisfacción pulsional parcial, una vez se pasa al funcionamiento libidinal, ¿operan como simples repeticiones o se metamorfosean bajo la acción de diversos mecanismos de defensa? ¿cómo se integran estas nuevas formas de erotismo al nuevo régimen libidinal y fantasmático?

Por otra parte, este repertorio de factores determinantes de la relación amorosa se completa con el reconocimiento de que la ambivalencia y la posibilidad del conflicto son rasgos inmanentes a todo vínculo libidinal, es decir, que al amar se está tan cerca de la dicha como del sufrimiento y del odio. Freud explica esto tomando en cuenta que el Yo inicialmente no inviste los objetos externos o que le son indiferentes, que se comporta de manera autoerótica, gobernado por el principio de placer. De allí que los objetos externos le aparezcan a este Yo como generadores de estímulos y excitaciones que son vividas durante cierto tiempo como displacenteras, razón por la cual inicialmente este yo narcisista rechaza y odia este mundo con sus objetos; con lo cual el odio como relación de objeto se instituye como relación más antigua que el amor (Freud, 1915b, p.133). Por lo mismo la relación amorosa se encontrará también comúnmente acompañada de tendencias al odio, o por ello también se transformará con gran facilidad en odio (1915b, pp.127, 128, 132).

En esta misma perspectiva de la ambivalencia, es menester recalcar también que amar a un objeto implica abrir la puerta al miedo y al sufrimiento siempre latentes, dado que la satisfacción, la felicidad y el bienestar se vuelven dependientes de un objeto específico y no sustituible fácilmente, es decir, que el yo queda expuesto a

un potencial enorme de sufrimiento, dada la posibilidad de que el objeto le sea negado por un rechazo, una traición o una pérdida.

Por consiguiente cabe preguntarse, ¿cuáles son los mecanismos mediante los cuales se logran neutralizar las tendencias conflictivas y ambivalentes propias del amor de objeto?, ¿cómo se logra el predominio de la experiencia de satisfacción sobre la experiencia de temor, angustia o sufrimiento ante la posibilidad de perder el objeto?, ¿cuáles son los mecanismos por los que se logra una regulación de las tendencias destructivas de la pulsión, de modo que no destruyan al objeto o a sí mismo en la relación?

No obstante, para pensar la salida del autoerotismo o la neutralización de la ambivalencia, aunque es cierto que tanto el origen de la sexualidad como de la capacidad para amar deben rastrearse hasta las primeras formas de satisfacción infantil, no se puede olvidar que la elección de objeto definitiva es un proceso que se da en dos tiempos.

El primer tiempo comprende la infancia temprana, mientras que el segundo tiene lugar durante la adolescencia; momento en el que, como ya se dijo, se transforma el papel del autoerotismo, en el que las pulsiones parciales cooperan con la satisfacción genital y en el que se encuentra el objeto externo, al que pueden dirigirse tanto los intereses sexuales directos como las aspiraciones tiernas o de meta inhibida. Así que entre el tiempo infantil y el tiempo de la adolescencia existe un diferimiento, que incluye por supuesto el paso por el complejo de Edipo, a través del cual el yo logra la estructuración que le posibilita asumir condiciones, restricciones e ideales que determinan el acceso a los objetos, entre ellas la más importante sería la de la barrera del incesto.

Que la teorización freudiana suscite preguntas y deje algunos puntos oscuros, no impide vislumbrar que, además de la acción del Complejo de Edipo, también la acción del yo y de sus investiduras narcisistas, al recaer sobre los antecedentes pulsionales, se hace indispensable para comprender la configuración y la dinámica de las relaciones amorosas.

Con todo, definir el amor como una relación del yo-total con sus objetos sigue siendo una noción en demasía genérica que puede aplicarse igualmente a otras formas de relación, por ejemplo, a la relación entre padres e hijos, a los lazos fraternos entre seres humanos, a las relaciones por vía de la identificación, o incluso a la relación con objetos materiales que pueden constituirse también para el yo en fuentes de placer o que pueden ser generadores de un valor narcisista.

Todo ello deja abierta la pregunta por las características más específicas y propias del *amor sexual adulto*, y su diferencia con otras formas de investidura libidinal. ¿Es verdaderamente la elección de objeto adulta una repetición de la elección de objeto infantil? ¿El objeto de amor ocupa el mismo lugar en la vida psíquica del infante que en la vida psíquica del adulto? ¿Cuáles son las diferencias más específicas –en el plano del yo, el narcisismo y la dinámica libidinal–, existentes entre el amor infantil y el amor adulto? ¿Ama el yo del infante de la misma manera que lo hace el yo del adulto?

2. APORTES POST-FREUDIANOS A LA TEORÍA DEL AMOR

Luego de este recorrido por la obra freudiana en busca de sus principales consideraciones sobre el origen y la constitución de las capacidades para la relación amorosa, se han identificado sus principales elementos explicativos. En términos generales ha quedado claro que en la relación amorosa están implicados varios procesos e instancias psíquicos, entre los que cabe destacar: las pulsiones, los factores yoicos y narcisistas, el conflicto edípico y las transformaciones de la adolescencia.

Si bien estos fundamentos psíquicos implican una amplia extensión de la teoría psicoanalítica, dentro de la concepción freudiana de la relación amorosa se ubican en un lineamiento particular, el cual traza un camino desde los antecedentes, pasa por unas transformaciones, hasta llegar a los estados y capacidades del adulto.

Ahora bien, la definición del amor como relación del yo-total con sus objetos, sumado al nuevo énfasis que a partir de la introducción del narcisismo hace Freud en el régimen ligado de la libido, permiten inferir que las articulaciones narcisistas y yoicas tienen un importante papel en el uso que en la relación amorosa se hace de los antecedentes pulsionales y en las formas cómo se configura dicha relación.

Es posible advertir la importancia que tiene el narcisismo en el desarrollo psicosexual, por cuanto se involucra con procesos tan esenciales como la configuración del yo con sus funciones regulatorias y defensivas, las primeras

formas de la relación de objeto, la naturaleza y dinámica de la energía libidinal, entre otros. No obstante, sobre la teoría freudiana del narcisismo se ha discutido, reflexionado e incluso criticado mucho. Los asuntos más polémicos son aquellos que apuntan directamente a los orígenes mismos del sujeto psíquico, a los primeros procesos y formas de la organización yoica y de las relaciones de objeto; asuntos sobre los cuales el mismo Freud confiesa no tener más que una suposición.

Con todo, a pesar de la importancia teórica que representa la identificación del papel del yo en el desarrollo de la capacidad de amar, a pesar de reconocer que se opera una transformación esencial que hace pasar del funcionamiento autoerótico y parcial a las investiduras libidinales directas o tiernas, o a pesar de señalar la imperiosa necesidad de regular o neutralizar las inevitables e inherentes tendencias destructivas que hacen presencia en el amor de objeto, todavía persisten en las elaboraciones teóricas freudianas vacíos e insuficiencias.

Ahora bien, precisamente estas cuestiones más oscuras o incompletas de la propuesta freudiana, han constituido incitaciones para nuevas reflexiones de otros autores. En este capítulo entonces, haciendo eco a tales invitaciones, se las tomará como referentes para orientar la búsqueda de elaboraciones teórico-clínicas en algunas obras de autores post-freudianos, que permitieran complementar y lograr una comprensión mucho más cabal de los fundamentos psíquicos, pulsionales y libidinales, de las relaciones amorosas.

En los siguientes apartados se recurrirá entonces a las ideas de los siguientes psicoanalistas: con Hugo Bleichmar (1995) y Silvia Bleichmar (1998), se abordarán las cuestiones relativas a la naturaleza intersubjetiva del narcisismo y a la transformación de los objetos pulsionales en objetos de amor; Jean Laplanche (1970) brindará varios esclarecimientos en torno a las problemáticas del

narcisismo y de la teoría de las pulsiones; las reflexiones de Philippe Jeammet (1989) permitirán superar la oposición simple entre investiduras narcisistas e investiduras objetales, y reconocer las funciones claves de los cimientos narcisistas; gracias a Chasseguet-Smirgel (1973) y a Louise Kaplan (1984) se identificará la conflictiva narcisista presente en el Complejo de Edipo; Piera Aulagnier (1979) llamará la atención sobre la función de las representaciones ideicas del Yo en el mantenimiento de los vínculos objetales, y Otto Kernberg (1995) ayudará a completar la caracterización del amor sexual adulto.

Pero, como ya se dijo, es gracias a los primeros esfuerzos realizados por Freud que es posible orientarse en la búsqueda de nuevas propuestas teóricas que se ocupen nuevamente de tales problemáticas o que amplíen las fronteras del pensamiento freudiano, actualizándolo, reflexionándolo o problematizándolo.

2.1. Del objeto pulsional al objeto de amor

Si se parte, como Freud, desde el autoerotismo, como estado inaugural de la sexualidad humana, cabe preguntarse sobre las condiciones y mecanismos que aseguran el paso del objeto de la pulsión al objeto de amor. Este paso implica comprender también de qué manera la destructividad y la potencialidad conflictiva, que en principio tienen las pulsiones, pueden ser reguladas para lograr un mayor grado de integración de sus objetos y fines.

Se analizarán a continuación algunos desarrollos teóricos que sugieren que la respuesta podría estar en el ingreso que las pulsiones hacen al registro de las representaciones y las elecciones libidinales, con lo cual la satisfacción pulsional

alcanza una mayor conciliación con los intereses narcisistas y con la unidad del yo.

2.1.1 Objeto pulsional y objeto narcisista

Teniendo en cuenta algunos aportes post-freudianos es posible lograr una comprensión más acabada de las formas más tempranas de los primeros rudimentos de la actividad narcisista y de sus objetos.

Para ello conviene situarse en el comienzo de la sexualidad humana, concebido por Freud sobre la base del apuntalamiento (1905c, pp. 165,168, 203). Este apuntalamiento implica que las zonas y objetos de las actividades de supervivencia sugieren a la actividad sexual ciertos caminos a recorrer, pero que dicha actividad se independiza de la supervivencia y busca repetir o evocar una satisfacción independientemente de la necesidad. Por ejemplo, la zona oral y el acto de mamar organizan el encuentro con el pecho materno, la piel y el tacto facilitan el encuentro con los objetos externos y la mirada provee las primeras impresiones respecto al mundo circundante. Las primeras formas de la sexualidad se fundamentan pues en las zonas erógenas que emergen en estos encuentros, con objetos más o menos acordes con el placer que demandan; forma de satisfacción sexual más directa y basada en el placer de órgano.

Ahora bien, en este mismo momento puede comenzar a surgir también el objeto de la actividad narcisista, cuando se añade tanto la mirada del otro como el proceso de valoración y significación del encuentro con el otro. De este modo el objeto de la pulsión tiene en un primer momento la cualidad de generar placer de órgano, pero rápidamente se convierte también en el vehículo de un placer

narcisista. Así por ejemplo, el pecho de la satisfacción pulsional de los primeros días de vida no es igual al pecho que el niño observa a la madre brindar a un hermanito, ya que la apetencia por dicho objeto bajo estas nuevas circunstancias no se sustenta exclusivamente en el placer de órgano que se espera recibir o en la evocación de la huella mnémica de la satisfacción de la lactancia, más bien el mismo objeto se convierte en el representante de una preferencia o un relegamiento, cuya posesión otorga la valoración narcisista de poseer el amor exclusivo de la madre (Bleichmar, 1995, p. 38)

En consecuencia, es posible hablar de un paralelismo entre el objeto pulsional y el objeto de amor; ambos son un medio para alcanzar un fin. Con el objeto de la pulsión se alcanza el placer de órgano, mientras que con el objeto de amor se logra el sustento narcisista, una exaltación del yo, de sus cualidades o de sus méritos.

De acuerdo con Bleichmar, la satisfacción o la tensión narcisista constituyen el telón de fondo para la vida psíquica, llegando incluso a ocupar un importante papel regulador de las funciones corporales, de la sexualidad, de las relaciones interpersonales, y de la representación y la valoración de sí mismo. Esto significa que, una vez constituido el narcisismo, él opera como una fuerza constante dentro del psiquismo, buscando satisfacción, funcionando casi como una pulsión o aprovechándose de la propia energía pulsional para tal fin. Por tanto el sujeto emprende una búsqueda reiterada de aquellos objetos que pueden ser medio de una satisfacción narcisista, de manera semejante a como ocurre en la búsqueda de objeto por la pulsión sexual (Bleichmar, 1995, p. 37). No obstante, a diferencia de lo que ocurre con el placer de órgano, que se sustenta en una zona erógena y guarda mayor relación con el orden biológico, el narcisismo, sus actividades y sus objetos conciernen ante todo a un orden de la significación, es decir, dependiente

de estructuras intersubjetivas que soportan el reconocimiento, la valoración, la admiración y el amor al yo.

2.1.2 Pervivencias del objeto pulsional

El objeto primario de pulsión, de acuerdo con Bleichmar (1998, p. 163), es un precursor del objeto de amor y confluye en éste principalmente en la corriente de aspiraciones sexuales directas, es decir, contribuye a su función de objeto genital. En las elecciones amorosas ordinarias, los rasgos parciales y perversos del objeto pulsional determinan condiciones de atracción o de repudio hacia la otra persona (Bleichmar, S., 1998, p. 166), también la necesidad de acercamiento a ese objeto y de conservarlo como posesión narcisista del yo. Esos rasgos constituyen una suerte de combustible para la sexualidad y la vida psíquica general.

Esos rasgos primarios derivados de la experiencia de satisfacción pulsional tienen un carácter indiciario y operan bajo un modelo metonímico, ello significa que la pulsión empuja al reencuentro con lo ya conocido y a la repetición de las mismas formas de intercambio con los objetos. Estos hechos resultan coherentes con las ideas freudianas acerca del pecho materno como modelo de toda elección de objeto futura. Desde esta perspectiva, puede entenderse que los rasgos primarios continúen operando, ya sea de forma manifiesta o inconsciente, para despertar la excitación sexual y formar parte de los atributos amados, y esto incluso independientemente del sexo o el género del otro elegido, ya que por ejemplo, una persona puede buscar la mirada o los ojos de la madre tanto en un hombre como en una mujer. Es este precisamente el rasgo perverso y parcial que, según Freud, orienta la actividad sexual y condiciona las elecciones de objeto a la presencia de

ciertos atributos particulares a través de los cuales puede despertarse una pasión o una excitación.

Aquí el problema reside en que en el registro de lo pulsional durante la prevalencia de estos procesos primarios, no está operando el yo ni la representación unificada de sí mismo o del objeto, tampoco las regulaciones y articulaciones narcisistas, por lo que se requiere de unas formaciones simbólicas adicionales para configurar la representación e investidura de un objeto con otras cualidades, que sean cualidades metafóricas, es decir, que el objeto puede operar como sustitución y representación de esos objetos primarios, y así pueda ampliar las fronteras libidinales del yo y no se limite simplemente a repetir las mismas formas de excitación y descarga con un objeto idéntico.

No obstante, cabe recordar que existen grados variables de integración de dicha energía pulsional, por lo que no ha de resultar extraño que una parte de ella pueda continuar operando de forma no ligada, sin someterse al primado de los genitales y sin tomar los objetos libidinales del yo. Un ejemplo claro de ello se encuentra en el caso del fetichista, para quien la sexualidad continúa operando de manera clivada y des-subjetivizada respecto de un objeto, o sea que el otro como portador del rasgo excitante quedaría cosificado y reducido a una simple herramienta al servicio de un placer de órgano o de una complacencia sexual. Contrariamente a lo que ocurre cuando ese rasgo fetichizado forma parte de un objeto subjetivado al cual además se puede amar, es decir, que es objeto tanto de los intereses pulsionales como de los intereses yoicos o narcisistas

Tales inclinaciones no han de resultar extrañas si se recuerda que, para Freud, la compulsión de repetición es una de las características esenciales de la constelación pulsional, por lo que sus movimientos no propenden hacia la búsqueda o reconocimiento de nuevos objetos, sino al encuentro con lo ya

conocido y al reconocimiento de lo idéntico, es decir, por identidad de percepción. En este sentido, tanto el vínculo pulsional como la búsqueda de excitación y descarga tienen un papel en la generación de movilidad y vida psíquica, pero se trata de un movimiento que por sí solo no implica crecimiento, dado que bajo esta forma de funcionamiento el psiquismo está condenado al encuentro con los mismos objetos pulsionales (Bleichmar, 1998, p. 168).

En el registro de lo parcial y lo autoerótico los objetos operan como desencarnados y respondiendo a los indicios de la excitación (Laplanche, 1984, p. 9); se encuentran reducidos a un aspecto singular, aislado e incluso destructor; aspecto demoníaco o ingobernable de la sexualidad, regido por el principio primario y la compulsión de repetición. En cambio, el narcisismo y la configuración del yo como objeto libidinal permiten un primer paso en la unificación del funcionamiento parcial autoerótico, dándole un lugar en el mundo de las relaciones de objeto (Laplanche, 1970, p. 101).

Entonces, cuando tales tendencias pulsionales pasan al registro de las representaciones y las elecciones libidinales, cuando toman la forma del amor del yo o del amor de objeto, su potencialidad destructiva puede ser regulada y su energía puesta al servicio de la conservación de los intereses yoicos. En tal sentido, lo parcial sería “malo”, en cuanto resto clivado o atacante del objeto, mientras que lo sintético tendría una función apaciguante y conforme con el yo (Laplanche, 1984, pp. 26, 31).

El autoerotismo puede desempeñar roles opuestos: estimular cierta movilidad y excitabilidad en la vida psíquica, y contrariamente, llevar a la aniquilación o a la muerte. En el mundo de las representaciones, de los objetos y el placer del yo, lo que importa es el bienestar propio y del objeto, ya que la satisfacción se ha

singularizado y requiere la presencia de ese objeto particular para reproducirla o para reencontrarla cuando el estímulo sexual vuelve a exigirlo, es decir, que será una satisfacción más regulada, a la que el juego de la dinámica libidinal entre el yo y el objeto impone ciertas condiciones.

El paso de la pulsión parcial y del placer de órgano a los vínculos amorosos es mediatizado por los intereses narcisistas y las regulaciones del yo, los cuales permiten, precisamente, que la satisfacción tenga como condición el encuentro con un objeto catectizado privilegiadamente sobre cualquier otro y no sustituible fácilmente, por lo que la conservación de éste es indispensable para el propio yo y para el aseguramiento de las satisfacciones futuras, de ahí que el sujeto deba comenzar a regular sus propias tendencias pulsionales, pues en el terreno de la pulsión el logro de la satisfacción sexual es imperativo y no importa una eventual destrucción del objeto o del sujeto mismo, algo que debe tratar de evitarse ya que la pérdida de dicho objeto privilegiado implica una alteración del narcisismo y del bienestar propio.

2.2 Cimientos narcisistas del amor

2.2.1 El capital inicial del amor

Para Freud (1914e, p. 74) es claro que el narcisismo no existe desde el comienzo de la vida psíquica, pues no existe desde el inicio un Yo o una unidad psíquica comparable. De acuerdo con tales premisas, lo más elemental sería el estado autoerótico y el predominio de las pulsiones parciales, y habría que suponer la existencia de un narcisismo primario, como estadio intermedio entre el autoerotismo y el amor de objeto. Esta primera forma de narcisismo

correspondería a la elección consumada de un objeto sexual (el Yo) que permitiría la transformación de la posición autoerótica original, pero sería una elección en la cual el objeto coincide con el propio yo o se encuentra en el propio cuerpo. Entonces, el narcisismo como estadio original de la libido va más allá de la catectización del individuo biológico o de las funciones de autoconservación, puesto que requiere la catectización de una formación psíquica particular, es decir, consistiría en la captación o concentración de la energía del propio aparato psíquico en una de sus instancias. En este sentido esta teoría del narcisismo supone, como comenta Laplanche (1970, p. 93), la confluencia de diversos ejes teóricos que hasta entonces habían permanecido aislados, a saber, el punto de vista tópico del aparato psíquico (constitución del Yo) y la teoría de las pulsiones.

Ahora bien el desarrollo de dicha catectización primordial del propio Yo resulta indispensable para construir el amor, pues sólo a partir de ese momento el Yo puede operar como un gran reservorio de energía libidinal que puede ser cedida a los objetos del mundo exterior.

Empero, este planteamiento podría conducirnos a la idea del narcisismo primario. Frente a la que cabe prestar oídos a la advertencia de Laplanche (1970, p. 97), según la cual el narcisismo primario u originario es una de las nociones más engañosas de la propuesta freudiana, ya que introduce bajo la forma de la historia individual la dimensión del mito; el mito de lo originario que además es figurado por analogía con ciertos términos tomados de la biología.

En realidad, en el mismo Freud (1914e, pp.87-88) se encuentra una visión diferente, cuando afirma que los primeros rudimentos de la actividad narcisista y la configuración de ese primer capital libidinal en el yo se dan a partir de un otro que narcisiza y que le aporta al niño unas experiencias que le dejan revestido de una

carga de placer que luego podrá volcar sobre los objetos del mundo exterior, o buscará reactivar en los encuentros futuros con nuevos objetos el placer metabolizado psíquicamente. Cabe resaltar que para Freud el narcisismo del niño guarda una relación estrecha con el lugar de los padres como primeros objetos libidinales, más concretamente con la actitud tierna de los padres para con el niño y la manera como ellos intentan reproducir sus condiciones narcisistas infantiles que se supone ya han superado. Tal como lo observa Freud (1914e, 87), los padres tienden a sobrevalorar la figura del niño y a atribuirle unas cualidades de perfección que pueden parecer injustificadas para cualquier observador, mientras al mismo tiempo, tienden a suspender toda crítica, todo reconocimiento de las imperfecciones y la necesidad de asumir las restricciones o frustraciones que impone la realidad. Son precisamente este tipo de actitudes y tendencias de los padres las que promueven la investidura narcisista del niño y la fantasía de omnipotencia.

En este sentido la interpretación de Bleichmar (1995, p.14) ya mencionada, según la cual el narcisismo se constituye en la intersubjetividad y de acuerdo con unas lógicas de la significación, en las que se pone en juego la valoración, el reconocimiento, la admiración de otro y el amor al yo, tiene su razón de ser en estas vacilaciones de Freud.

2.2.2 Libido yoica vs libido de objeto

La oposición ente el estado narcisista y las relaciones de objeto, que en varias ocasiones se expresa en los enunciados teóricos de Freud, parece resurgir con la contraposición entre libido yoica y libido de objeto; diferenciación que parece justificada por la constatación de que cuando más se aumenta la una más se

rebaja la otra. Pero si la libido corresponde a una energía psíquica general que gobierna gran parte de la vida psíquica, sólo puede hablarse de libido narcisista o de libido de objeto, dependiendo del objeto específico al cual se encuentre dirigida. Aunque sea posible, con fines intelectivos, hacer la distinción entre una libido perteneciente al yo y una libido endosada a los objetos, lo cierto es que se trata de una sola energía sexual, aunque ahora está ligada, a diferencia de la sexualidad autoerótica desligada.

Además, las relaciones amorosas enseñan que es imposible discernir hasta dónde se trata de una satisfacción de intereses objetales o de intereses narcisistas. Por otro lado, según el mismo Freud, la sobrestimación del objeto que contribuye al enamoramiento corresponde a una transferencia del narcisismo original, y dado que la relación de objeto puede igualmente elevar el narcisismo cuando el yo se siente amado o cuando se sabe en posesión del objeto idealizado.

Así pues, dentro de la dinámica libidinal que se pone en juego en la relación amorosa, resulta difícil establecer qué proporción de interés narcisista o libidinal existe en la investidura de un objeto, toda vez que la relación con el objeto sexualmente idealizado genera un grado importante de retribución narcisista. En el momento en que se constituyen y eligen unos objetos como fuente privilegiada de placer para el Yo, como acordes con sus intereses libidinales, la frontera que separa el amor de objeto y el amor narcisista se vuelve difusa.

Si bien es cierto que la catectización amorosa de un objeto implica una pérdida de la libido narcisista –como se observa en el enamoramiento, en el que tiende a presentarse una resignación de los intereses individuales en beneficio de los del objeto y un decrecimiento de la estimación de sí mismo–, no obstante, este sentimiento inicial de rebaja narcisista puede ser reparado cuando la relación de

objeto se muestra acorde con el yo. Es decir, que la posesión del objeto sexual idealizado o el sentirse amado por el objeto vuelve a elevar las cuotas de narcisismo perdido.

En este sentido, dice Freud que lo realmente importante en la dinámica de estas investiduras es la puesta en movimiento y circulación de la libido entre el yo y los objetos; condición indispensable para evitar la aparición de síntomas o la enfermedad psíquica, ya que según él un fuerte egoísmo preserva de enfermar, aunque se tiene que empezar a amar para no caer enfermo y se enfermará si a consecuencia de alguna frustración no se puede amar (Freud, 1914e, p. 82).

2.2.3 Narcisismo y simbolización

Pero la oposición entre el estado narcisista y las relaciones de objeto no es meramente un problema conceptual. Según las vicisitudes del desarrollo del Yo, éste podrá integrar o no, en mayor o menor medida, los intereses narcisistas y el amor de objeto, es decir, que Yo y objeto pueden entrar en conflicto. Para entender mejor esta posibilidad, y para resolver la aparente oposición ente el estado narcisista y las relaciones de objeto, que en varias ocasiones se expresa en los enunciados de Freud, se hace necesario recurrir a otras fuentes teóricas, que permiten integrar estos dos aspectos de una manera más consistente.

Una de estas teorizaciones, que ha resultado especialmente útil, es la propuesta de Philippe Jeammet (1989). Este psicoanalista francés, especializado también en la adolescencia, se apoya en la tradición winnicottiana para entender la manera

cómo se establecen los cimientos narcisistas a partir de las primeras relaciones de objeto, y para entender cómo los conflictos de la relación madre-hijo pueden conducir a la aparición de patologías del narcisismo.

Esto significa que no siempre el yo logra integrar con cierto grado de coherencia los intereses narcisistas y el amor de objeto, y por esa misma razón no consigue encontrar gratificación en el hecho de amar y ser amado, vive el acercamiento al objeto como un empobrecimiento o como una amenaza a la propia identidad y no logra regular las tendencias destructivas y ambivalentes inherentes al vínculo.

En esta propuesta teórica es central la utilización de los conceptos de simbolización y de funciones psíquicas simbolizantes. Con la noción de simbolización se remite a la idea de ligazón y de diferencia, por lo que la función simbolizante es entendida como el aseguramiento de una distancia entre el símbolo y el objeto simbolizado, la cual debe ser suficiente para que no haya confusión entre ambas partes, pero al mismo tiempo no debe ser tan radical como para que el vínculo desaparezca. En este orden de ideas, como parte de ese funcionamiento simbolizante se supone la existencia de un intervalo en el que la identidad y la diferencia entre el símbolo y lo simbolizado pueden coexistir sin que haya contradicción o conflicto.

Ahora bien, llevadas tales funciones al plano de los procesos psíquicos y la actividad libidinal, se recuerda que en el niño la capacidad de simbolización tiene que ver tanto con la posibilidad de representarse un objeto que se encuentra ausente como con la existencia de un sujeto capaz de saber que un símbolo no es el objeto simbolizado.

De acuerdo con Jeammet (1989, p. 1765), la actividad de simbolización es uno de los fundamentos del funcionamiento psíquico, pero para que ésta pueda consolidarse deben existir unos cimientos narcisistas suficientemente sólidos que posibiliten al sujeto afrontar la diferenciación psíquica de sus primeros objetos libidinales sin que su integridad o la permanencia de su propia investidura narcisista corran peligro. En este punto aparece el problema, ya planteado, respecto a la imposibilidad de concebir separadamente el desarrollo del narcisismo y el desarrollo de las relaciones de objeto, en la medida en que se reconoce que los cimientos narcisistas son fundamentales para el proceso de simbolización y que por tanto contribuyen al aseguramiento de una calidad en las relaciones, las cuales sólo pueden establecerse, aunque resulte paradójico, a través de una relación de objeto en que la oposición sujeto-objeto no tenga que plantearse como tal, es decir, un proceso por medio del cual el interés libidinal por los objetos externos no se oponga o vaya en detrimento de la investidura narcisista y no ponga en riesgo la continuidad existencial del yo.

En este escenario, de estilo winnicottiano como ya se dijo, es factible reconocer la existencia de ciertos momentos de crisis en las primeras formas de interacción entre el niño y la madre. Desde la perspectiva del infante, la inmadurez de su yo hace que le resulte imposible la diferenciación entre el mundo externo y el mundo interno, algo que se hace evidente, por ejemplo, en la fantasía omnipotente a través de la cual el niño se atribuye el control total sobre el objeto, al sentir que lo hace aparecer y desaparecer por cuenta propia, o también en el hecho de que los impulsos agresivos que se desatan en algunos momentos de crisis tengan como resultado una expectativa angustiante, por cuanto esa misma agresividad puede retornar sobre él mismo incluso con mayor fuerza.

En medio de ese estado de indiferenciación madre-hijo o de ese espacio psíquico compartido, en ese juego de identificaciones cruzadas, se reconoce la necesidad

de que el niño desarrolle progresivamente una existencia independiente del objeto, y que además pueda reconocer la existencia de la madre como un objeto independiente, de pleno derecho y fuera de su control omnipotente. Por supuesto, el tránsito por tal proceso se hace posible gracias a la función de simbolización aludida por Jeammet, es decir, un proceso que permite la diferenciación paulatina sujeto-objeto pero sin que para el niño la distancia con el objeto suponga un conflicto o una oposición que comprometa su narcisismo. Tal como ocurre con el símbolo y el objeto simbolizado, se trataría de establecer una diferencia, pero conservando al mismo tiempo la relación.

Según Jeammet (1989, p. 1765), el tipo de funcionamiento particular requerido para el éxito de esta función tiene que ver con el establecimiento de un *área transicional* (Winnicott), es decir, una forma de funcionamiento a-conflictivo que permita establecer los límites entre el sujeto y el objeto, pero sin que tenga que plantearse el problema de la heterogeneidad entre ambos.

En vista de que en el niño se presentan tendencias propias tanto hacia la búsqueda de experiencias gratificantes como hacia la agresión y la destrucción, la madre se vuelve indispensable como parte de un ambiente facilitador y como agente promotor de la transformación del autoerotismo en formas de placer anudadas, ligadas y mediatizadas por la función de simbolización. Para Jeammet, el prototipo de la actividad de simbolización es la ensoñación, ya que permite al niño pensar y evocar al objeto que se encuentra ausente gracias a la calidad de las interiorizaciones establecidas y al trabajo del ambiente facilitador. Todo lo contrario ocurre cuando el niño responde a la separación tratando de borrar todo rastro del objeto faltante: se pone en evidencia la desorganización y la angustia, al tiempo que la falla de la función simbolizante se manifiesta en acciones rítmicas corporales, balanceo repetitivo o incluso en conductas auto-lesivas. Se hace

patente así una forma de autoerotismo negativo y destructor que no contribuye ni a las funciones del pensamiento ni a la erotización narcisista.

2.3 Transformaciones y regulaciones

No obstante el hecho de que los vínculos amorosos y el origen de la capacidad para amar se remontan a las experiencias infantiles tempranas, y se fundamenten en la relación con los objetos primordiales, es cierto también que el desarrollo yoico y libidinal comprende transformaciones psíquicas que recogen dichos elementos de la experiencia infantil, haciéndolos parte de nuevas formas de vínculo, con distintos grados de integración, con nuevas posibilidades de satisfacción sexual y con grados variables en la regulación de la potencialidad conflictiva.

2.3.1 Los dos tiempos de la elección de objeto

En este orden de ideas, Freud (1905c, pp. 205-206) afirma que la elección definitiva de un objeto sexual y de un objeto para amar se da sólo de manera incompleta durante la infancia, que se trataría más bien de un proceso dado en dos tiempos. El momento inicial tendría lugar durante los primeros años de vida y se corresponde con unas metas sexuales de naturaleza infantil; el segundo

momento ocurre durante el período de la adolescencia⁵, momento en el que se completa la maduración de los caracteres sexuales, se transforman las metas pulsionales que se subordinan a la organización genital y se eligen nuevos objetos para satisfacerlas. En medio de ellos se encuentra el período de latencia, que ocasiona un diferimiento del desarrollo sexual, con el cual se gana tiempo para instaurar ciertas inhibiciones y barreras psíquicas, como la prohibición del incesto, que restringirán el acceso a ciertos tipos de satisfacción o a cierto tipo de objetos que hacían parte de la experiencia infantil. Para Freud, el máximo acercamiento posible de la infancia a la configuración sexual definitiva del adulto consiste en la elección edípica de un objeto privilegiado, al cual se dirigen el conjunto de los afanes sexuales, pues será necesario esperar hasta la pubertad para la unificación de las pulsiones parciales y el establecimiento de la primacía genital (Freud, 1905c, p. 181).

Las elecciones dadas en el registro pulsional y sus marcas de satisfacción sexual se transforman o adquieren un papel psíquico diferente al estar subsumidas en la estructura intersubjetiva que conlleva el complejo de Edipo. Aquí es donde emerge un deseo diferente a la mera descarga de tensión, puesto que el objeto adquiere tanta importancia como la pulsión misma, ello implica que la satisfacción sexual no se busca por ella misma sino que se subordina por completo al objeto específico, siendo en este caso la madre o el padre. Ahora el objeto deja de ser

⁵ Dentro de su obra, Freud privilegia el uso de la palabra *pubertad* en lugar de *adolescencia* o de *adolescente*. Es probable que debido a su formación médica haya privilegiado la palabra *pubertad*, pero igualmente cabe tener presente que los términos *adolescencia* y *adolescente* eran muy poco utilizados en la lengua alemana de la época. Por esta razón muchos psicoanalistas germanófonos cercanos a Freud utilizaron igualmente el término *pubertad* en lugar del de *adolescencia*.

No obstante el frecuente uso del término *pubertad*, las reflexiones de Freud distan mucho del paradigma médico centrado en los cambios biológicos durante este período de la vida; por el contrario, su énfasis está puesto en las transformaciones de la sexualidad infantil y de la actividad libidinal, también en procesos psíquicos afines como la elección definitiva de un objeto sexual, la renuncia a los vínculos incestuosos, la identidad y diferencia sexual, y el predominio de los genitales en el placer sexual (Fernández & al, 2015). Por tales motivos, en esta investigación se entiende que el término *pubertad*, como lo utilizaba Freud, denota una noción próxima o equivalente a la noción psicoanalítica de *adolescencia* utilizada por autores post-freudianos contemporáneos.

intercambiable ya que el vínculo queda soportado en una investidura libidinal del yo diferenciado que reconoce y privilegia tal objeto sobre los demás.

La transformación de los determinantes pulsionales y de las formas de amor infantil a través del paso por el complejo de Edipo, junto a la imposición de unas condiciones y barreras para el acceso a los objetos, permiten la emergencia de formas de relación que van mucho más allá de la descarga sexual o de la satisfacción de un placer de órgano. Dichas relaciones se fundamentan en las ligazones basadas en aspiraciones de meta inhibida, es decir, aquellas que posibilitan las relaciones duraderas y de compromiso entre los seres humanos, los lazos de hermandad y el apego filial. Todas ellas parecen ser un vestigio del paso por el complejo de Edipo y uno de los rasgos principales que nos distingue de las demás criaturas del reino animal, para quienes no existe tal cosa como la barrera del incesto ni la predilección por un objeto sobre los demás.

Con base en todo lo anterior, es lícito afirmar que el amor tiene un doble origen. Emerge como resultado de una conjunción entre los deseos, las pulsiones y los afectos que han sido dirigidos a la madre, como objeto primario y como objeto edípico, y del conjunto de pulsiones sexuales que el niño se ha visto forzado a reprimir o transformar en función de barreras como la prohibición del incesto, pulsiones que pueden tener un acceso más libre a la satisfacción con la llegada, durante la adolescencia, de nuevos objetos exogámicos. Asimismo, respecto a las dos corrientes del amor descritas por Freud (1905c, pp. 182,189), puede decirse que la ternura suele manifestarse hacia los objetos sobrestimados sexualmente y que son sustitutos o representantes del objeto edípico incestuoso, mientras que la corriente sensual tiende a disociarse y volcarse sobre objetos denigrados, o que deben denigrarse en el proceso, como representantes de un objeto preedípico rebajado, con los rasgos primarios de la actividad pulsional (Chasseguet ,1973 p. 91).

2.3.2 El deseo erótico y la ternura

Kernberg (1995, pp. 43, 72) sostiene que la excitación sexual, durante los dos primeros años de vida, es difusa y se relaciona con la estimulación de las distintas zonas erógenas, y que ella se transforma en un deseo erótico cuando ocurre la elección de un objeto sexual, es decir, un objeto particular, no sustituible fácilmente al cual se dirige el anhelo de satisfacción sexual. Esta transformación de la excitación sexual en deseo erótico supone un mayor grado de elaboración del afecto vinculado, pues existe una naturaleza específica de la relación de objeto y un mayor grado de diferenciación desde el punto de vista cognitivo. El deseo erótico se relaciona estrechamente con la forma que toma la excitación sexual en la relación con el objeto edípico, pasando de ser una simple búsqueda de satisfacción erótica a un deseo de fusión simbiótica en el contexto de una unión sexual. Así, la búsqueda inconsciente de ese objeto edípico forma parte de todo vínculo amoroso posterior y proporciona la corriente subterránea de anhelos e idealización del objeto de amor.

Según Kernberg (1995), el deseo erótico tiene su origen en la excitación sexual presente desde los primeros momentos del desarrollo. Esta excitación se la identifica como un afecto vinculado desde el inicio con la estimulación de la piel y las aberturas corporales, que ocurre en el contexto de las relaciones de objeto durante las etapas preedípicas y edípicas.

Durante el período infantil más temprano la excitación sexual se presenta de manera difusa y asociada con la estimulación de las zonas erógenas; contrariamente al deseo erótico, el cual es considerado por Kernberg como un afecto más elaborado, específicamente dado en el contexto de una relación objetal y diferenciado desde el punto de vista cognitivo (Kernberg, 1995 p. 43).

Así, en el espacio de las relaciones del infante con su madre, el contacto corporal íntimo deriva en fantasías de satisfacción de las aspiraciones sexuales polimorfas, lo que al mismo tiempo posibilita en el bebé la construcción de un mundo internalizado de fantasías y de experiencias simbióticas que despiertan excitaciones y satisfacciones.

Al ampliar un poco más tales intelecciones, dice que el deseo erótico tiene como rasgo fundamental la excitación sexual vinculada con un objeto en el ámbito del complejo edípico, correspondiéndose además con un deseo de fusión simbiótica y de unión genital con el mismo.

Además, dado que las primeras formas de la relación de objeto muestran, de manera concomitante, los afectos polarizados del amor y el odio, tanto el propio yo como el objeto son fuente de sensaciones placenteras y displacenteras. En otras palabras, dice Kernberg (1995, p. 70), la excitación sexual muestra, paralelamente a la corriente erótica, componentes agresivos y sádicos que complementarían la mencionada búsqueda de fusión.

En vista de ese vínculo agresivo y esas fantasías sádicas, se desarrolla una idealización temprana de la superficie del cuerpo de la madre, precisamente como una función defensiva. Por vía de esta misma idealización temprana del cuerpo materno, y gracias a mecanismos como la identificación y la introyección, se logra igualmente una idealización del cuerpo del propio infante. Debido a que tales procesos de idealización responden al mecanismo de disociación, que mantiene separadas las experiencias totalmente buenas y totalmente malas, la excitación sexual como afecto básico y disposición sexual hacia el objeto sobrestimado se mantiene protegida de los impulsos dolorosos y agresivos.

Estos mismos procesos psíquicos, según Kernberg, estarían involucrados en los anhelos de intimidad, contacto de las superficies corporales y estimulación física que se observan, de ordinario, en los vínculos amorosos de la vida adulta; pues todos ellos remiten a los deseos de fusión simbiótica con el objeto parental y a ciertas formas de identificación primitivas.

Pero el amor adulto expande las fronteras del deseo erótico y deviene una relación con una persona específica en la cual se combinan la activación de los vínculos inconscientes del pasado y las expectativas de una vida futura en pareja, con la puesta en marcha de un ideal del yo compartido (Kernberg,1995, p. 44).

La ternura como elemento propio del amor sexual maduro es descrito por Kernberg como un resultado de la integración de las representaciones libidinales y agresivas, tanto del *self* (=yo como objeto catectizado libidinalmente) y del objeto, junto a la capacidad para tolerar la ambivalencia que hace parte de todo vínculo (Kernberg,1995, p. 72).

Bajo esta misma lógica se entiende que en el desarrollo de la capacidad para el establecimiento de un vínculo de amor maduro se requiere la combinación de tendencias regresivas y progresivas. Por un lado, una tendencia regresiva que se moviliza por unos deseos de unión con el objeto deseado y por el afán de restablecer, así sea temporariamente, el estado de fusión, de unidad simbiótica que otrora existió en la relación ideal con la madre; por otro lado, unas tendencias progresivas que propenden por la consolidación de las diferencias entre las representaciones del *self* y el objeto, y por la integración de las representaciones totalmente buenas y totalmente malas (Kernberg,1995, p. 73).

En rigor, parece ser que las mencionadas tendencias regresivas se relacionan con los orígenes y naturaleza del deseo erótico, es decir, la excitación de las cavidades y superficies corporales, la idealización primitiva del cuerpo de la madre y del propio cuerpo, y el deseo de replicar los estados de satisfacción ideal con un objeto específico de amor; mientras que las tendencias progresivas se vinculan más directamente con la capacidad de entablar una relación de intimidad psíquica con un objeto ya diferenciado, integrado y total.

Kernberg, al integrar las contribuciones de M. Klein, D. W. Winnicott y M. Mahler, relaciona tales tendencias progresivas con una cristalización de las relaciones de objeto parciales en relaciones internalizadas totales hacia el final de la etapa de *separación-individuación*, que también coincidiría con las primeras manifestaciones de una constancia objetal y con el inicio del complejo de Edipo (Kernberg, 1995, p. 73).

Ahora bien, la ternura, como parte de tales procesos, implica que en las relaciones de objeto tempranas se fusionen los impulsos agresivos con el amor, es decir, que se establezca el predominio del vínculo erótico y con ello la capacidad para sentir y expresar preocupación por el objeto de amor.

Desde esta misma perspectiva puede entenderse la idealización o sobrestimación sexual del objeto, de la que ya anteriormente hablaba Freud, por cuanto la idealización madura del objeto amado se produce a través, precisamente, de la neutralización de los aspectos malos u odiados del otro y la superación de la idealización más primitiva que mantienen escindidas ambas representaciones, a lo que debe sumársele el despliegue de mecanismos reparatorios que sustentan la capacidad para preocuparse por el objeto y protegerlo de las propias tendencias agresivas. Tales capacidades suelen expresarse en los vínculos amorosos de la

vida adulta en hechos tales como el reconocimiento del otro como un ser humano igual a uno mismo, en la identificación o empatía con el sufrimiento y la alegría del otro, y en sentimientos como la culpa y la compasión (Kernberg, 1995, p.75).

2.3.3 Modelamiento del amor por el Edipo

Aunque se aspire a cierto grado de integración de los intereses narcisistas y al amor de objeto, persiste un potencial conflictivo dentro de toda relación; conflictos que pueden expresarse de formas diversas a lo largo del desarrollo psíquico, poniendo a prueba los recursos propios del yo.

Uno de los tiempos de conflicto más relevantes dentro del desarrollo psicosexual es el complejo de Edipo, por cuanto en su momento chocan fuertemente los intereses narcisistas con el amor de objeto, y no solamente por la amenaza de pérdida del órgano máspreciado (angustia de castración), sino en vista de que la relación de amor que naturalmente desarrolla el niño hacia su madre comienza a ser opuesta a los ideales socio-culturales y aquellas normas que deberán seguirse para conseguir la aceptación, el respeto, la inclusión y la valoración del otro, es decir, todos aquellos reconocimientos que alimentan el narcisismo.

Como se ha planteado, el narcisismo de cada sujeto depende de una cierta configuración intrapsíquica, estable y constituida por diversos elementos interrelacionados. Por ejemplo, desde el punto de vista directamente sexual, el yo puede engrandecerse por el hecho de saberse en posesión de un objeto sexual privilegiado en el registro del placer, o también, desde el punto de vista

identificadorio, por cumplir los ideales sobre los que ha transferido parte de su narcisismo infantil y a los cuales atribuye las características preciadas que el yo desea para sí mismo, es decir, dar cumplimiento a las leyes que definen los enunciados valorativos con los cuales el propio yo se mide.

Así, es claro que los conflictos y los resultados que se derivan del complejo de Edipo y de su cancelación, permiten definir en gran medida las condiciones que determinarán la actividad narcisista de los sujetos. El complejo de Edipo es uno de los momentos de la vida psíquica más álgidos y conflictivos, con gran peso determinante en la configuración de las relaciones libidinales yo-objetos y que, en consecuencia, genera una de las alteraciones más importantes del yo, a saber, la renuncia o la resignación de la omnipotencia narcisista infantil.

Con el advenimiento del Edipo el niño se ve sumergido por primera vez en un triángulo amor-odio que forzosamente lo deja expuesto a sus impulsos internos (por ejemplo, la lujuria sexual, los celos y la ambivalencia), y esto a pesar de que en momentos tempranos de su vida era capaz de experimentar deseo, excitación, odio, envidia, agresividad y angustia hacia sus objetos. El Edipo además lo lleva a comparar y medir su cuerpo con el de sus padres, el cual por supuesto, resulta inadecuado, para enfrentar físicamente al rival, e inmaduro, para acceder genitalmente a un objeto sexual. El complejo de Edipo está destinado al fracaso, como el mismo Freud lo reconoce; el niño siempre habrá de salir derrotado y con la tarea de asumir una de las más paradigmáticas humillaciones narcisistas.

La regulación y la represión de todos estos impulsos exacerbados en el contexto del conflicto edípico resultan de vital importancia para el devenir psíquico del niño, para el bienestar de su núcleo intersubjetivo y de la sociedad misma. Es el momento en el que sus deseos, ya sean sexuales o narcisistas, no solamente son

aplazados o dosificados, sino prohibidos por completo. Es por ello que el drama edípico siempre habrá de finalizar con la derrota del niño.

Según Kaplan (1984, p. 105), el guion edípico es la culminación de las leyendas infantiles de la pérdida de objetos libidinales, y a cambio de tales pérdidas el niño adquiere cierta autoridad interior para gobernar sus propios deseos; gracias al paso por el complejo edípico el niño se somete a los mandatos de la conciencia, reprime sus deseos y renuncia a sus aspiraciones sexuales de meta directa, a favor del fortalecimiento de los vínculos identificatorios con los padres. Como resultado y en contraprestación por todas aquellas renunciaciones podrá adquirir las ventajas de compartir la grandeza y la omnipotencia de la autoridad de sus padres, y es gracias a ellos que el niño podrá hacer concordar sus deseos, sus aspiraciones sexuales y sus anhelos narcisistas con el orden social y las estructuras intersubjetivas frente a las cuales el yo se define.

Por último, conviene anotar que además del complejo de Edipo como conflicto capital, que ocupa un lugar privilegiado en la organización de las relaciones de objeto, Freud también señaló la existencia de otros conflictos de igual importancia entre el yo del niño y sus primeros objetos en etapas previas al complejo de Edipo y en momentos de mayor inmadurez yoica y libidinal. Puede citarse, entre ellos, la angustia de devoración o de aniquilamiento de la etapa oral, el dolor por el destete y pérdida del objeto oral, la ambivalencia y las tendencias sádico-anales, y las renunciaciones a la sexualidad por efecto de la educación y la cultura. Pero, infortunadamente, Freud no profundizó sobre el lugar que tienen los factores narcisistas en este tipo de conflictos preedípicos, ni sobre el papel de tales factores en la formación del yo y en el sistema de intercambio libidinal que éste establece con sus objetos; por lo menos de la misma manera que lo hizo con el complejo de Edipo.

2.4 Las diferencias específicas del amor adulto

Como ya se dijo, la definición de la relación amorosa como un vínculo de un yo-total con sus objetos fuentes de placer es una definición muy genérica, que no incluye las dinámicas libidinales y pulsionales concretas de aquello que Freud (1929d, pp. 99-100) denominó amor genital.

Esta dificultad conceptual se hace más evidente al advertir que existe una gran variedad de investiduras de objeto por parte del yo, pero que no toman necesariamente la forma de una relación amorosa. En efecto, las investiduras libidinales, por parte del yo, sobre objetos, pueden ser parte o bien de una actividad narcisista o bien de una actividad sexualmente gratificante; pueden recaer en objetos cuya posesión permite al yo ocupar un lugar privilegiado en los enunciados valorativos del prójimo, es decir, que pueden constituir una extensión del propio narcisismo, o bien en objetos cargados de gran interés libidinal.

Tal podría ser el caso del coleccionista, para quien la posesión de esos objetos particulares produce un engrandecimiento narcisista y hacia los cuales despliega un gran interés libidinal, por lo que también una eventual descalificación o crítica hacia estos puede ser vivida como una afrenta narcisista.

Otro ejemplo de este tipo podría ser la relación afectiva entre un sujeto y una mascota, esto es, una relación con un ser vivo sobre el que se despliega una fuerte catexia y que, además, puede dar respuestas recíprocas de aceptación o rechazo a las muestras de interés expresadas. En estos casos, la intensidad de la

relación puede llegar a ser tan grande que su pérdida produce un agudo y prolongado duelo.

Pero a pesar de las semejanzas de este tipo de investiduras con las del amor genital, en la relación de amor genital entre un yo catectizante con otro-yo catectizado se contienen factores y dinámicas mucho más complejos, que le dan un carácter particular, por ejemplo, la excitación genital y las metas sexuales directas, la ambivalencia, la representación del otro catectizado y del propio yo al estar en la relación, y los procesos de investidura libidinal y la satisfacción narcisista, entre otros.

2.4.1 La investidura del yo y la representación ideica

En el capítulo “La relación amorosa: Introducción, al análisis de las relaciones de simetría” del libro ya citado de Piera Aulagnier (1979), ella profundiza y amplía el pensamiento freudiano entorno al amor, poniendo de manifiesto los lazos de comunicación del yo propio con el yo del otro amado, y considerando la relación amorosa esencialmente como una relación entre dos seres hablantes y determinada por los movimientos del lenguaje. De acuerdo con su propuesta, el yo tiene una representación psíquica tanto del objeto amado como de su relación con él, y es tal *representación ideica* la única manera en que puede haber un soporte para la libido y un mantenimiento de la relación en los momentos de separación o ausencia.

En concordancia, se afirma que la característica principal de la ya mencionada representación ideica es su decibilidad, su comunicabilidad o posibilidad de ser

puesta en palabras, pues según Aulagnier, los lazos que se establecen entre el yo propio y el yo del otro son primordialmente lazos verbales⁶. Desde el punto de vista de la estructura yoica no existen más que *seres hablantes*, es decir, aquellos con los cuales se habla, sea en la realidad o en el pensamiento, y de los que se espera que hablen también; se dice además que el deseo para el yo es ante todo un deseo hablado, y lo que el yo espera del otro es convertirse en destinatario y ser reconocido como enunciante de una palabra de deseo (Aulagnier, 1979, p. 146).

La tesis de Freud (1915b, p. 132), según la cual el amar corresponde a la relación de un yo-total con sus objetos, es ampliada por Aulagnier al considerar que en la relación amorosa opera una suerte de ley de homologación entre lo catectizante y lo catectizado. Ello significa que el yo sólo puede representar y catectizar, en el sentido de un amor genital, aquello que se presenta también bajo la forma de un yo, es decir, una alteridad, un cuerpo amado, deseado y erotizado por cuanto es propiedad de otro-yo.

En esta misma lógica, entre el yo propio y el yo del otro no puede existir relación o catectización que no esté atada a las exigencias de la comunicación, puesto que una dinámica esencial consiste en que ambas partes puedan pronunciar las palabras que para cada una son fuentes de placer y de emoción. El pensamiento construido por el propio yo del otro es más que la simple memorización de una imagen, por ejemplo, de un rostro o de un cuerpo, pues tal pensamiento ocupa el lugar de un interlocutor del discurso interior que puede ser retomado, cada vez que sea necesario, en los momentos de ausencia del otro real (Aulagnier, 1979, p. 145).

⁶ Para Piera Aulagnier, a diferencia de Lacan, sólo es legítimo utilizar el concepto de significante en el campo del lenguaje organizado. La palabra es, para ella, acceso a esa representación ideica, que soporta un saber coherente, particularmente ese saber de sí-mismo por sí-mismo que constituye al Yo como instancia específica.

Asimismo, la construcción ideica del encuentro con el otro y realizada por el yo, resulta ser tanto o más importante que el mismo encuentro real con el objeto, puesto que viene a ocupar el lugar de un interlocutor interno del deseo propio. La representación yoica de la relación con el otro da cuenta de la fortaleza de la catexia desplegada y es una garantía de la permanencia del vínculo, incluso si el encuentro real llega a ser frustrante o displacentero.

A la hora de reconstruir las condiciones y procesos psíquicos que se encuentran en el origen de la capacidad de amar, es fundamental recordar que para Aulagnier (1979, p. 161), la simetría, interdependencia y reciprocidad que definen el vínculo amoroso, no existen desde el comienzo de la vida, sino que derivan de una transformación psíquica de los vínculos libidinales infantiles. Por tal motivo, afirma que la primera relación que se establece entre madre e hijo se da en un plano que no pertenece al registro de la simetría. Es cierto que el infante debe ocupar un lugar privilegiado como objeto libidinal de la madre, es cierto que él recoge muchos de sus anhelos identificatorios, y es cierto también que la relación con el infante aporta a la madre un don narcisista que difícilmente podría replicarse en otras formas de relación. A pesar de todo ello, la madre puede conservar una cierta movilidad de sus catexias, manteniendo el interés libidinal por sí misma o por otros objetos, por ejemplo, su pareja y otros hijos. Empero, desde el punto de vista del infante la perspectiva es bastante disímil, ya que éste sólo puede catectizar el mundo exterior por extensión y prolongación del espacio psíquico configurado en la relación con la madre. Se dirá también que el primer objeto libidinal del infante responde a una elección obligada, pues no sólo le es imposible elegir a su madre sino que tampoco puede dejar de catectizarla, es en esencia un objeto insustituible e imprescindible para la supervivencia de ese yo primitivo.

De todo ello se desprende que el advenimiento de un vínculo amoroso, bajo las condiciones que este enfoque propone, sólo habrá de ser posible tras la superación de ese estado de experiencia pasional inicial, experiencia en la que la madre es el objeto “exclusivo” de investidura por parte del yo del niño, quien se desborda libidinalmente sobre ella. Aulagnier afirma que solamente pasando por una relación pasional es como el cachorro de hombre encuentra el objeto de amor, y por esa razón persiste en el hombre la nostalgia del exceso de placer experimentado con ese primer objeto de su pasión, o incluso que la idea de revivir una relación de tal naturaleza puede ser motivo de angustia (Aulagnier, 1979, p. 161).

2.4.2 Otros componentes del amor adulto

Otra de las propuestas que ha resultado útil para complementar los planteamientos iniciales hechos por Freud y resolver los cuestionamientos que de ellos se derivan, ha sido encontrada en la idea del “amor sexual maduro” planteada por el psicoanalista Otto Kernberg, en su libro *Relaciones amorosas – normalidad y patología* (1995), donde propone una descomposición de la relación amorosa en sus elementos y procesos fundamentales, ayudándose con los aportes de figuras como Melanie Klein, Michael Balint, y desde luego, el mismo Sigmund Freud.

A continuación se describirán otros componentes (adicionales a lo ya dicho sobre el deseo erótico y la ternura) que, según Kernberg, hacen parte de esa disposición emocional compleja que es el amor.

La identificación con el otro

Además del deseo erótico y la ternura, de los que se ha venido hablando, una genuina relación amorosa debe incluir la capacidad para la *identificación genital*, según expresión que Kernberg retoma del pensamiento de Balint, y que se refiere a la capacidad “para la identificación completa sin pérdida de la propia identidad en la relación amorosa” (Kernberg,1995, p.76). Gracias a esta identificación se funden en el amor genital la satisfacción genital y de la ternura pregenital; se captan los sentimientos, intereses y deseos del otro; se es sensible a las carencias de la persona amada, llegando a ser tan importantes como las necesidades propias.

La identificación genital implica un proceso complejo en el cual quedan integradas la capacidad para la ternura y un deseo erótico que se alimenta de excitaciones tanto genitales como pregenitales. Ello se torna especialmente sensible al considerar la cópula y sus juegos sexuales preliminares, que pueden involucrar una identificación con los objetos, reales o fantaseados, del otro género, de modo que las necesidades activas-pasivas, masoquistas-sádicas, exhibicionistas-voyeuristas se expresan en una reconfirmación simultánea de la identidad sexual y en la identificación con la identidad complementaria del sexo opuesto (Kernberg,1995, p. 77).

Esta capacidad para identificarse con el propio rol sexual y con el rol sexual complementario de la pareja durante el orgasmo, se presenta como resultado de una integración sublimada de los componentes homosexuales y heterosexuales de la propia identidad. Adicionalmente, la identificación genital durante el acto sexual comporta la integración de la polaridad amor-odio, y con ello la tolerancia de ciertas trasgresiones y agresiones, tanto al propio cuerpo como al cuerpo del

otro. La confianza en que todos los estados de ira violenta, de ataque o rechazo a la relación pueden ser contenidos en una relación amorosa global, permite que se realicen "...algunos encuentros sexuales en los cuales el *partenaire* es utilizado como un 'puro objeto sexual" (Kernberg,1995, p 78).

La idealización atemperada

A diferencia de Freud y Balint (1948), quienes sostenían que la idealización no ayudaba al desarrollo de una forma satisfactoria de amor, Kernberg considera que la idealización es una función de la relación amorosa madura (Kernberg,1995, p 79). Coincide así con Chasseguet-Smirgel (1973), quien habla de la proyección de un ideal del yo limitado y de una investidura narcisista del *self* como resultado de la gratificación sexual que procura el objeto amado.

Así mismo Kernberg considera, siguiendo la idea de Meltzer-&-Williams, que la idealización temprana protege la disposición sexual hacia el objeto idealizado e impide que la excitación sexual sea desbordada por los impulsos agresivos. Tomando como ejemplo los estados de enamoramiento, en los cuales estos fenómenos se aprecian de manera más diáfana, afirma que la relación con un objeto exaltado tiene la capacidad de incrementar la investidura libidinal del *self*, puesto que este tipo de vínculo amoroso reestablece una relación óptima entre el *self* y el ideal del yo, tal como existía durante la infancia temprana.

Como ya se ha visto, la idealización o sobrestimación del objeto corresponde, según Freud (1914e, p. 85), a una transferencia de la libido narcisista originaria

sobre el objeto, el cual suele ser elevado a la condición de ideal sexual dado que remite a los objetos primordiales que alguna vez ampararon al infante en su desvalimiento y dependencia. Kernberg matiza esta idea freudiana, al resaltar que en el amor maduro, a diferencia de lo que ocurre en el enamoramiento adolescente, es un ideal del yo moderado el que se proyecta de manera limitada hacia el objeto de amor idealizado, por lo que la gratificación sexual que éste procura permite un realce simultáneo de la investidura narcisista (Kernberg,1995, p. 79).

Al rastrear la evolución de la idealización, Kernberg propone asumirla como un nivel mayor de los mecanismos a través de los cuales el niño transforma su moral en un sistema ético adulto. Entonces, la idealización temprana del cuerpo del otro y la idealización posterior de una persona como objeto total, evolucionan hasta convertirse en la idealización de su sistema de valores, unos valores que también atañen a los ideales de la relación y el amor de pareja, y que por esta vía aseguran la capacidad para el enamoramiento romántico (Kernberg,1995, p. 81).

Los procesos de idealización, que se transforman paralelamente con el desarrollo de las relaciones de objeto y de las instancias yoicas, tienen como punto culminante el logro de una capacidad para la identificación con los valores de la persona amada, gracias a lo cual el vínculo de pareja puede trascender y transformarse en una relación congruente con los sistemas de valores socio-culturales.

Al relacionar la idealización con la excitación sexual y la ternura, resulta procedente afirmar que la idealización primitiva del cuerpo de la madre suele tener una función defensiva contra las fantasías de agresión al interior del cuerpo de la madre. En momentos más tardíos del desarrollo, la idealización ya puede ser

expresada en el contexto de unas relaciones de objeto totales e integradas, por lo que se suma a las tendencias reparatorias, a la capacidad de experimentar culpa y preocupación por el objeto, trayendo como resultado la integración de la excitación y el deseo erótico con una visión idealizada del objeto amado.

El compromiso y la pasión

El último de los grandes componentes psíquicos que Kernberg disecciona en el vínculo amoroso maduro es *la pasión*. Para él, el rasgo central de la pasión se revela en la experiencia del orgasmo en el coito, por cuanto esta experiencia expresa el mayor grado de compromiso psíquico entre los miembros de la pareja. De acuerdo con su perspectiva, la pasión sexual en el vínculo amoroso constituye fundamentalmente un estado emocional que expresa un cruce de los límites del *self*, es decir, que la experiencia del orgasmo en el coito y la sensación de fusión corporal con el otro se acompañan de un afecto primitivo y extático que exige un abandono temporario de los límites del *self*. Ello ocurre a través de un mecanismo de identificación sofisticado con el objeto amado que garantiza, al mismo tiempo, la conservación del sentido de identidad propia (Kernberg, 1995, p. 83). De igual manera, tiene lugar una identificación transitoria con la pareja sexual en la cual la experiencia de sobrepasar los límites del propio *self* toma la forma de una fantasía que revive la unión con los progenitores durante la fase edípica.

Vale anotar, de paso, que la pasión en el amor sexual, tal como la describe Kernberg, difiere del ánimo extático que caracteriza las relaciones durante el período de la adolescencia, pues en la experiencia pasional de fusión con el objeto es posible el mantenimiento de una identidad separada, así como el

reconocimiento y la tolerancia de las imperfecciones del otro, junto a la aceptación de las frustraciones y anhelos irrealizables, al tiempo que se sostiene un compromiso total con el objeto amado (Kernberg,1995, pp. 83-86).

Por otro lado, el cruce de los límites del *self* en la experiencia orgásmica implica no sólo el cruce de las estructuras psíquicas sino también de las fronteras temporales. Así se entiende que el mundo de las relaciones objetales del pasado pueda ser trascendido y recreado personalmente en un nuevo mundo. A este respecto, Kernberg (1995, p. 83) menciona que el orgasmo representa simbólicamente una experiencia de morir y el desafío de mantener un sentimiento de autoconciencia mientras se acepta en forma pasiva las respuestas neurovegetativas del proceso de excitación, satisfacción extática y descarga). Al cruzar los límites temporales del *self*, la pasión sexual representa simbólicamente la experiencia de morir.

Es cierto que como parte de la experiencia de satisfacción durante el acto sexual con la persona amada e idealizada, se revive la fantasía extática de fusión e idealidad que en el pasado caracterizaban las relaciones de objeto primitivas. Sin embargo, al mismo tiempo esta experiencia comporta riesgos para la integridad del propio *self* que deben ser aceptados y permitidos como parte del compromiso en la relación con el otro. Ciertamente, no existe riesgo más grande para el propio *self* que la aceptación y entrega pasiva al otro como parte de una unión deseada con el objeto de amor ideal. La aceptación de la experiencia de unión duplica la penetración violenta en el interior del cuerpo del otro; por lo tanto supone el dominio de la confianza, la aceptación del peligro de perder la propia identidad y de liberar la agresión contra los objetos internos y externos.

En estas condiciones, la corriente agresiva del vínculo, las fantasías de agredir y ser agredido, también pueden ser incorporadas y toleradas como parte de la pasión sexual. De allí que se tolere ser el objeto de dolor producido por otro, que se tolere identificarse con el objeto agresivo al tiempo que se experimenta a sí mismo como su víctima, que se dé lugar de este modo a una sensación de unión a través del dolor que sirve como refuerzo a la fusión en el amor (Kernberg,1995, p. 57).

Kernberg atribuye así a la experiencia orgásmica, no sólo la capacidad de reunir aspectos psíquicos y biológicos, sino que le atribuye además, y a diferencia de Freud, la función de hacer perdurar el vínculo personal. En efecto, para él la pasión sexual

“...constituye un rasgo permanente de las relaciones amorosas, y no una expresión inicial o temporaria de la idealización "romántica" de la adolescencia y la adultez temprana; tiene la función de proporcionar intensidad, consolidación y renovación a las relaciones amorosas a lo largo de toda la vida, y procura permanencia a la excitación sexual, al vincularla a la experiencia humana total de la pareja” (Kernberg,1995, p.92).

Al analizar y sintetizar la manera cómo los procesos descritos por Kernberg pueden expresarse durante la vida adulta, es válido afirmar que:

El anhelo de intimidad y estimulación física está vinculado al deseo de fusión simbiótica con el objeto parental y a las formas más tempranas de identificación.

Los componentes agresivos son ingredientes complementarios de la búsqueda de fusión.

La búsqueda inconsciente del objeto edípico hace parte de cualquier vínculo amoroso normal y proporciona la corriente que moviliza los anhelos y la idealización del objeto amado.

2.5 Discusión y recapitulación

2.5.1 La importancia del narcisismo y sus funciones

Luego de revisar la obra freudiana y de haber profundizado en sus propuestas con la ayuda de otras figuras importantes en el panorama del psicoanálisis, se ha podido hacer más evidente la intervención del narcisismo en el funcionamiento psíquico y en la sexualidad en general. Desde luego, también se ha logrado esclarecer su papel en el establecimiento de las relaciones amorosas y en el desarrollo de la capacidad para amar.

Debe resaltarse que la teoría psicoanalítica permite entender el narcisismo como algo que va más allá del amor propio, el auto-engrandecimiento o la complacencia sexual con el propio cuerpo, pues el narcisismo, tal como fue puntualizado por Freud (1914e, p. 71), está involucrado en el desarrollo del psiquismo y es indispensable en la organización psicosexual.

La configuración del narcisismo y de la actividad libidinal del yo es un proceso paralelo al desarrollo psíquico general, es decir, que puede rastrearse hasta la infancia temprana, incluso hasta la relación entre el lactante y la madre, y pasa por una serie de conflictos y transformaciones hasta alcanzar la vida adulta. Por

ejemplo, durante el período edípico ocurre una de las crisis más importantes a nivel del narcisismo, crisis relacionada con el abandono del narcisismo infantil y la transformación del carácter del yo como resultado de la prohibición de la satisfacción sexual y del acceso al objeto incestuoso; además se presenta la afrenta narcisista de tener que reconocer la propia inmadurez física y psíquica para hacer frente al padre como rival y para acceder genitalmente al objeto sexual.

El narcisismo primitivo, como ya lo insinuaba Freud, tiene que ver con la instauración de unas condiciones de placer en el yo, que constituyen un cierto prototipo de la dicha, una fuente de anhelos hacia la satisfacción, que por tanto se buscará repetir en las experiencias futuras. Los primeros rudimentos de la actividad sexual se fundamentan en la acción de las pulsiones parciales y en la búsqueda de un placer de órgano, sin embargo, en algún punto del desarrollo psíquico y a medida que se complejiza la relación entre el infante y sus figuras paternas, la sexualidad toma como escenario las relaciones intersubjetivas y se añade la mirada del otro, junto a unos procesos de valoración y significación del yo en el marco del encuentro con éste. Gracias a ello, la satisfacción pulsional inicial y la relación con el objeto comienzan a tener un valor de tipo más narcisista que se moviliza a través de experiencias como la aceptación, el rechazo, el privilegio y la exclusión, entre otras.

En este mismo sentido, puede afirmarse que la satisfacción y la tensión narcisista llegan a convertirse en el telón de fondo de la vida psíquica, por lo que ocupa un lugar determinante en la regulación de funciones corporales, en las relaciones interpersonales, en la sexualidad y en la representación y autovaloración del yo. El narcisismo operaría como una fuerza constante dentro del psiquismo que buscaría la satisfacción de sus intereses, por lo que puede afirmarse que opera casi como una pulsión o aprovechándose de la energía pulsional para tal fin.

Una función del narcisismo, que Freud indicó menos explícitamente, se relaciona con el hecho de que las investiduras del yo operan en la transformación de la energía pulsional en libido, es decir, cooperan en la integración del funcionamiento pulsional en el registro de las representaciones y los procesos de simbolización. Gracias a esta influencia, el objeto sexual, de simple medio para obtener la satisfacción pasa a ser posesión narcisista del yo y comienza a ser tan importante como la pulsión misma, se vuelve indispensable y no sustituible fácilmente. Cuando esta dinámica narcisista no regula los empujes pulsionales, se da un mayor margen a la acción destructiva de la pulsión, con la consecuente pérdida o aniquilamiento del objeto, lo cual implica una mayor pérdida narcisista para el propio yo.

2.5.2 Continuidades y diferencias conceptuales

Al mirar de manera retrospectiva y abarcadora las contribuciones teóricas de los autores psicoanalíticos que se acaban de presentar, puede decirse que, en lo fundamental, han retomado las tesis freudianas sobre el amor, al mantener la idea de que los rasgos antiguos y la repetición de las reacciones infantiles contribuyen esencialmente a la conformación del estado de enamoramiento y del vínculo amoroso en el adulto.

No obstante, estos aportes introducen una vertiente original tanto al realzar los aspectos nuevos o diferentes que emergen en los amores de la adolescencia o de la adultez, como al completar la visión de los procesos psíquicos involucrados en el desarrollo de la capacidad de amar.

En términos generales, podría decirse que, en cuanto a los primeros aspectos, se observa en estos autores una preferencia por detectar las diferencias positivas o los distanciamientos que en el transcurrir de una vida se producen entre lo infantil y lo actual. Respecto a las precisiones y desarrollos sobre los procesos y las transformaciones, las contribuciones post-freudianas analizadas coinciden en tomar en consideración otras mediaciones entre las experiencias infantiles y las adultas.

En este orden de ideas, señalan que las pulsiones y sus objetos, aunque persisten inmodificados en lo inconsciente, sufren distintas transformaciones que filtran o amortiguan sus efectos originales dándoles así cabida a un cumplimiento y una satisfacción sexual más alcanzable, gracias a la intervención de las dimensiones narcisistas y de las representaciones ideicas.

En cuanto a esta investidura narcisista prevalece en ellos la convicción de que ella no se opone a la investidura objetal. Es más, para muchos parece más lógico pensar que el narcisismo primario se sustenta y condiciona por la misma actitud de los padres y, en general, por las relaciones intersubjetivas. Así mismo, diversas reflexiones reconocen que la falta de un aseguramiento narcisista de base, compele al sujeto a soportar constantemente el sentimiento de sí en los objetos externos o, al contrario, a vivir las aproximaciones de los otros como amenazantes.

Si bien las elaboraciones post-freudianas convergen en apreciar que los amores infantiles edípicos tienen un gran peso determinante de los perfiles de los amores adultos, en no dejar de reconocer la importancia de la modulación que ellos sufren, gracias a los factores y procesos que operan su sepultamiento o represión (prohibiciones del incesto, amenaza de castración), recalcan, por otra parte, al mismo tiempo en la necesidad de que esas “modulaciones” se operen también sobre los componentes narcisistas omnipotentes. Por otro lado, insisten en que se

debe considerar que todas estas transformaciones, de lo edípico o de lo narcisista, requieren de un “segundo tiempo” de consolidación durante la adolescencia.

En este segundo tiempo de la vida adulta, las distintas facetas del amor pueden adquirir un nuevo carácter, más allá de la simple repetición. Así por ejemplo: la integración de lo sensual con lo tierno contribuye a la conservación de la relación preferencial con un objeto; las fantasías fusionales e identificatorias, gracias a los adecuados cimientos narcisistas, resuenan menos con las angustias desintegradoras y logran reunirse en la vivencia orgásmica con la capacidad de mantener los límites del Yo o con la seguridad en recuperarlos; la moderación del ideal del yo proyectado en el otro abre el margen para recibir un reconocimiento narcisista de retorno, al mismo tiempo que se aceptan en el otro sus diferentes cualidades y defectos; la ambivalencia intrínseca a la relación amorosa se hace más tolerable gracias a la proyección idealizadora y a la identificación genital, al tiempo que la vivencia placentera del orgasmo, en esas condiciones, contribuye a la perduración del vínculo, en lugar de su suspensión, como pensaba Freud (1920g, p. 105).

3. MODALIDADES PARTICULARES DE RELACIÓN AMOROSA

La revisión teórica que se ha venido haciendo está en gran medida orientada por la pregunta acerca de las diferencias existentes entre el amor infantil y el amor adulto, pero con la perspectiva de que esos hallazgos iluminen también la comprensión sobre las características de los amores adolescentes.

Para abordar esta cuestión, en este capítulo, en primer lugar, se retomarán las interpretaciones propuestas por Anna Freud (1935), de las que destacaremos su observación según la cual en el adolescente parecen emerger dos tendencias opuestas: por un lado, su fácil disposición a abandonar y cambiar sus objetos de amor, y por otro, sus esfuerzos por mantener una presencia constante del objeto y un vínculo duradero con él. Veremos que esta doble condición está representada por Romeo y Julieta, aunque corrientemente no se recuerda este drama sino por el segundo aspecto, representado en la unión de los amantes en la muerte. Más brevemente se presentará luego otro “caso” en el que la resistencia a la separación deriva, por el contrario, en un homicidio (más específicamente, un matricidio). De todos modos, parecería que la defensa a ultranza que practican los amantes de estas dos historias contra su posible separación, fuera correlativa de la imposibilidad de admitir o soportar esta última.

En los subsiguientes apartados se presentarán otras situaciones, la del joven Werther y la de la “pasión asimétrica” adulta, en las que el amor, a diferencia de los primeros ejemplos, como amor frustrado o frustrante ya es una realidad antes

que una posibilidad, y en las que el sujeto, enfrentado más bien a la imposibilidad de desprender su libido del objeto amado, también opta por la solución suicida.

3.1 Volubilidad e indisolubilidad del amor adolescente

3.1.1 Vínculo de identificación primitiva

Las interpretaciones de Anna Freud sobre el amor adolescente, como ya se había mencionado, sugieren que el joven no desea tanto la posesión del objeto en sentido corporal o sexual, sino más bien, la mayor asimilación posible de la persona amada en el momento (Freud, A. 1936, pp. 184). Podría concluirse entonces que los lazos amorosos tan intensos e inestables establecidos por el adolescente no corresponderían a relaciones de objeto, tal como suelen pensarse en el vínculo adulto, pues presentan más bien los rasgos de una identificación de tipo primitivo, de naturaleza similar a las que se encuentran en etapas tempranas del desarrollo psíquico infantil (Freud, A.1936, pp. 186).

De acuerdo con Anna Freud, el adolescente suele mostrar tendencias abruptas tanto al acercamiento y despliegue de interés libidinal como al desprendimiento de sus objetos amorosos (1936, pp.185-186). Por ejemplo, puede expresar con facilidad una fuerte investidura libidinal por personas de su misma edad o de un círculo social cercano, pudiendo tomar la relación la forma de una amistad apasionada o de un enamoramiento total, lo cual se acompaña de una fuerte

agitación emocional, una ilusión de perfecta complementariedad con el otro y un engrandecimiento narcisista. También puede acompañarse de rasgos de dependencia emocional, una necesidad de confirmación sensorial constante de la presencia del otro amado. Por otro lado, no es extraño que el adolescente muestre una deslealtad hacia los objetos de amor, por lo que puede abandonar una relación fácilmente y sustituir el objeto por uno nuevo.

3.1.2 Dos facetas de Romeo y Julieta

A estas interpretaciones corresponden en buena medida los dos “casos” que se presentan a continuación.

El primero de ellos es la historia de Romeo y Julieta, conocida como una de las grandes expresiones del amor adolescente, y que puede ser analizada desde diferentes puntos de vista, por ejemplo, desde la óptica de la transgresión a los edictos del mundo adulto y la elección de un objeto de amor particular que permita asumir una posición autónoma frente a los ideales parentales, o también observarla a la luz de la imposibilidad de pensarse por fuera de la relación con el ser amado y su consecuente acto suicida.

Sin embargo, al revisar esta obra clásica del teatro, ha llamado la atención la presencia de otro aspecto que desdeñan esas interpretaciones, pero que se revela en congruencia con las ideas annafreudianas recién mencionadas, a saber, la labilidad e intensidad de la pasión de Romeo, como lo muestra el relato de su

propia historia amorosa y la extrañeza que produce su volubilidad en algunos de sus allegados.

ROMEO.— *(A su Criado.)* ¿Dime, qué dama es la que enriquece la mano de ese galán con tal tesoro?

CRIADO.— No la conozco.

ROMEO.— El brillo de su rostro afrenta al del sol. No merece la tierra tan soberano prodigio. Parece entre las otras como paloma entre grajos. Cuando el baile acabe, me acercaré a ella, y estrecharé su mano con la mía. No fue verdadero mi antiguo amor, que nunca belleza como ésta vieron mis ojos. [...] *(acto primer, escena quinta)*

EL CORO.— Ved cómo muere en el pecho de Romeo la pasión antigua, y cómo la sustituye una pasión nueva. Julieta viene a eclipsar con su lumbre a la belleza que mataba de amores a Romeo. Él, tan amado como amante, busca en una raza enemiga su ventura. Ella ve pendiente de enemigo anzuelo el cebo sabroso del amor. Ni él ni ella pueden declarar su anhelo. Pero la pasión buscará medios y ocasión de manifestarse. *(Acto primero, escena quinta)*

Esas mismas inclinaciones son objeto de reproche y desconcierto por parte de fray Lorenzo, confidente de Romeo, quien no vacila en reprochar los comportamientos apasionados y erráticos del joven.

FRAY LORENZO.— Perdónete Dios. ¿Estuviste con Rosalía?

ROMEO.— ¿Con Rosalía? Ya su nombre no suena dulce en mis oídos, ni pienso en su amor.

FRAY LORENZO.— Bien haces. Luego ¿dónde estuviste?

ROMEO.— Te lo diré sin ambages. En la fiesta de nuestros enemigos los Capuletos, donde a la vez herí y fui herido. Sólo tus manos podrán sanar a uno y otro contendiente. Y con esto verás que no conservo rencor a mi adversario, puesto que intercedo por él como si fuese amigo mío.

FRAY LORENZO.— Dime con claridad el motivo de tu visita, si es que puedo ayudarte en algo.

ROMEO.— Pues te diré en dos palabras que estoy enamorado de la hija del noble Capuleto, y que ella me corresponde con igual amor. Ya está concertado todo, sólo falta que vos bendigáis esta unión. Luego os diré con más espacio dónde y cómo nos conocimos y nos juramos constancia eterna. Ahora lo que importa es que nos caséis al instante.

FRAY LORENZO.— ¡Por vida de mi padre San Francisco! ¡Qué pronto olvidaste a Rosalía, en quien cifrabas antes tu cariño! El amor de los jóvenes nace de los ojos y no del corazón. ¡Cuánto lloraste por Rosalía! y ahora tanto amor y tanto enojo se ha disipado como el eco. Aún no ha disipado el sol los vapores de tu llanto. Aún resuenan en mis oídos tus quejas. Aún se ven en tu rostro las huellas de antiguas lágrimas. ¿No decías que era más bella y gentil que ninguna? y ahora te has mudado. ¡Y luego acusáis de inconstantes a las mujeres! ¿Cómo buscáis firmeza en ellas, si vosotros les dais el ejemplo de olvidar?

ROMEO.— ¿Pero vos no reprobabais mi amor por Rosalía!

FRAY LORENZO.— Yo no reprobaba tu amor, sino tu idolatría ciega.

ROMEO.— ¿Y no me dijisteis que hiciera todo lo posible por ahogar ese amor?

FRAY LORENZO.— Pero no para que de la sepultura de ese amor brotase otro amor nuevo y más ardiente.

ROMEO.— No os enojéis conmigo, porque mi señora me quiere tanto como yo a ella y con su amor responde al mío, y la otra no.

FRAY LORENZO.— Es que Rosalía quizá adivinara la ligereza de tu amor. Ven conmigo, inconstante mancebo. Yo te ayudaré a conseguir lo que deseas para que esta boda sea lazo de amistad que extinga el rencor de vuestras familias.

ROMEO.— Vamos, pues, sin detenernos.

FRAY LORENZO.— Vamos con calma para no tropezar. (Acto segundo, escena tercera)

Contrastan pues en Romeo, el efímero amor por Rosalía con el intenso apego a Julieta. Dos facetas que hacen que Romeo no sea una figura de excepción en el mundo del amor adolescente.

El otro “caso” de una modalidad de amor adolescente, cercano al de Romeo y Julieta, aunque extraído de las noticias periodísticas, lo brinda el recordado caso de *Julieth Hulme* y *Pauline Parker*, dos adolescentes neozelandesas de 15 y 16 años respectivamente, quienes compartían una amistad que parecía bordear los límites del enamoramiento. Fue así como los padres de Julieth deciden enviarla a vivir con unos parientes residentes en Sudáfrica; decisión que la chica controvierte con enérgicas protestas y que sólo habría de aceptar si su mejor amiga la acompaña. Ante la inminente posibilidad de ser separadas, Julieth junto con su amiga Pauline, decide asesinar a su madre. Así es como, el 22 de junio de 1954, ambas adolescentes conducen a la señora Honora Rieper por un camino solitario, donde la asesinan a golpes de piedra y con la mitad de un ladrillo envuelto en una funda.

La defensa a ultranza que practican estos amantes contra su posible separación, parece pues correlativa de la imposibilidad de admitir o soportar esta última.

3.1.3 Reflexiones teóricas sobre el amor adolescente

Ahora bien, las interpretaciones annafreudianas y las historias de amor que se acaban de exponer, pueden ser mejor explicadas si las insertamos en el conjunto del proceso adolescente, tal como él es descrito por otros autores.

Reconfiguraciones tópicas y regresiones

Es reconocido por muchos que el proceso adolescente implica una transformación del vínculo emocional hacia los objetos infantiles y la búsqueda de nuevos objetos libidinales, y que implica también una reconfiguración de las instancias psíquicas reguladoras (yo, ideal del yo y superyó). Esta reconfiguración tópica se entiende mejor si se tiene en cuenta que durante la época infantil el yo de los padres prestaba sus servicios como una extensión del propio yo del niño, un auxilio y una dependencia innegables para la tramitación de la angustia y la regulación del narcisismo. Si la adolescencia implica un alejamiento de las figuras parentales como objetos libidinales, ya sea por su naturaleza incestuosa o por un nuevo interés hacia objetos exogámicos, inevitablemente se estarán rechazando también los vínculos de dependencia del yo y el apoyo psíquico que estos objetos solían proveer; de ahí que pueda encontrarse en los adolescentes un cierto debilitamiento de los recursos yoicos, debido al rechazo al apoyo parental y a la intensificación de las fuerzas pulsionales (Blos, 1979, p. 120).

En consecuencia, es de esperar que existan en el adolescente tendencias regresivas parciales a estados infantiles de indiferenciación yoica y pulsional, aunque no se trata de mecanismos defensivos o patológicos, sino más bien, de mecanismos típicos y necesarios para el proceso de reorganización psíquica en el que se encuentra. Es común entonces que el adolescente regrese a estados emocionales infantiles, semejantes a la fusión, que muestran una proximidad con los objetos y que explican su experiencia de conexión con abstracciones como la belleza, la naturaleza, la religión, los ideales políticos o el propio estado de enamoramiento. En remplazo de los padres o las personas idealizadas durante la infancia, surgen unas formas de idolatría e idealización hacia personajes fuera del ámbito parental, tales como figuras del espectáculo y del deporte, figuras que

ahora pasan a tener una función en la regulación del equilibrio narcisista (Blos,1979 p. 130).

De manera semejante, describe Carvajal (1993, p. 77) el objeto de amor adolescente como un objeto que recoge gran parte de las cargas libidinales que otrora estuvieron dirigidas hacia las figuras parentales, siendo éste el motivo por el cual se tiende a repetir el estilo dependiente de la relación y por el que emerge la necesidad de una presencia constante, concreta y confirmada de la persona amada, tal como lo hace el niño con la madre; un hecho que además puede llevar a experimentar situaciones de angustia ante la posibilidad de la separación o la pérdida, e incluso llevar, en ciertos casos como el de la obra de Shakespeare o las chicas neozelandesas, a conductas extremas como el suicidio o el homicidio.

En este sentido, los primeros amores de la adolescencia muestran unas modalidades de funcionamiento mucho más cercanas a los mecanismos psíquicos infantiles, como por ejemplo, a la idealización, la dependencia y las fantasías de fusión simbiótica, y todo ello, por supuesto, influenciado por el nuevo predominio de la sexualidad genital y unas posibilidades inéditas de satisfacción. Por eso, aun cuando se esté en el proceso de remoción de los lazos de dependencia infantil hacia las figuras parentales, no resulta extraño que las catexias amorosas del adolescente puedan tener una intensidad comparable a la que anteriormente tuvieron, durante la época infantil, aquellas que recayeron sobre los padres. Sin embargo, puede considerarse que las primeras elecciones de objeto libidinal del adolescente fuera del contexto endogámico pueden operar como una suerte de rito de transición, gracias al cual es posible hacer una tramitación de las nuevas exigencias pulsionales.

Incremento narcisista de la excitación

Es cierto que la alteración de la erogeneidad del cuerpo, relacionada con la maduración puberal y el surgimiento de los caracteres sexuales secundarios, es uno de los fenómenos más característicos del período adolescente, y que ella acarrea cambios en las formas de relación con los objetos. Pero menos corrientemente se tiene en cuenta que dicha excitación sexual, involucrada en los primeros encuentros de pareja, se ve intensificada por factores narcisistas.

De hecho, la tendencia del adolescente a la reactivación de posiciones yoicas y libidinales del pasado hace que la experiencia del vínculo amoroso pueda ser una proyección más directa del narcisismo infantil sobre el objeto, y que la relación del yo con el objeto puede ser el reflejo de una fantasía de perfección absoluta y de idealidad como la que en algún momento se experimentó con el objeto materno. Existe en muchos adolescentes la sensación de que el otro completa y satisface a cabalidad las aspiraciones propias, que con él se forma una unidad perfecta, en la que el yo experimenta un placer extático asociado a la compenetración de los cuerpos y el retorno a un estado cuasi-fusional. De allí lo problemático que es para ellos reconocer la persona de manera integral, con sus defectos e imperfecciones, pues el espejismo del ideal narcisista cumplido por medio de ese otro comienza a resquebrajarse y las fallas más comunes de la relación comienzan a ser vividas como una rebaja del narcisismo. En este sentido, más que desear a la otra persona, lo que se desea es el estado de perfección a alcanzar por el propio yo, a través de la idealización del objeto y de la relación.

Coincide con esto Kaplan (1984, pp. 189-191) al observar que los adolescentes enamorados tienden a desbordarse por entero el uno sobre el otro, tanto si la

relación dura unos pocos días como si dura meses enteros; caminan juntos absortos del mundo que les rodea y basta con percibir la mirada, el roce o el perfume del otro para sentir emoción y deseo sexual. De igual forma, durante el encuentro sexual se excitan mutuamente hasta llegar a la experiencia orgásmica, tras lo cual se aferran como si fueran un solo cuerpo o no existieran fronteras entre ellos, por lo que cada uno tiene la sensación de que el otro llena por completo su mundo.

Dadas estas condiciones, la relación entre los adolescentes enamorados marcha maravillosamente mientras siga siendo el reflejo de tal estado de perfección absoluta y mientras que la dichosa compenetración recíproca no tenga que verse trastocada por la necesidad de una comprensión más profunda y compleja del otro o por los indicadores de las diferencias que puedan existir entre ellos.

Empero, en algún momento del desarrollo de la relación, alguno de los miembros de la pareja comenzará a sentir el estado de perfección absoluta como una experiencia atemorizante y riesgosa por cuanto puede dejarlo atrapado; igualmente no dejarán de hacer presencia las tendencias conflictivas o los momentos en los que el objeto de amor se convierte en fuente de insatisfacción y sufrimiento, en los que el otro comienza a verse como una persona ordinaria y suficientemente común como para no poder satisfacer los anhelos mágicos y dejar frustrado el deseo. Y así, ante la inevitable constatación de la diferencia entre el otro pensado y la relación pensada con el otro y la relación real, el objeto de amor actual puede ser abandonado intempestivamente para buscar un nuevo objeto, con el cual repetir la misma forma de relación y revivir el mismo tipo de agitación emocional.

Todas estas razones justifican que se califiquen estas relaciones amorosas adolescentes como formas de explotación narcisista, como proyecciones francas del narcisismo infantil.

3.2 Las trampas del amor pasional

Como bien se puede colegir de lo que ya se ha discernido sobre el amor, la dependencia que él genera respecto de una satisfacción mediatizada por un objeto abre también la puerta al surgimiento de síntomas, de sufrimiento o de la enfermedad psíquica. Basta recordar que para Freud el desencadenamiento de las neurosis es el testimonio de la existencia de un amor reprimido. Dicho de otra manera, el síntoma neurótico se reconoce como una figura del amor frustrado y el sujeto neurótico como un enfermo de amor, un amor que el mismo ignora (Assoun, 1992, p. 12)⁷.

A causa del amor el yo queda encerrado en una trampa, pues en el momento en que se precipita libidinalmente sobre un objeto, éste es susceptible de faltar o de serle rehusado, pudiendo convertirse, aunque resulte paradójico, en fuente potencial de insatisfacción, sufrimiento o angustia. El miedo es uno de los signos más seguros del amor, pues desde el momento en que el sujeto comienza a amar empieza también a tener miedo, miedo de que el objeto falte o pueda ser despojado de un placer al que ahora no puede renunciar tan fácilmente (Assoun, 1992, p. 20).

⁷Estas aserciones de Assoun pueden estar fundamentadas en las ideas expuestas por Freud en textos como: *A propósito de un caso de neurosis obsesiva* (1909c, p. 187), *Sobre los tipos de contracción de neurosis* (1912d, p. 239), *Análisis de la fobia de un niño de cinco años* (1909b, p. 187)

Desde luego, la neurosis no es el único ejemplo de las desfiguraciones sintomáticas que el amor puede traer en la vida psíquica de los sujetos, pero sí es la más paradigmática en el devenir histórico del psicoanálisis.

Como ya se mencionó, para este estudio resultó particularmente llamativa la denominada relación pasional asimétrica descrita por Piera Aulagnier (1979), que muestra, a pesar de encontrarse establecida entre adultos, varios rasgos comunes con el amor adolescente.

En esta relación pasional parece expresarse de forma bastante vívida la vertiente tanática del amor, por cuanto en ella la investidura libidinal del objeto puede ser llevada hasta el más mortífero de los extremos.

3.2.1 El joven Werther: la inmovilización de la libido

Uno de los personajes más comúnmente referenciados a la hora de pensar los fenómenos pasionales y la relación amorosa es presentado en *Las penas del joven Werther*, novela publicada por Johann Wolfgang Goethe en el año 1774, de carácter semi-autobiográfico y considerada desde entonces una de las muestras más representativas de la literatura alemana de la época del romanticismo.

En ella Werther relata inicialmente, a través de una serie de cartas dirigidas a su amigo Wilhem, el momento y las circunstancias en las que conoce a Charlotte,

una chica a quien comenzará a considerar el amor de su vida, así como a reportar la felicidad y el regocijo que le produce su relación con ella. Más adelante, en la novela se expondrá el momento de tormentoso dolor y sufrimiento, motivado por la imposibilidad de Werther para desposar a su amada, dado el compromiso que ella mantiene con otro hombre. Así, pasa Werther a tener una experiencia amarga que alimenta sus ideaciones suicidas, hasta que finalmente la imposibilidad de su amor y la incapacidad para soportar una vida separado de su amada, lo llevan a acabar con su propia vida para terminar con el tormento en que se ha convertido su existencia.

Gracias a esta historia será posible hacerse una idea, más concreta, de las vivencias que acompañan las oscilaciones objetales y narcisistas correlacionadas con el enamoramiento, así como de las manifestaciones de mecanismos psíquicos definidos en la teoría psicoanalítica: idealización, desexualización, investidura, desinvestidura, vuelta de la agresividad contra sí mismo.

“Flechazo”, enamoramiento y exaltación

La manera cómo Werther conoce a Charlotte y la forma como narra su primer encuentro, ilustra muy bien la exaltación idealizadora que comúnmente se produce en el enamoramiento. Le bastó a Werther ese primer encuentro para quedar prendado de Charlotte, de su belleza, tanto física como espiritual, para atribuirle cualidades únicas, y experimentar un placer dichoso gracias a todo ello, que influye en la representación de sí mismo y en su autovaloración.

[...] *Le di la mano y convinimos en que, mientras tanto, su pareja cuidaría de la mía. ¡Entonces empezó la danza...!, y durante un rato nos divertimos entrelazando los brazos de miles de maneras. [...] Nunca me había movido con tanta facilidad. Ya no era un ser humano. Tener en los brazos a la más adorable de las criaturas y volar con ella dando vueltas como un torbellino de modo tal que todo se desvanecía alrededor, y... Wilhelm, para ser sincero, me juré a mí mismo que la muchacha que yo amara, respecto de la que abrigase intenciones, jamás bailarían un vals con otro que no fuera yo, aunque ello me costase la vida. ¡Tú ya me entiendes! [...] Yo, Dios sabe con cuánto placer, iba colgado de su brazo y de su mirada llena de la más sincera expresión de puro y auténtico placer, y, al atravesar bailando la fila, pasamos por delante de una mujer que ya me había llamado la atención por lo amable de sus facciones en un rostro ya no del todo joven. (Libro primero, 16 de junio)*

Resulta importante anotar también que el solo hecho de tal encuentro inicial, además de la representación de la experiencia de placer con esa persona en particular, bastó para establecer una catexia libidinal de considerable fuerza e intensidad, que convierte a la persona amada en un objeto privilegiado sobre cualquier otro y anuda un vínculo que difícilmente el sujeto será capaz de romper.

Movimientos de la libido narcisista

Werther exhibe las características propias de un estado de enamoramiento: transfiere libido sobre un objeto privilegiado pero, sobre todo, se observa que la tranquilidad con su propia persona, su autovaloración, comienzan a depender de su relación con Charlotte y de las satisfacciones platónicas que el encuentro con ella puede otorgarle.

*¡No, no me engaño! ¡Leo en sus ojos negros un auténtico interés por mí y por mi destino!
¡Sí, y en esto puedo confiar en mi corazón, siento que ella... (¡oh!, ¿acaso puedo expresar
la gloria con estas palabras...?) que ella me ama! ¡Me ama! ¡Y cuán digno me siento,
cuánto —a ti puedo decírtelo, tú tienes sensibilidad para entenderlo—, cuánto me venero a
mí mismo desde que ella me ama! (Libro primero, 13 de julio)*

*¡Ay! ¡Qué sensación recorre mis venas cuando, sin querer, mi dedo roza el suyo, cuando
nuestros pies se encuentran debajo de la mesa! Retrocedo como si fuera fuego, una fuerza
secreta me empuja de nuevo hacia delante... y pierdo el sentido. ¡Oh! Y su inocencia, su
alma cándida no sabe cuánto me atormentan estas pequeñas confianzas. Cuando, en
medio de una conversación, posa su mano sobre la mía e, interesada, se acerca tanto a mí
que el celestial aliento de su boca es capaz de alcanzar mis labios... entonces creo
perecer, como fulminado por un rayo. Y, ¡Wilhelm!, si alguna vez yo me permitiera... ese
cielo, esa confianza... Ya me entiendes. ¡No, mi corazón no está tan echado a perder! Pero
¡es débil! ¡Lo suficientemente débil! ¿Y no es eso perdición?*

*Es sagrada para mí. Cualquier deseo se acalla en su presencia. Nunca sé qué me pasa
cuando estoy con ella; es como si el alma me trastornara los nervios. Conoce una melodía
que interpreta al piano con la fuerza de un ángel, tan sencilla y tan ingeniosa. Es su
canción favorita, y, sólo con que toque la primera nota, me siento libre de todo dolor,
confusión y obsesión. (Libro primero, 16 de julio).*

Para Werther, la fuerza de la representación idealizada de su objeto de amor, tal como ocurre en los casos comunes de enamoramiento, termina siendo tan grande que se transvasa igualmente a otros objetos y situaciones relacionadas con la persona amada, por lo que ahora también es capaz de encontrar satisfacción y alegría en momentos que anteriormente eran ordinarios o irrelevantes.

*[...] No es fácil que concurren tan hermosas circunstancias, capaces de colmar de felicidad
el alma de un hombre, como éstas en las que ahora me encuentro. ¡Ay, qué cierto es que
sólo nuestro corazón puede labrarse su propia dicha! Ser miembro de esta encantadora
familia, ser amado por el viejo como un hijo, por los pequeños como un padre, ¡y por*

Lotte...! Además, el noble Albert, que no perturba mi alegría con ningún gesto malhumorado, que me acoge con cordial amistad, para el que, después de Lotte, soy lo que más quiere en el mundo... Wilhelm, es un placer oírnos cuando vamos de paseo y hablamos los dos de Lotte [...] (Libro primero, 10 de agosto)

Son notables los efectos que el enamoramiento en el que Werther se encuentra sumido tiene en la investidura de las situaciones ordinarias, devenidas ocasiones de alegría y satisfacción. Hasta ahora parece un estado típico, en el que mecanismos como la idealización o sobrestimación del objeto sexual son protagonistas, en asocio con el desbordamiento libidinal sobre el objeto (que lo hace privilegiado y no sustituible fácilmente), con la experiencia de placer extático y con el engrandecimiento narcisista por el hecho de sentirse amado.

El cuestionamiento al narcisismo, la presencia del rival

Pero llega un momento en esta historia en el que ha de enfrentarse la frustración de los ideales transferidos a la relación y al objeto amoroso, por lo que comienza a manifestarse la dimensión conflictiva de la relación amorosa, así como a hacerse evidentes ciertas particularidades y mecanismos de su organización psíquica, a través de los cuales busca enfrentar la insatisfacción y las tendencias ambivalentes que ahora suscita el objeto.

Werther había sido advertido, incluso antes de conocer a Charlotte, de que se trataba de una joven comprometida en matrimonio y que por ningún motivo debía enamorarse de ella. Empero, su carácter apasionado y la representación idealizada de su amada le hacían desoír todo aquello que pudiera contradecir sus

expectativas. Así, dicha advertencia sólo llegó a cobrar valor en el momento en que se encontró frente a frente con su rival.

Ha llegado Albert y yo me marcharé; y, aunque fuera el mejor, el más noble de los hombres, aunque ante él yo estuviera dispuesto a considerarme inferior en todos los sentidos, no podría verlo en posesión de tantas perfecciones. ¡Posesión...! ¡Se acabó, Wilhelm, el novio está aquí! Un hombre honrado y amable, con el que hay que portarse bien. ¡Por fortuna no estuve cuando lo recibieron! Me habría partido el corazón. Además es tan honesto que no ha besado una sola vez a Lotte en mi presencia. ¡Que Dios se lo pague! [...]

Me tiene por hombre sensato y mi dependencia de Lotte, la cálida alegría que siento ante todo lo que ella hace, aumenta su triunfo y por ello la ama aún más. Y si alguna vez la atormenta con pequeños ataques de celos... en eso no voy a entrar. Yo, al menos, de estar en su lugar, no me sentiría del todo seguro frente a este diablo.

¡Que haga lo que quiera! Mi alegría de estar con Lotte se ha acabado. ¿He de llamarlo necesidad u obcecación? ¡Qué más da cómo se llame! ¡Limítate a contarlo! Antes de que llegara Albert yo ya sabía todo lo que sé ahora; sabía que no podía abrigar ninguna pretensión, y tampoco la abrigué... es decir, en la medida en que uno puede no deseársela entre tantas gentilezas. Y ahora el mocoso se sorprende de que el otro venga de verdad y le quite a la chica (Libro primero, 30 de julio).

Es precisamente a partir de este punto que los relatos de Werther comienzan a cambiar significativamente, cuando su amada es desposada por un hombre agradable e inteligente a quien, además, valora y respeta. A pesar de la distancia que tal compromiso pone entre ellos, Werther se siente incapaz de alejarse definitivamente de Charlotte. Por esta razón, se le hace entonces inevitable visitarla para pasar tiempo a su lado, aun cuando la presencia de Albert, el esposo, sea motivo de un tormentoso sufrimiento. Siendo ella ahora una mujer

casada, él nunca se atreverá a manchar su espíritu, a convertirse en motivo de infidelidad o de ruptura marital.

¿Es que tenía que ser así, que lo que hace la felicidad del hombre sea también la fuente de su desdicha? La plena y cálida sensibilidad de mi corazón ante la naturaleza viva, que me ha colmado de tanta felicidad, que ha hecho un paraíso del mundo que me rodea, se ha convertido ahora en un verdugo insoportable, en un espíritu martirizante que me persigue por todos los caminos [...] (Libro primero, 18 de agosto)

Tal como enseña Freud (1914e, p. 74), el enamorado tiende a sacrificar una gran parte de su libido narcisista a favor de la relación con el objeto, siendo así que el amor como ansia y privación del objeto puede implicar una experiencia displacentera, se trataría de una especie de excitación interna de la propia libido que sólo podría ser descargada a través de ese objeto de catexia privilegiada. En concordancia, cuando el yo logra sentirse amado por el objeto o se siente en posesión de un objeto elevado a la condición de ideal sexual es posible recuperar el narcisismo perdido, por lo que el amor puede ser vivido como una experiencia de placer dichoso. En el caso del joven Werther, la incontenible pasión de su amor y la frustración real de sus ideales, convierten aquella figura que antes le prodigaba las más excelsas experiencias de satisfacción en una fuente constante de sufrimiento, dejándolo a merced de sus propios deseos e impulsos insatisfechos.

En vano tiendo mis brazos hacia ella, por la mañana, cuando amanezco en medio de agitados sueños; en vano la busco de noche en mi lecho después de que la tierra, dichosa e inocente, me ha engañado en sueños como si estuviera sentado a su lado en el prado, cogiéndola de la mano y cubriéndola de miles de besos. ¡Ay! Cuando luego, aún medio dormido, la busco a tientas y, en éstas, termino de despertarme... un mar de lágrimas brota de mi corazón angustiado y, sin consuelo, lloro ante la visión de un lúgubre futuro (Libro primero, 21 de agosto).

Es una desgracia, Wilhelm, toda la actividad de mis fuerzas se ha desvanecido en una indómita desidia; no puedo estar ocioso, pero tampoco puedo hacer nada. No tengo imaginación ni siento nada por la naturaleza, y los libros me repugnan. Cuando nos faltamos a nosotros mismos, todo nos falta.

Te juro que a veces desearía ser un jornalero sólo para tener una perspectiva del día que me espera al despertarme por la mañana, algo que me impulse, una esperanza. A menudo envidio a Albert, al que veo sepultado hasta las orejas entre expedientes, ¡y me imagino lo bien que me sentiría si estuviera en su lugar! [...] (Libro primero, 22 de agosto).

Inmovilidad de la libido, el giro melancólico

Parece lícito afirmar que Werther ha caído en una pérdida de la movilidad de su libido, por lo que ésta ha quedado fijada a ese objeto particular de amor, pasando a ser un objeto exclusivo de satisfacción; ello implica que la satisfacción pasa a depender por entero de la relación con esa persona amada, siendo incapaz de catectizar otros objetos o de encontrar placer en otras actividades narcisistas.

Dios sabe cuántas veces me voy a la cama con el deseo, incluso con la esperanza, de no volver a despertar, y por las mañanas abro los ojos, vuelvo a ver el sol y me siento miserable. Oh, ojalá pudiera ser veleidoso, ojalá pudiera echar la culpa al tiempo, a un tercero, a una empresa fallida...

Así el insostenible peso de mi enojo recaería sobre mí sólo en parte. ¡Ay de mí! Con demasiada certeza siento que la culpa es sólo mía... ¡No toda la culpa! Es suficiente con que en mí esté oculta la fuente de todas las desgracias, igual que antaño lo estuvo la de todas las alegrías. ¿Es que acaso no soy el mismo que en otro tiempo andaba flotando

rebosante de emociones, aquel que a cada paso que daba le seguía un paraíso, aquel que tenía un corazón capaz de abarcar con su amor el mundo entero?. Y ese corazón ahora está muerto, ya no manan de él más entusiasmos, mis ojos están secos, y mis sentidos, a los que ya no consolarán reparadoras lágrimas, fruncen de angustia mi ceño. ¡Sufro mucho, pues he perdido la que constituía la única alegría de mi vida! ¡La sagrada fuerza vivificadora, con la que yo creaba mundos a mi alrededor, ha muerto...! Cuando desde mi ventana contemplo la lejana colina, cómo el sol del amanecer atraviesa las nieblas e ilumina la silenciosa pradera, y el río se acerca, tranquilo y sinuoso, entre los sauces sin hojas... ¡Oh!, cuando tengo delante esa espléndida naturaleza, tan quieta como un pequeño lienzo lacado, y toda esa dicha no es capaz de bombear en mi corazón una sola gota de felicidad que me llegue al cerebro, y el pobre individuo se encuentra ante la faz de Dios como un pozo seco, como un cubo lleno de grietas... A menudo me he postrado para rogar a Dios que me diese lágrimas, igual que un labrador suplica la lluvia cuando el cielo parece de bronce y la tierra se muere de sed. (Libro segundo, 03 de noviembre)

A partir de estos momentos el enamoramiento de Werther comienza a tomar una forma melancólica, acompañada de reiteradas ideaciones suicidas.

A menudo me entran ganas de desgarrarme el pecho, de abrirme el cráneo, al ver lo poco que podemos llegar a ser para los demás. Ay, el amor, la alegría, el calor y la dicha que yo no lleve conmigo, no me los dará el prójimo, y con todo un corazón lleno de felicidad no haré feliz a quien se plante ante mí frío y sin fuerzas.

Tengo tantas cosas, y los sentimientos que tengo lo devoran todo; tengo tantas cosas y, sin ella, todo es para mí lo mismo que nada. (Libro segundo, 27 de octubre)

Y es que el amor puede ser una vía de entrada a la melancolía, pues aquel que cae enamorado es vulnerable, en casos extremos como este, a quedar derribado por el objeto de amor y sufrir una especie de hemorragia de su libido; consecuencia directa de llevar un amor al exceso o al colmo del enamoramiento (Assoun, 1992, pp. 25, 65)

Poco a poco, Werther comienza sentirse derribado y desgarrado por un amor y un anhelo de placer que le resulta imposible de alcanzar; queda atrapado en un estado de excitación libidinal del que no tiene forma de escapar y su objeto de amor se convierte en una fuente de dolor y sufrimiento. Es así como decide, con plena certeza, acabar con su propia vida, única alternativa que encuentra para alejarse de un objeto amado en cuya relación prevalece la experiencia de sufrimiento.

Está decidido, Lotte, quiero morir, y te lo comunico sin la menor exaltación novelesca, tranquilo, la mañana del día en que te veré por última vez. Si llegas a leer esto, queridísima, la fría sepultura cubrirá ya los rígidos restos del impaciente, del desdichado que, en los últimos momentos de su vida, no conoce mayor dulzura que hablar contigo. He pasado una noche terrible, pero ¡ay!, una noche que me ha hecho mucho bien. Ella es la que ha afianzado, la que ha determinado mi decisión: ¡quiero morir!

Ayer, al despedirme de ti, con una sensación de enojo terrible, todo me oprimía, y vi desesperado cómo sería mi existencia a tu lado, sin esperanzas, sin alegrías, en una terrible frialdad. Apenas llegué a mi habitación, me postré de rodillas, fuera de mí y, ¡oh, Dios, Tú me concediste el último bálsamo, el de las más amargas lágrimas! Miles de planes, miles de posibilidades asolaban mi alma y, por fin, lo vi, firme, íntegro, el último, el único pensamiento: ¡quiero morir! Me eché en la cama y, por la mañana, en la calma del despertar, allí seguía la idea aún más fuerte en mi corazón: ¡quiero morir! No es desesperación, es la certeza de haber tomado esta decisión y de que me sacrifico por ti. Sí, Lotte, ¿por qué no puedo decirlo? ¡Uno de nosotros tres tiene que marcharse, y quiero ser yo! ¡Oh, queridísima! Por este corazón desgarrado ha rondado muchas veces, rabiosa, la idea de... ¡de matar a tu marido...! ¡A ti...! ¡A mí...! Así que ¡sea...! Cuando, en un hermoso atardecer de verano, subas a la montaña, acuérdate de mí, de cuántas veces bajé al valle, y mira entonces el camposanto, mira mi tumba, mira cómo el viento mece las altas hierbas bajo la luz del sol poniente... Estaba tranquilo al empezar; ahora, ahora estoy llorando como un niño, ahora que todo cobra tanta vida en torno a mí (El editor al lector, 21 de diciembre)

3.2.2 Reflexiones sobre el amor pasional

La relación pasional asimétrica puede ser entendida, desde un punto de vista descriptivo, como el colmo del amor o un amor de objeto llevado al extremo. En este sentido, puede afirmarse que el apasionado se desangra libidinalmente y su yo queda completamente derribado por la inundación de sus propios impulsos, que lo vuelven dependiente del amor del otro de una manera muy similar a como depende el infante del amor de su madre; motivo por el cual se ve forzado a emprender conductas para asegurarse la presencia del otro amado, y al mismo tiempo, demandarle respuestas que confirmen la continuidad de la relación y el lugar ocupado en ella. Debido a la dependencia de ese amor y la intensidad de la angustia que se desprende de la posibilidad de la pérdida o el rechazo, no es extraño encontrarse en este tipo de casos con sujetos incapaces de abandonar una relación aunque en ella predomine la experiencia de insatisfacción o de sufrimiento, o de perpetrar actos extremos como el asesinato para evitar la pérdida del otro, o incluso el suicidio en caso de que el abandono ya se haya consumado.

Piera Aulagnier (1979, p. 202, 207) atribuye a estas relaciones un carácter pasional, en razón de que el otro, como objeto libidinal, se ha convertido para el yo en una fuente exclusiva de todo placer, es decir, que se ha reinstalado en el registro de la necesidad, por lo que el propio yo considera que solamente ese objeto particular puede hacer posible el placer. Al transformarse el objeto de placer en un objeto de necesidad, el yo no puede más que vivir a la espera de un placer que se hace imperativo y de aquel objeto que lo haría posible, es decir, un objeto obligado, un placer obligado y una vida obligada, por lo que es lícito afirmar que la relación con el objeto amado es comparable a la relación de los adictos con la droga o con el juego. En el caso de la droga, la actividad del juego y la pasión amorosa, existe un placer con una intensidad y una valoración proporcional al riesgo de muerte, o de destrucción física, psíquica y social; la droga puede llevar

al auto-aniquilamiento, el juego puede derivar en una situación en la que el suicidio sea la única salida, mientras que en el caso de quien ama de manera pasional, la incapacidad para tolerar la pérdida o el rechazo del otro puede llevar a elegir la muerte.

Tal como lo había anticipado Freud (1914e, p. 82) al hablar del riesgo que supone el estancamiento de la libido en un objeto, lo que en este tipo de casos se observa es una pérdida de la movilidad de las catexias, o sea, que la libido ha quedado fijada a ese objeto específico de la pasión, volviendo al sujeto casi incapaz de encontrar placer o gratificaciones narcisistas en objetos sustitutos. Debido a esa misma catexia desbordada, el otro yo, como objeto de placer exclusivo, tiene igualmente un poder desmedido en el registro del sufrimiento, por lo que la experiencia de sufrimiento, producida ya sea por el rechazo del objeto o por el temor a ser rechazado, aunque por momentos es equiparable en intensidad a la experiencia de placer, puede llegar a ser prevalente, superando en tiempo a la de placer. Entonces la lógica del vínculo puede pasar de un “gozo, luego amo” a un “sufro, luego amo”; sufrimiento a través del cual el propio yo demuestra qué tan contundente resulta ser esa necesidad del otro y de su placer (Aulagnier, 1979, p. 203).

Adicionalmente, para entender por qué también Aulagnier describe este tipo de relaciones como asimétricas en el plano de los vínculos del yo, es menester recordar que ella considera las relaciones amorosas más ordinarias como un vínculo de reciprocidad entre dos yoes. Ello significa que cada uno de los *partenaires* reconoce en su propio yo un objeto privilegiado de satisfacción para el otro, e igualmente el yo del otro amado se consolida como una fuente privilegiada de placer para el propio yo. En síntesis, se trata de una simetría e interdependencia entre dos yoes, aunque lógicamente nunca llegará a ser perfecta.

Freud (1929d, p. 99) ya había advertido el riesgo de la dependencia y del sufrimiento potencial que se deriva del amor de objeto, por lo que, junto a esta misma capacidad para la satisfacción, el otro que ha sido elevado a la condición de objeto privilegiado, también posee una enorme capacidad para producir sufrimiento, tal como lo evidencia el dolor que se deriva de la separación o los ideales insatisfechos que se han puesto en dicho objeto. Contrariamente, en la relación pasional asimétrica el yo, a pesar de reconocerse con la capacidad de generar placer al otro, no se reconoce a sí mismo con la misma capacidad para generar sufrimiento. Precisamente, su rasgo más característico es esa imposibilidad del sujeto para considerar que hace sufrir al otro.

Desde un punto de vista metapsicológico, la relación pasional es caracterizada, en primer lugar, por una escisión entre lo pensado y lo experimentado. Así, la satisfacción y el bienestar del yo no parecen depender de una experiencia sexual gratificante en la actualidad, o del juicio que podría hacerse el propio yo al representarse la relación con el otro y la posición subjetiva frente a él. El sujeto, en cambio, “ignora” la concordancia entre la relación experimentada y la relación pensada; acalla los pensamientos a través de los cuales podría ser consciente de su posición de dependencia y de su relación particular con la realidad, y ello en beneficio de la representación obsesiva y de la memorización de un placer sexual experimentado durante el pasado (Aulagnier, 1979, p. 213).

Por otra parte, en dicha relación se presenta una extraña aptitud del objeto para satisfacer, conjuntamente, por medio de una unión momentánea tanto las tendencias eróticas como las tendencias tanáticas, una unión que el sujeto puede lograr y mantener sólo a través de la catexis de ese objeto particular. La tendencia erótica puede satisfacerse mediante un placer sexualizado producto del encuentro con el otro, o mediante el placer que se espera obtener en un tiempo futuro y que soportan un anhelo de satisfacción; por su parte la tendencia tanática

se pone en juego a través de ese otro que lleva efectivamente en sí el riesgo de muerte, y en ocasiones incluso del asesinato (Aulagnier, 1979, p. 209). En otras palabras, el objeto de la pasión aparece como una suerte de híbrido que permite la satisfacción conjunta de Eros y de Tánatos, puede haber una supremacía del sufrimiento y del deseo de no sufrir más, que indicarían quizás que la elección de objeto sea más una tarea del Tánatos que del Eros (Aulagnier, 1979, p. 211).

En estos sujetos el estado de unión pulsional permanece frágil y a punto de deshacerse, pues las dos pulsiones continúan siendo antinómicas y paralelas. Tales fenómenos indican que posiblemente ocurrió una falla en el proceso que Freud denominaba *mezcla o unión pulsional*, proceso por medio del cual las pulsiones sexuales de vida intentan someter para sus propios fines a las tendencias tanáticas, ya sea sexualizando o narcisizando los objetivos de estas últimas, y de este modo evitar destruirse, destruir el objeto o pagar con un exceso de sufrimiento.

La unión pulsional supone la neutralización del conflicto siempre latente entre las tendencias eróticas y las tendencias tanáticas, y la regulación del potencial destructivo intrínseco de la pulsión. Todo ello gracias a una alianza entre la meta narcisista y la meta sexual, entre la catectización del espacio psíquico y la catectización del espacio corporal, entre el funcionamiento del pensamiento y el funcionamiento del cuerpo, entre el placer vinculado a la actividad del pensamiento y el placer vinculado a la actividad sexual (Aulagnier, 1970, pp. 214-215).

En términos más freudianos, podría relacionarse tales procesos con la “purificación” del yo bajo el principio del placer y del aseguramiento de un capital libidinal narcisista dentro del propio yo, a partir del cual pueden tornarse igualmente placenteras las experiencias futuras y el encuentro con nuevos objetos. Esta autocatectización o fusión en el campo de las catexias precede al

momento de la elección definitiva de objeto de amor sexual, por lo que se convierte en una de las condiciones para poder catectizar y sentir placer con el objeto amado, al tiempo que puede neutralizarse el conflicto y la experiencia de sufrimiento.

De acuerdo con Aulagnier, la catectización bajo la forma de amor sexual de un objeto nuevo y de una nueva meta puede efectuarse sin conflictos serios siempre que el yo se sienta seguro de que puede haber una cierta concordancia o una convivencia pacífica con las representaciones e ideas ya catectizadas en el pasado, a las cuales el sujeto no puede o no quiere abandonar. En este sentido, la relación de tipo pasional puede ser considerada como una patología de las catectias en la que dicha unión o autocatectización primordial es endeble o se encuentra a punto de deshacerse, por lo que puede afirmarse que tiene su fundamento en un conflicto temprano narcisista e identificatorio que el sujeto aún no ha podido resolver.

3.3 Rasgos diferenciales y su posible fundamento

3.3.1 Amor adolescente y amor pasional

Saltan a la vista algunos rasgos comunes entre estas dos formas de relación amorosa que se acaban de describir: el adolescente y el pasional asimétrico. Ambos modelos de relación comparten algunos rasgos fenomenológicos generales, aunque con ciertos matices que permiten igualmente encontrar diferencias y expresiones particulares en cada uno.

Es claro que en ambos casos puede presentarse un desbordamiento libidinal sobre el objeto, que al mismo tiempo tiende a rebajar los recursos narcisistas del yo, por lo que la relación puede expresar rasgos de dependencia emocional o conducir a que el apasionado no pueda pensarse a sí mismo por fuera de la relación con su objeto.

En estas formas particulares de experimentar el vínculo existe una tendencia a la idealización del objeto, a la transferencia franca del narcisismo sobre el yo del otro, o a que las únicas condiciones de placer posible sean aquellas que provee el encuentro con ese objeto particular.

La coincidencia más sobresaliente entre la relación amorosa adolescente y la pasional consiste, a primera vista, en la dependencia emocional del objeto de amor y el temor a la separación, la pérdida o el rechazo. En el caso del adolescente, dicha dependencia se expresa en la forma de un enamoramiento muy intenso y en la necesidad de confirmar constantemente la presencia de la persona amada; en el apasionado, a través de una clara incapacidad para tolerar la pérdida o la separación, que puede incluso llevarlo a persistir en una relación, aunque en ella sea predominante la experiencia de sufrimiento o de insatisfacción.

Sin embargo, al analizar más de cerca tales relaciones, se encuentra que sus grados de dependencia no son exactamente comparables. Basta recordar que el apasionado ha perdido la movilidad libidinal y la capacidad para des-catectizar su objeto de amor, es decir, que sólo le es posible encontrar satisfacción a través de esa persona particular y es incapaz de encontrar objetos sustitutos. El apasionado asimétrico ha reinstalado su objeto de amor en el registro de la necesidad y hace depender su integridad narcisista de ese objeto particular insustituible, de ahí que muestre una dependencia compulsiva similar a la que muestran los adictos a la droga o al juego.

En cambio, el adolescente, a pesar de mostrar tendencias dependientes, también es proclive a un desprendimiento rápido e intempestivo de su objeto de amor para sustituirlo por uno nuevo. Ello indica que pese a mostrar un enamoramiento con rasgos apasionados no ha perdido la movilidad de la libido ni la capacidad para des-catectizar, y por ende para encontrar nuevas satisfacciones y objetos sustitutivos. Por otro lado, la capacidad para sustituir rápidamente los objetos que tiene el adolescente muestra que éste depende, más bien, de un tipo particular de relación y de satisfacción y no tanto de un objeto exclusivo; una relación que se hace importante por cuanto le permite, por ejemplo, reconocer su rol sexual y el rol sexual complementario, poner a prueba la nueva erogenización de su cuerpo, erigir nuevos objetos idealizados, configurar nuevos sistemas de ideales y, sobre todo, recuperar algo de la integridad narcisista que se ha alterado como resultado del abandono de los padres y del apoyo yoico infantil.

Ambas relaciones, sin embargo, pueden conducir a conductas exageradas, extremas, e incluso trágicas ante la posibilidad de separación o el del abandono del objeto, llegando al suicidio o al homicidio.

Otro síntoma característico en la relación de tipo pasional es la incapacidad para establecer una concordancia entre lo pensado y lo experimentado, o sea, que el soporte de la relación y de la investidura no se encuentra en la experiencia real o en el juicio que podría hacerse el propio yo frente a la representación del otro y de su posición frente a él. De ahí el hecho de que una experiencia de insatisfacción, de sufrimiento o de rebaja narcisista no sea suficiente para decidir separarse del objeto o abandonar la relación. No es extraño tampoco que el sujeto prefiera exponerse a un riesgo de muerte o a una hemorragia libidinal del yo a la espera de la satisfacción anhelada o idealizada.

En el adolescente las cosas son diferentes, pues sus respuestas frente a la relación con el otro amado parecen relacionarse más con una intolerancia a la alteridad y a la ambivalencia. El adolescente tiende a guiar sus elecciones con una marcada influencia de la idealización, atribuye a su *partenaire* cualidades perfectas y experimenta también un estado de máximo engrandecimiento narcisista en el encuentro con ese objeto ideal. Pero no soporta aquellos indicios que se contraponen a la fantasía de perfección del otro y del propio yo en la relación, por lo que no puede lograr una mejor comprensión del otro como persona real, con sus virtudes y defectos. Es así como regularmente, ante la incapacidad para tolerar la decepción, la ambivalencia y el conflicto que es propio de toda relación, el adolescente decide abandonar el objeto para buscar uno nuevo con el cual repetir el mismo patrón de relación.

Metapsicológicamente hablando, estos rasgos de la relación amorosa adolescente y de la relación pasional, se pueden remitir a una alteración narcisista; parecen estar relacionados con una inoperancia de las instancias reguladoras del yo. Se comprende más fácilmente que durante la adolescencia se presenten alteraciones narcisistas, con diferentes expresiones y destinos, por cuanto en ella ocurre típicamente un debilitamiento yoico y narcisista que surge como resultado de la renuncia a los vínculos infantiles y a los lazos libidinales e identificatorios con los padres. En el caso del adolescente, ello parece ser congruente con el abandono de las figuras parentales como objetos libidinales y como soporte regulador del narcisismo, a lo que ha de sumarse la tendencia regresiva hacia estados libidinales y yoicos infantiles; mientras que en el caso de la pasión asimétrica se relacionaría con un fallo en el proceso de autocatectización primordial, es decir, con el aseguramiento de un capital libidinal propio durante el periodo infantil a partir del cual sea posible encontrar placer en los objetos del mundo exterior.

3.3.2 Naturaleza de la alteración narcisista

Ahora bien, el presente estudio sostiene que en el núcleo de las dos formas “exageradas” de relación amorosa (la adolescente y la pasional) existe una alteración de las configuraciones o de las dinámicas narcisistas, por lo que resulta indispensable analizar la naturaleza de tal alteración y abordar cada tipo de relación a la luz de los procesos psíquicos que en ella intervienen.

En primer lugar, debe tenerse en cuenta que la adolescencia conlleva una crisis de la relación con las figuras parentales como objetos libidinales y como referentes identificatorios, que deriva en la necesidad de reconfigurar las instancias reguladoras. De acuerdo con Blos (1979, p.120), la vida psíquica infantil antes de la llegada a la adolescencia se caracteriza por la dependencia del yo del niño respecto a sus padres, a través de los cuales puede darse una tramitación de la angustia y una regulación del narcisismo. No obstante, el adolescente tiende a rechazar los padres como objetos libidinales, puesto que el nuevo predominio de la sexualidad genital actualiza la posibilidad del incesto y reactiva las angustias edípicas. Por tal motivo, existe un debilitamiento de la integridad narcisista que se suma a la intensificación de las fuerzas pulsionales.

Sumado a ello, Blos considera que la adolescencia es el único momento de la vida en el que pueden ocurrir unos procesos de *reestructuración psíquica por regresión*, es decir, que tiene la posibilidad de modificar los restos de traumas, fijaciones y conflictos infantiles haciendo uso de los recursos actuales de su yo, más ampliado y organizado. Afirma, también, que el adolescente tiene una capacidad única para pasar de una consciencia regresiva a una consciencia

progresiva sin reparo alguno, capacidad que le permite establecer contacto emocional con las posiciones del pasado para poder deponer las investiduras originales dirigidas a los padres.

Es cierto que en el adolescente existe una crisis a nivel del yo y del narcisismo, sin embargo, no se trata de un fenómeno patológico ni defensivo, ya que este proceso de reestructuración por regresión sólo puede ocurrir en un yo que se encuentra relativamente intacto y con unos cimientos infantiles suficientemente sólidos, es decir, que las funciones reguladoras, simbolizadoras, críticas y observadores continúan operando a pesar de encontrarse disminuidas (Blos, 1979, pp. 130-131).

Contrariamente, en el apasionado la alteración narcisista que contribuye a esa manera particular de experimentar la relación amorosa no parece, como en el caso del adolescente, ser un fenómeno transitorio o propio de un estadio concreto de la organización psíquica, sino que parece responder a la instalación de una estrategia defensiva y una organización psíquica que comprometen más severamente los recursos libidinales del yo. Lo primero que resulta llamativo es la incapacidad del yo para funcionar y mantener su integridad, y su vínculo, sin la presencia o el apoyo del objeto particular elegido; como si necesitara de éste de una manera similar a como el infante necesita de sus padres, es decir, que la presencia del objeto se le hace imperativa y la posibilidad de la separación se convierte en generadora de una angustia de aniquilamiento.

Otro indicador de la existencia de una alteración yoica en el caso del apasionado, se encuentra en el hecho de que su yo no es capaz de regular la fuerza de las propias pulsiones. Como ya se ha mencionado, para el apasionado el bienestar del yo y la estabilidad narcisista son dependientes del aseguramiento de la relación con el otro. Ello significa que perder el objeto es quedar expuesto a una especie de desmoronamiento. Bajo estas condiciones, el yo no puede regular el

empuje al acercamiento ni la conservación del objeto de placer, por lo que termina siendo destructivo o incluso mortífero.

Es imposible afirmar con precisión en qué punto del desarrollo del yo ha ocurrido la alteración narcisista que revela esta forma singular de relación amorosa, aunque sí parece existir un paralelismo con la relación de tipo pasional asimétrica entre la madre y el infante que describe Piera Aulagnier. Según esta autora, la madre es originalmente un objeto de necesidad psíquica para el infante, por lo que éste debe catectizarla de forma exclusiva y desbordante, conociendo de esta manera el amor y la exaltación narcisista que de ello se deriva. Dice Aulagnier, además, que la posición del yo del infante respecto al yo de la madre es asimétrica, dado el hecho de que para él la madre es objeto exclusivo de satisfacción y sólo le es posible catectizar por extensión del espacio psíquico construido con ella. Por su parte, la madre se encuentra en una posición diferente, ya que su hijo es un objeto privilegiado de placer pero no es exclusivo, lo que significa que su libido tiene movilidad suficiente para encontrar también placer en otros objetos, como la pareja y demás hijos.

Lo anterior significa que, desde el punto de vista del desarrollo psicosexual, todo sujeto debe pasar por un amor de tipo pasional hacia su madre, pues es ella quien atiende su desvalimiento original, constituye además el objeto al que se dirigen los primeros afanes sexuales y el objeto que contiene los primeros índices de satisfacción que el yo buscará replicar en sus experiencias futuras.

Si bien, desde la perspectiva del infante, esa primera investidura libidinal hacia la madre tiene una condición pasional, debe tenerse en cuenta que el desarrollo de la actividad libidinal del yo y de la capacidad para amar implica la transformación o regulación de tales rasgos pasionales. Por tanto, es en algún momento o tramo de este proceso en el que se altera dicha transformación, con la cual, como se ha

dicho, el amor genital deja de ser una repetición directa de las formas de satisfacción primitivas o de los mismos objetos infantiles.

Para facilitar la comprensión de estos últimos hallazgos, en el siguiente cuadro se presentarán las principales características comunes y diferenciales entre el amor adolescente y la relación pasional, ello a la luz de las premisas psicoanalíticas ya desarrolladas y clarificando especialmente el lugar de los componentes narcisistas y de la dinámica libidinal del yo

PROCESOS PSÍQUICOS DEL AMOR	AMOR ADOLESCENTE	RELACIÓN PASIONAL
RASGOS FENOMENOLÓGICOS	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Dependencia emocional ✓ Temor a la separación o a la pérdida ✓ Tendencias a la idealización ✓ Transferencia franca del narcisismo sobre el objeto ✓ Desencadenamiento de conductas extremas como el suicidio o el homicidio 	
DINÁMICA DE LA LIBIDO DE OBJETO	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Apego intenso ✓ Tendencia al desprendimiento rápido e intempestivo ✓ Se conserva la capacidad para descatectizar y sustituir el objeto de amor ✓ No se depende de un objeto exclusivo sino de una relación donde explotar narcisísticamente al otro 	<ul style="list-style-type: none"> ✓ El objeto de amor se vuelve un objeto exclusivo de satisfacción, es imposible de sustituir ✓ El objeto se ha reinstalado en el registro de la necesidad ✓ La relación con el objeto de amor es comparable a la relación del adicto con la droga ✓ Pérdida de la movilidad de las catexias
DINÁMICA PULSIONAL	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Intensificación de los impulsos derivada de la maduración sexual y las nuevas posibilidades de satisfacción 	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Parece no haberse logrado la mezcla pulsional o la transformación de las fuerzas pulsionales en energía sexual ligada o libido ✓ Las tendencias eróticas y tanáticas de la pulsión siguen siendo antinómicas y paralelas
AMBIVALENCIA Y CONFLICTOS	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Existe una incapacidad para tolerar la ambivalencia, el conflicto, la frustración, la insatisfacción o el sufrimiento en la relación ✓ Se abandona el objeto ante cualquier indicio de no correspondencia del otro con la imagen idealizada o la frustración de las propias aspiraciones narcisistas 	<ul style="list-style-type: none"> ✓ No existe concordancia entre la relación pensada y experimentada ✓ Puede existir un predominio de la experiencia de sufrimiento, que no es suficiente para abandonar la relación ✓ Se le atribuye al otro una desmedida capacidad para hacer sufrir ✓ Se percibe a sí mismo como incapaz de hacer sufrir al otro
FUNCIONAMIENTO Y ALTERACIONES NARCISISTAS	<ul style="list-style-type: none"> ✓ Existe un debilitamiento yoico y narcisista como resultado de la renuncia al apoyo yoico de los padres ✓ La relación amorosa permite recuperar algo del narcisismo infantil perdido ✓ La relación amorosa permite el reconocimiento del rol sexual propio y del rol sexual del sexo opuesto y probar la nueva organización erógena del cuerpo ✓ Existen unas tendencias regresivas a estados yoicos y libidinales infantiles únicas en el adolescente, pero que no son defensivas o patológicas 	<ul style="list-style-type: none"> ✓ El conflicto narcisista es de carácter defensivo y con un mayor grado de compromiso de la integridad libidinal del yo ✓ Existe una incapacidad del yo para funcionar sin la presencia del otro amado o sin el aseguramiento de la relación con éste ✓ Los recursos yoicos y narcisistas son insuficientes para regular las tendencias destructivas de la propia pulsión ✓ Existen fallas en el proceso de autocatectización primordial, ésta es endeble y se muestra próxima a deshacerse ✓ Las respuestas frente al objeto de amor recuerdan a la pasión a-simétrica inicial entre el yo de la madre y el yo del infante ✓ Parece no existir una transformación del amor pasional inicial hacia la madre, ni de las formas infantiles del amor y sus mecanismos

CONCLUSIONES

Al abordar, desde la perspectiva del psicoanálisis, el estudio de la relación amorosa y el desarrollo de la capacidad para amar, una de las cuestiones que rápidamente llamó la atención y que se convirtió en un eje orientador de este trabajo, fue la referente al lugar y al papel que en ellas tiene el narcisismo.

Aunque el interés por esta cuestión surgió a partir de la consideración de algunas modalidades particulares de vínculo amoroso, el adolescente y el pasional asimétrico, en las que el narcisismo parecía expresarse de una manera más directa, se vio necesario emprender un camino, en cierto sentido de regreso a los fundamentos, de búsqueda de las principales consideraciones freudianas sobre el amor. Tal revisión de la obra freudiana fue hecha a lo largo de su recorrido histórico, por cuanto ella es dinámica y cambiante, es decir, que el pensamiento freudiano es complementado y reformulado en ella a lo largo de los años en función de sus auto-críticas y de sus hallazgos clínicos. Todo ello sumado al hecho de que no existe un escrito que aborde de manera sistemática y condensada la concepción freudiana del amor.

Se pudo poner en claro que, para Freud, ni la sexualidad ni la capacidad para amar surgen espontáneamente durante la adolescencia o durante la vida adulta, que sus orígenes deben ser rastreados hasta la infancia temprana, incluso hasta la relación del lactante con el pecho materno. En este sentido, los primeros antecedentes de la capacidad para amar se encuentran en la relación de las pulsiones parciales con sus objetos de satisfacción sexual, ya que de allí surgen los primeros elementos excitantes y los indicios de satisfacción que el yo buscará repetir en las experiencias futuras.

No obstante, el mismo Freud descubre que la actividad pulsional parcial y la búsqueda de satisfacción del placer de órgano no abarca suficientemente la relación amorosa, pues la pulsión no ama ni odia a su objeto, sino que busca acercarse a él o atraerlo cuando la tensión sexual aumenta y surge el impulso hacia la descarga, mientras que el resto del tiempo su presencia y la relación con él es prescindible.

En consecuencia, Freud opta por definir el amor como la relación de un yo-total con sus objetos fuentes de placer, es decir, con aquellos objetos que satisfacen tanto los intereses sexuales directos como las necesidades sexuales sublimadas. Y es que, aunque las elecciones de objeto hechas por el yo estén fundamentadas en la actividad autoerótica y en la acción de las pulsiones parciales, en ellas el yo despliega una investidura libidinal, por la que el objeto se privilegia sobre cualquier otro, se vuelve indispensable en el proceso de satisfacción y no renunciabile fácilmente. Al componente pulsional directo, se le añade entonces unos componentes libidinales ligados y tiernos, gracias a los cuales la relación deviene duradera, manteniéndose aún en los momentos en que la satisfacción disminuye la tensión, la apetencia y el empuje pulsional hacia el objeto. Todo ello implica entonces la instauración de una serie de regulaciones de la intensidad y destructividad del empuje pulsional, y la emergencia de unas condiciones que permiten otro tipo de acceso al objeto y al placer que de él se obtiene, pero al mismo tiempo implicando la potencialidad del sufrimiento, la amenaza de pérdida y la ambivalencia.

En otras palabras, en este proceso de configuración del amor de objeto se pasa del predominio del funcionamiento autoerótico al predominio de la dinámica libidinal, ya que en el registro de lo parcial, los objetos operan como desencarnados y respondiendo simplemente a unos indicios de excitación, o sea, reducidos a un aspecto aislado que incluso puede llegar a ser destructor. Por otro lado, el establecimiento de la libido del yo posibilita una cierta integración del

funcionamiento parcial autoerótico, al darle al objeto de pulsión un lugar en el mundo de las relaciones de objeto de amor. Se vuelve así posible, por esta vía, una coincidencia entre las metas pulsionales y los intereses narcisistas y de amor al objeto.

Se pudo también advertir la importancia que para Freud tiene el narcisismo y la libido ligada en la relación amorosa, cuando postula un narcisismo primario o concentración libidinal original en el propio yo, que después es transferida a otros objetos bajo la forma de una investidura objetal. Es decir que para Freud, ese yo del amor debe operar como un gran reservorio de libido a partir del cual puede ser desplegada la investidura del objeto, aunque una parte de la libido deba conservarse al interior del propio yo.

Según esto, las reservas de libido disponibles en el aparato psíquico son limitadas, por lo que cuando más aumenta la transferencia libidinal sobre los objetos más disminuye la libido narcisista, y viceversa. Así las cosas, la dinámica libidinal de la relación amorosa implica que la investidura de objeto pueda ser experimentada, en un primer momento, como una rebaja del narcisismo, pues el yo debe sacrificar una parte de sus recursos libidinales en favor del interés por el objeto, así lo pone en evidencia el enamorado, quien se desborda completamente sobre su objeto aun a costa del interés personal. No obstante, el sentimiento de rebaja narcisista inicial del yo puede ser reparado, y el engrandecimiento narcisista multiplicado al sentirse recíprocamente amado por el objeto, o al saberse en posesión del objeto sexualmente idealizado.

A partir de lo anterior, puede concluirse que la relación entre el amor de objeto y el amor narcisista es indisoluble, pues la investidura libidinal de objeto parte de un capital libidinal en el yo, pero también es gracias al amor de objeto que el yo se sostiene y multiplica el estado de satisfacción narcisista.

Pero más ampliamente, toda esta concepción freudiana implica que la configuración de las actividades libidinales y de la capacidad para amar es un proceso paralelo al de la organización psíquica general, que va desde la infancia temprana hasta la vida adulta y pasa por momentos críticos.

Sobre la base de los anteriores aportes, algunas contribuciones post-freudianas ayudaron a determinar más precisamente ese lugar que Freud ya atribuye al narcisismo en la vida amorosa y en la organización psíquica general, y entender mejor las nuevas condiciones que él impone a la relación con el objeto de amor, tales como la ternura y el deseo erótico, los deseos de fusión, la idealización atemperada, la identificación genital y el compromiso pasional.

Así también, para estos autores el complejo de Edipo, es considerado como un momento en el que tiene lugar una transformación importante del narcisismo infantil; ello como resultado de una prohibición contundente de la satisfacción sexual y del acceso a un objeto incestuoso, a lo que ha de sumarse la afrenta narcisista de reconocer la propia inmadurez física para enfrentar al rival y acceder a un objeto sexual de pleno derecho.

Igualmente, estos psicoanalistas estiman que, a medida que se complejiza la relación entre el infante y sus padres, la sexualidad comienza a tener como escenario principal el mundo de las estructuras y relaciones intersubjetivas, así que se añade la mirada del otro, junto a unos procesos de significación y valoración del propio yo en el marco de su encuentro con éste. Entonces, la satisfacción pulsional inicial y la relación con el objeto comienzan a tener y a movilizar una carga narcisista, que se expresa en vivencias como la aceptación, el privilegio, el rechazo y la exclusión. Gracias a ello, la satisfacción o la tensión narcisista llega a convertirse en el telón de fondo de la vida psíquica, opera como

una fuerza constante, casi como una especie de pulsión o aprovechándose de la propia energía pulsional para realizar la satisfacción de sus intereses.

Ahora bien, todos estos nuevos esclarecimientos sirvieron para abordar, más profundamente, los fundamentos y expresiones particulares del narcisismo presentes en las formas de relación amorosa inicialmente seleccionadas: el amor adolescente y la relación pasional asimétrica.

Ambas formas de relación comparten unos rasgos característicos, entre los que destacan la dependencia emocional del objeto y, en el caso del adolescente, contradictoriamente, también unas tendencias al desprendimiento fácil, así como estados de angustia ante la posibilidad de la separación, e incluso respuestas extremas ante la amenaza de pérdida del objeto, como el suicidio o el homicidio.

Lógicamente, se encontraron diferencias puntuales en la expresión de dichos rasgos en cada una de estas formas de relación.

En el caso del adolescente, la alteración narcisista que determina sus formas de vínculo parece estar relacionada con una reconfiguración de las instancias reguladoras del yo y el debilitamiento narcisista concomitante que supone la renuncia a los padres como objetos libidinales infantiles, es decir, la renuncia al apoyo yoico que supone la relación con los padres. Adicionalmente, se dice que el adolescente tiene la capacidad única de regresar parcialmente a estados yoicos y libidinales infantiles para deponer los restos de traumas, conflictos y fijaciones, y deponer las investiduras del pasado, pero haciendo uso de los recursos más ampliados y organizados de su yo actual. Lo anterior, significa que el adolescente tiende a vivir una crisis a nivel del yo y el narcisismo. Sin embargo, no se trata de un proceso ni defensivo ni regresivo, ya que sus tendencias regresivas parciales

sólo pueden ocurrir en un yo que se encuentra relativamente intacto y con unos cimientos narcisistas suficientemente sólidos.

Contrario a lo que ocurre con el adolescente, la alteración narcisista en la relación pasional asimétrica parece tener raíces más primitivas y funciones defensivas; lo que se pone de manifiesto en el hecho de que la integridad narcisista depende por entero de la presencia y de la relación con ese objeto elegido, además de que la libido ha perdido toda su movilidad, es decir, que el yo sólo es capaz de experimentar placer a través de su objeto de amor y es incapaz de sustituirlo o de invertir libidinalmente otros objetos. Asimismo, el yo es incapaz de regular los propios impulsos pulsionales, puesto que el placer que se obtiene o que se espera obtener del objeto de amor es tan imperativo que el sujeto es capaz de tolerar el predominio de una experiencia de sufrimiento o llegar al límite de la autodestrucción.

Una evidencia más de la naturaleza primitiva de la alteración narcisista en este caso, es el paralelismo que existe entre esta forma de relación y la relación pasional asimétrica primordial que se da entre el infante y la madre. De acuerdo con Aulagnier, la primera relación de amor entre el niño y la madre es de carácter pasional y asimétrico; es pasional por cuanto el niño debe desbordarse libidinalmente sobre su madre, ya que es ella quien repara su desvalimiento original y le muestra los primeros indicios de satisfacción, a través de los cuales llega a conocer el amor y el engrandecimiento narcisista.

Además, es asimétrica porque para el yo del infante la catectización libidinal de la madre es obligada, es decir, debe hacerlo para que su yo pueda sobrevivir y sólo puede catectizar por extensión del espacio psíquico construido con ella. En cambio, para la madre sí existen objetos sustitutos y puede catectizar o encontrar placer en otras personas, como la pareja y otros hijos.

En este caso, el problema fundamental parece ser la no superación de esas tendencias pasionales del amor infantil, pues como se ha dicho, la experiencia del amor infantil no es igual al amor adulto; de este último se espera un mayor grado de integración de las metas y de los objetos pulsionales, un mayor grado de regulación de la ambivalencia y de las tendencias destructivas de la pulsión, así como también una mayor capacidad para des-catectizar y hacer circular la libido libremente entre diferentes objetos.

Este paralelismo entre el amor pasional y la investidura libidinal asimétrica infante-madre devela una naturaleza muy primitiva en la alteración narcisista que sostiene a la primera, mucho más que en el caso del adolescente y que en los rasgos exagerados del enamoramiento ordinario.

Sin embargo, es en este punto donde la presente investigación, con un corte principalmente sincrónico y comparativo, enfrenta otro horizonte, a saber, la posibilidad de proseguir una indagación, en una perspectiva de tipo más psicogenético, sobre los antecedentes, condiciones y mecanismos específicos a los que responde esta concordancia entre el amor infantil y el pasional. Pueden anticiparse conjeturas y preguntas: ¿se trata de una fijación, de una regresión o de un mecanismo psíquico defensivo particular, resultantes de las “ofensas” narcisistas proporcionadas por padres o cuidadores, o de las trabas al uso “pacificador” de los objetos investidos?.

BIBLIOGRAFÍA

- Assoun, P.L. (1992). La pareja inconsciente - amor freudiano y pasión postcortés, Buenos Aires: Nueva Visión, 2006.
- Aulagnier, P. (1979). Los destinos del placer – alienación, amor, pasión (traducción Italo Manzi) Buenos Aires: Paidós, 1994.
- Bleichmar, H. (1995). El narcisismo: estudio sobre la enunciación y la gramática inconsciente, Buenos Aires: Nueva Visión.
- Bleichmar, S. (1998). Inteligencia y simbolización, una perspectiva psicoanalítica, Buenos Aires: Paidós.
- Blos, P. (1979). El segundo proceso de individuación de la adolescencia. En: Blos, P. La transición adolescente, Buenos Aires: Amorrortu, 1981, pp. 118-140
- Carvajal, G. (1993). Crisis. En: Carvajal, G. Adolecer: la aventura de una metamorfosis, Bogotá: Tiresias, pp. 70-82
- Chasseguet-Smirgel, J. (1973). El ideal del yo – ensayos psicoanalíticos sobre la ‘enfermedad de idealidad’ (traducción: José Luis Etcheverry) Buenos Aires: Amorrortu, 1991.
- Fernández, M. et al. (2015). Adolescencias, recorridos y contextos, Medellín: Fondo Editorial FSCH Universidad de Antioquia, 2015.
- Freud, A. (1935). El yo y el ello en la pubertad. En: Freud, A. (1936). El yo y los mecanismos de defensa. Buenos Aires, Paidós, 1965, pp. 151-166.
- Freud, A. (1936). El yo y los mecanismos de defensa (traducción: Y de Cárcamo y C Cárcamo) Buenos Aires, Paidós, 1965.
- Freud, S. (1895d). Estudios sobre la histeria. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 2, pp. 29-309.
- Freud, S. (1905c). Tres ensayos de teoría sexual. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 7, pp. 123-222
- Freud, S. (1908i). La novela familiar de los neuróticos. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 19, pp. 217-220
- Freud, S. (1909b). Análisis de la fobia de un niño de cinco años. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 10, pp. 7-117

- Freud, S. (1909c). A propósito de un caso de neurosis obsesiva. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 11, pp. 123-194
- Freud, S. (1909d). Cinco conferencias sobre psicoanálisis. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 11, pp. 7-51
- Freud, S. (1910a). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 11, pp. 59-127.
- Freud, S. (1910d). Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 11, pp. 159-168.
- Freud, S. (1910j). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 12, pp. 11-73
- Freud, S. (1912c). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 11, pp. 173-183
- Freud, S. (1912c). Sobre la más generalizada degradación de la vida amorosa. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 11, pp. 173-183
- Freud, S. (1912d). Sobre los tipos de contracción de neurosis. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 12, pp. 239-245
- Freud, S. (1914e). Introducción del narcisismo. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 14, pp. 71-98
- Freud, S. (1914i). Puntualizaciones sobre el amor de transferencia. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 12, pp. 163-174
- Freud, S. (1915b). Pulsiones y destinos de pulsión. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 14, pp. 113-134
- Freud, S. (1917b). El tabú de la virginidad. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 11, pp. 189-203.
- Freud, S. (1919g). Más allá del principio de placer. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 18, 7-62
- Freud, S. (1920g). Psicología de las masas y análisis del yo. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 18, pp.67-136
- Freud, S. (1923a). El yo y el ello. En: Obras completas, Buenos Aires: Amorrortu, 1976-80, tomo 19, pp. 15-66
- Freud, S. (1923b). La organización genital infantil (una interpolación en la teoría de la sexualidad)". En: Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1976-80, tomo 19, pp. 145-149

- Freud, S. (1929d). El malestar en la cultura. En: Obras completas, Buenos Aires, Amorrortu, 1976-80, tomo 21, pp. 65-140
- Goethe, J.W. (1774). Las penas del joven Werther.
- Jeammet, P. (1989). Las assises narcissiques de la symbolization. *Revue française de psychanalyse*, 1989, tome 53, No. 06, pp. 1763-1774 (traducción Mauricio Fernández)
- Kaplan, L. (1984). Adolescencia – el adiós a la infancia, Buenos Aires: Paidós, 2004
- Kernberg, O. (1995). Relaciones amorosas – normalidad y patología, Buenos Aires: Paidós, 3ra reimp: 2003.
- Laplanche, J. (1970). El yo y el narcisismo. En: Laplanche, J. Vida y muerte en psicoanálisis, Buenos Aires: Amorrortu, 1973, pp. 92-115
- Laplanche, J. (1894). La pulsión y su objeto-fuente: su destino en la transferencia. *Alter revista de psicoanálisis*, (8). Disponible en: <https://revistaalter.com/revista/la-pulsion-y-su-objeto-fuente-su-destino-en-la-transferencia/2029/>
- Santa, A. (2013). Condiciones narcisistas y objetales en el vínculo amoroso del adolescente, monografía Especialización Problemas de la Infancia y de la Adolescencia, Medellín: Universidad de Antioquia / Departamento de Psicoanálisis.
- Sabino, C. A. (1974). Metodología de investigación, Caracas: Logos, 3a ed. 1977.
- Shakespeare, W. (1597). Romeo y Julieta en: Tragedias (traducción: José María Valverde), Barcelona: RBA, 1994, pp. 329-406.
- Toro Jaramillo, I. D. & Parra Ramírez, R. D. (2006). Método y conocimiento – metodología de la investigación, Medellín: Universidad Eafit, 2006.